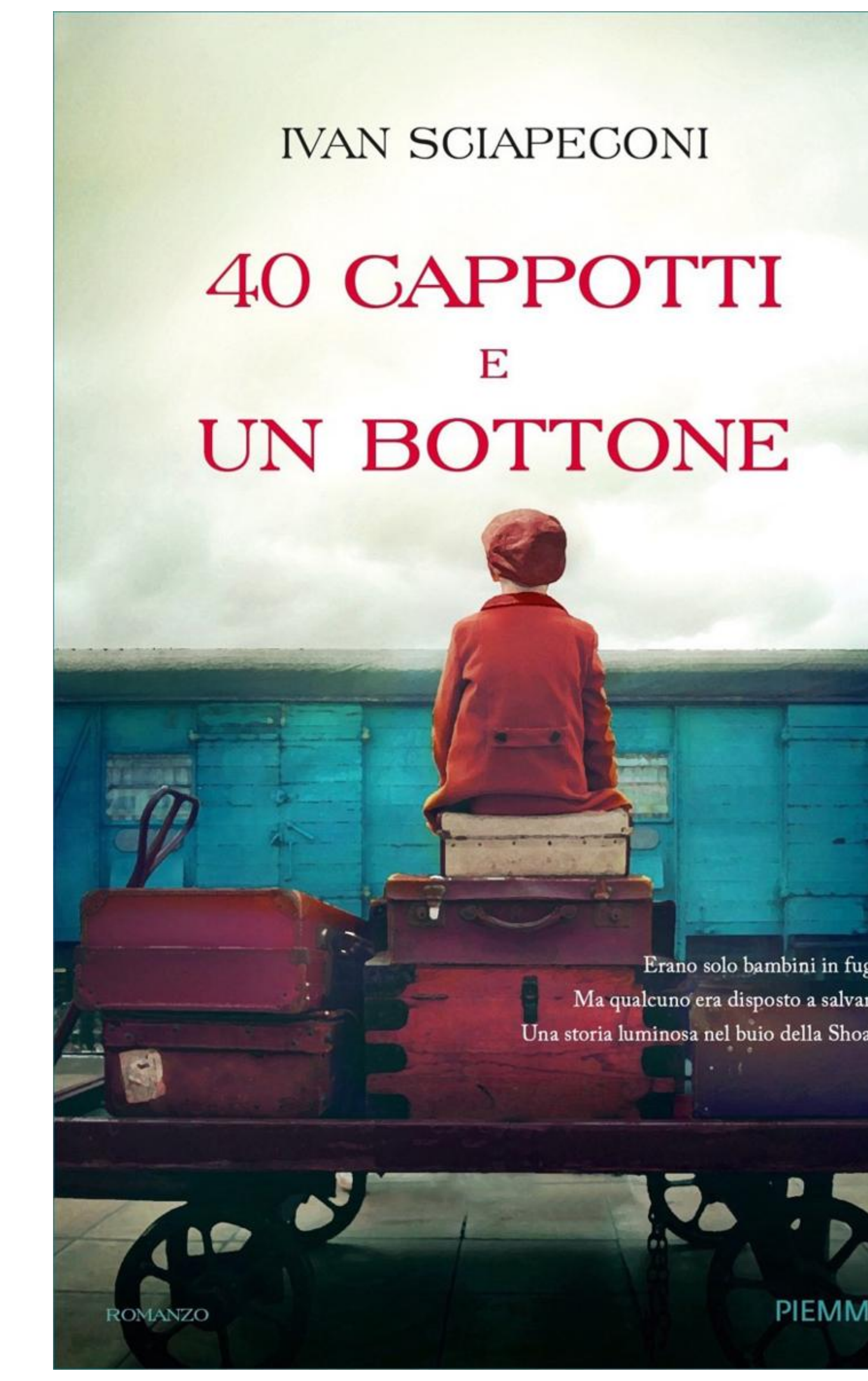

IVAN SCIAPECONI
40 CAPPOTTI
E
UN BOTTONE
Erano solo bambini in fuga.
Ma qualcuno era disposto a salvarli.
Una storia luminosa nel buio della Shoah.
ROMANZO
PIEMME

Tabla de contenido


IVAN SCIAPECONI
40 CAPPOTTI
E
UN BOTTONE
Erano solo bambini in fug
Ma qualcuno era disposto a salvar
Una storia luminosa nel buio della Shoa
ROMANZO
PIEMM

Índice

El libro



Corría el año 1942. En la estación de Nonantola, en la provincia de Módena, se bajan cuarenta muchachos y niños judíos. Escaparon de la Alemania nazi gracias a la organización de Recha Freier y, con sus compañeros, intentan llegar a Palestina, pero la guerra les ha obligado a cambiar constantemente de dirección: primero Croacia, luego Eslovenia y ahora Italia.

En Nonantola se encuentran a las afueras del pueblo, en Villa Emma. Parece que lo peor ya pasó. Hay lecciones, asambleas y los mayores aprenden habilidades que algún día podrían ser útiles. Entre los niños y niñas de Villa Emma también está Natan, quien al principio ve con recelo toda esta atención. El recuerdo del padre arrastrado en la noche, la despedida de la madre y del hermano menor aún arden. Sin embargo, en Villa Emma no hay estrellas amarillas que poner en el abrigo, ni guetos, ni redadas nocturnas. Parece que estamos en un mundo completamente nuevo, donde los agricultores traen comida, los carpinteros traen camas, donde todos pueden hacer su parte.

El 8 de septiembre de 1943, sin embargo, las tropas nazis comienzan a acampar en Nonantola y para los niños de Villa Emma hay una nueva fuga que organizar. Esta vez no están solos, esta vez tienen a todo un país luchando por ellos.

Una historia brillante, original y sorprendente. Una verdadera historia. Un atisbo de optimismo en el horror de la Shoah, 40 niños salvados por toda una ciudadanía. Este libro es para ellos, para los salvos y los salvadores, para que nunca sean olvidados. Pero también porque aún hoy la normalidad de su heroísmo nos conmueve y nos desafía a no abandonarnos a los miedos fáciles y a la indiferencia.

El autor

Ivan Sciapeconi es profesor de escuela primaria en Módena. Ha publicado libros de ficción infantil (*Zezè e Cocoricò* , Raffaello Editore; *Un diciembre de corazón rojo* , Einaudi Ragazzi; *Cómo poner el mundo al revés* , Giunti) y textos para escuelas (Erickson Edizioni, Rizzoli).

40 abrigos y un botón es su primera novela.

Ivan Sciapeconi

40 abrigos y un botón

PIEMME

Esta novela es una obra de ficción. Los hechos históricos narrados son libremente interpretados por el autor.

A Eva, para siempre.

1

«Natan, querido Natan, ¿te acuerdas de mi amigo Shlomo?»

"No papá".

«Vamos, ¿por qué no? ¡El que no tiene dientes, Shlomo el hipocondríaco!

"No, no lo recuerdo."

"Bueno, está muerto".

"Lo siento."

"No importa. Ni siquiera era un verdadero amigo. ¿Sabes lo que había escrito en su lápida?

"No papá".

"¡ TE LO DIJE! »

Mi padre no sabía lo que iba a pasar. Contaba historias porque ni siquiera podía imaginar lo que sucedería.

Yo, en cambio, siempre lo he temido. Por eso corro. Nunca he parado desde que nací. Salí corriendo de la barriga de mi madre en cuanto pude y ella no notó nada.

Él dijo: “Aquí está”, y yo ya estaba allí, entre sus piernas. Mi abuela vio nacer a muchos niños, pero no podía llevarme toallas ni agua caliente. No le di tiempo.

Aprendí a correr incluso antes de caminar. Empujé con las manos y fui. Arrastré mi cuerpo detrás de mí. Luego puse mis rodillas en el suelo. Parecía un gato, dicen. Cuando lo configuré ya sabía cómo hacerlo.

Corrí por las calles de Charlottenburg. Solía pasar por el viejo Mizrachi, recoger la lonchera y llevársela al tío Hermann. Corrí, muy feliz, incluso para ir a la escuela. No sabía que encontraría a la señora Meyer adentro.

Corrí hacia la ventana cuando vi los primeros incendios alrededor de nuestra casa. Era noviembre, pero no más frío de lo habitual. No era necesario encender un fuego tan grande. Fueron las camisas oscuras.

"¿Por qué?" Yo pregunté.

“Porque tienen miedo”.

No comprendo. Yo era pequeño. Han pasado cuatro años desde entonces, cuatro años marcan la diferencia.

“Ahora date prisa, vete a la cama”, dijo mi madre.

Corro, siempre, y nadie puede atraparme. No ha sucedido hasta ahora y nunca sucederá porque no paro. Incluso ahora que estoy

sentado aquí en el tren, en realidad estoy corriendo. Me falta aire y me sudan las sienes. Los músculos están calientes. En el centro de mi pecho siento latir mi corazón. El corazón lucha por seguir el ritmo de la respiración. Está golpeando, es extraño que mis vecinos no se den cuenta.

Mantengo un ojo en la puerta del compartimento. Cada vez que se abre, el carruaje se llena de ruido. Estoy listo para tirar la maleta al suelo. Las camisas oscuras nunca se mueven solas. Si logro hacer tropezar a uno, todos caen.

Mi padre dejó de reír después de los incendios. Solía ser un hombre divertido. Algunas personas tienen un padre rico, otras tienen uno ausente o severo. Tuve un padre divertido. No podría haber pedido nada mejor.

Estaba sentado en el sillón de terciopelo verde, con los reposabrazos y el reposacabezas descoloridos por el tiempo y las meditaciones posteriores al almuerzo. Esas tardes, desde el sillón llegaba un silbido lento y regular. Me acerqué para estudiar el interior de su boca. A ver si escondía algún mecanismo secreto, porque de ahí surgían sus historias.

Cuando no dormitaba, escuchaba la radio de los vecinos.

"Es una suerte vivir en una choza", dijo. "¿Tú lo sabes? Los ricos tienen gruesos muros que no dejan pasar el ruido. Imagínese, se ven obligados a comprar una radio para cada familia. Los ricos gastan mucho dinero para ser ricos. A nosotros, en cambio, nos basta con acercar el oído a la pared.»

Y luego leyó. Montones de libros colocados en el taburete o incluso en el suelo, alrededor del sillón, dondequiera que sucediera. Leía de todo, pero prefería las novelas románticas y sólo las que terminaban bien. Pero los poemas no, los dejó donde estaban. Lo había intentado, pero nunca había encontrado divertido un poema.

Cuando pensaba en una historia, un juego de palabras o un chiste, paraba todo y todos tenían que parar.

«No deberían faltar los chistes, te hacen entender cómo es la gente. Tomemos como ejemplo a tu abuelo. Tu abuelo era húngaro y los húngaros se ríen tres veces de un chiste: la primera cuando lo oyen, la segunda cuando se lo repiten a alguien y la tercera -pero esto sólo después de mucho tiempo- cuando finalmente lo entienden. Sin embargo, si se lo cuentas al señor Mann, el viejo de abajo, que es un auténtico alemán, siempre alemán, presta atención: sólo se ríe dos veces. El primero cuando lo escucha y el segundo cuando se lo cuenta

a otra persona. Entonces eso es todo, nada más. Porque no entendió el chiste y nunca lo entenderá".

Así lo hizo mi padre: procedió por etapas. Y no había manera de saber cuánto tiempo podría durar, cuánto duraría el espectáculo.

"¿Lo peor? ¡Ah, lo peor! ¿Sabes quiénes son los peores? Los soviéticos. Los soviéticos se ríen sólo una vez y sólo cuando escuchan tu chiste. Porque no hay manera de que lo entiendan. Y puedes estar seguro de que nunca se lo dirán a nadie: un soviético sabe que es mejor ocuparse de sus propios asuntos".

Fin. Al menos en apariencia.

"¿Y los judíos?" Pregunté esa vez. "¿Con qué frecuencia nos reímos los judíos, papá?"

«Eh, nosotros los judíos, dices. Los judíos no nos reímos. Nunca, recuerda eso. Ni una sola vez. ¡Porque los judíos ya los conocemos todos!"

Y en ese momento, cuando llegó al final, se rió a carcajadas. Apoyó ambas manos sobre su vientre redondo y suave y se rió. Sus manos subieron y bajaron, luchando por mantener quieta toda la diversión en su vientre.

Mi padre compraba y vendía telas, pero no era por su trabajo que éramos pobres. También había comerciantes ricos y comerciantes de telas que simplemente estaban en mejor situación que nosotros. Nosotros no. Éramos pobres, siempre lo hemos sido. Mi padre se negó a engañar a los demás, se negó a seguir el único camino para ganar dinero de verdad. No se hace rico trabajando, nadie lo ha hecho nunca. Con engaños sí, o con el cielo dejando caer un regalo desde lo alto, pero con trabajo no.

Cuando era niño había acompañado a su madre a ver a un rabino. En aquella ocasión, frente al hombre de larga barba blanca y ojos transparentes, comprendió que así sería, que seguiría siendo pobre. El rabino parecía sabio incluso con la boca cerrada y mi padre se armó de valor y le hizo una pregunta. Recientemente había discutido con un amigo, una estupidez para los niños, pero era una roca pesada y no podía deshacerse de ella.

"¿Qué debo hacer, rabino?", preguntó. «¿Cómo debo comportarme…»

El rabino respondió así: "Lo que a ti te resulta odioso, pequeño mío, no lo hagas a los demás".

Era una máxima breve, sencilla y lógica. Podría haber sido bueno incluso para alguien que no estaba muy atento a las cosas de los

santos, como mi padre.

Así que, a partir de ese día, conoció a mucha gente y todos, absolutamente todos, acabaron escuchando sus divertidas historias. El que ríe confía, por eso tenía muchos amigos en todo el barrio de Charlottenburg e incluso fuera. Berlín estaba lleno de ellos. Amigos varones, quiso subrayarlo, porque hacer reír a una mujer siempre es peligroso. «Recuerda, Nathan: todos quieren un hijo de un hombre alegre, es mejor evitar malentendidos. Para las mujeres, sólo historias trágicas. Promesa."

"Promesa."

"Bien."

Mi padre pasaba el tiempo en la calle, con su carrito inclinado a un lado y los amigos que la casualidad le permitía conocer. Si el día transcurriera así, regresaría feliz.

Mucho menos feliz era mi madre, que compraba a crédito y le daba la vuelta a su ropa para resucitarla.

"La ropa muere por la fricción", dijo, "esa es la verdad". Y luego protestaba, a menudo, sobre todo a la hora de cenar.

Él dijo: "Bueno, quién sabe lo que es no tener que contar el dinero antes de ir de compras".

Y él respondió: «Nada. Absolutamente nada. Encontrarías una manera de murmurar incluso si fueras tan rica como una reina, mi pequeña albóndiga."

Mi madre se enfadó aún más, o fingió hacerlo, porque se había casado con él por su forma de vida ligera. Porque un alma ligera hace volar a quienes le rodean. Y también porque le hablaba de libros que ella nunca habría leído sola y se sabía de memoria las frases más románticas de esos libros.

Fue así durante años. Hasta ese miércoles de noviembre, cuando corrí hacia la ventana y vi las llamas a lo lejos.

Al día siguiente, el rostro de mi padre se puso pálido y arrugado. Los pocos pelos de su cabeza eran finos como hilos de una telaraña seca por la escarcha. Toda la noche soñamos con hombres con camisas oscuras que entraban y salían de casas y tiendas, incluso cerca de nosotros, en Charlottenburg. Mi madre, mi padre y yo tuvimos el mismo sueño. Mi hermano Sami no lo hizo, o al menos no habló de ello. En el sueño, como en la realidad, llegaron y prendieron fuego a todo lo que nos hacía sentir más seguros: sinagogas, cementerios, tiendas. Todo.

Tomaron, destrozaron, desgarraron, golpearon, pisaron, golpearon,

empujaron, tiraron, destrozaron, arrastraron, patearon, arrojaron. Está quemado.

En nuestra casa no pasó nada. Nada mal. Nadie vino a nosotros, nadie nos amenazó. Sin embargo, mi padre dejó de reír.

Sólo un cuadro cayó, inexplicablemente, de la pared que nos separaba de los vecinos, el que dejaba pasar la voz de la radio. El cuadro cayó y dejó un rectángulo oscuro y húmedo. Mientras todos nuestros conocidos lloraban la devastación y los incendios, habíamos visto un clavo ceder espontáneamente y un cuadro caer. Sólo esta.

Mi padre dejó de salir de casa. Se quedó mirando el rectángulo vacío en medio de una pared que ya no hablaba. Era como si de esa ausencia y de ese silencio esperara recibir una señal, una sugerencia sobre lo correcto. Como si la pintura fuera el espíritu de un antepasado en quien confiar. La fuerza sobrenatural que nos mostraría el camino desde el más allá.

Entonces alguien llamó a la puerta. Era de noche, afuera estaba hermoso. Blanco de nieve y silencioso: sólo cascos y ruedas de caballos deslizándose por la calle. Ya estábamos en la cama, mi hermano Sami seguía durmiendo, al menos al principio. Escuché los disparos, los vi entrar. Eran cuatro, hombres, dos tenían abrigo y botas negras, los demás no sé. Sólo vi los dos primeros, los de delante. El resto es confusión. Uno gritaba órdenes, nadie nos preguntó quién era. Nosotros tampoco. Arrastraron a mi padre a la calle y lo subieron a la fuerza a un camión. No es que mi padre intentara oponerse. Lo hicieron porque esto era lo que les habían dicho que hicieran: eran los movimientos correctos, los que habían visto y estaban tratando de reproducir. Un baile, eso es todo.

Grité. No pasó nada. Grité de nuevo y seguí gritando todo el tiempo. Todavía grito mientras duermo, especialmente si afuera está nevando. Esa noche no había ángeles alrededor de mi casa. En Berlín o en cualquier otro lugar. Sólo ventanas cerradas. Y si alguno oyó, si alguno espió detrás de las cortinas, no fue para ayudar al judío Salomón. El hombrecito que tanto les había divertido con sus cuentos y chistes.

Nos escondimos, salimos de nuestra casa. Nos fuimos a vivir al número 13 de Lottumstrasse. Había otras personas desesperadas como nosotros, todos juntos. No nos quedamos mucho tiempo, cambiamos casi de inmediato y luego una y otra vez. Así pasaron los meses y luego los años, al menos dos. Quizás tres.

Hasta que volvieron a tocar a nuestra puerta. Mi madre me indicó

que me callara. Puso su mano sobre la boca de mi hermano Sami, es demasiado pequeño para tener cuidado solo. No había luz en el rellano y quien llamó subió en la oscuridad. También hicieron esto con mi padre.

Una voz que no pudimos reconocer dijo el apellido de mi madre, su apellido de soltera.

Él dijo: «Estoy aquí para ayudarte...». Era una voz de mujer, un susurro dejado pasar entre la puerta y la pared. El primer borrador del invierno que estaba por llegar.

«Soy Recha. Recha Freier. No hay tiempo que perder..."

A mi madre le repitieron ese nombre que, ahora sé, estoy seguro, nunca olvidará. Luego abrió.

Cuando entró la señora Freier, no se sentó, se quedó junto a la puerta y mi madre no hizo uso de ninguna de sus cortesías. No le pidió el abrigo, no le ofreció de beber. Simplemente escuchó lo que había que escuchar.

"La situación ha cambiado", afirmó Freier. Entendí que se conocían por el continuo sí con el que mi madre acompañaba las palabras de la señora Freier. Sin embargo, nunca se habían visto antes, porque mi madre preguntó: «¿Cómo puedo estar seguro? Ella podría ser cualquiera."

A Freier no le sorprendió la desconfianza. Efectivamente, nos miró con ternura y respondió: «No necesitan excusas. No pierden el tiempo discutiendo".

Lo sabíamos, ya lo habíamos visto. La señora Freier también sabía que nosotros sabíamos, pero no se refirió a nosotros, a lo que habíamos vivido.

"La situación ha cambiado", afirmó. «Ya nada es seguro. No hay tiempo que perder. Consiguieron a los hombres, quizá consigan a los niños".

"¿OMS?" Pregunté, pero la señora Freier no respondió. Mi madre me abrazó y me dijo: "Lleva a Sami allí". Nuestro "allá" estaba más allá de una cortina, pero ya entendí que la señora Freier se refería a las camisas oscuras.

"Tenemos los billetes y los documentos", dijo cuando los dejaron solos. «Conseguimos que los niños se vayan, pero sólo los mayores. No podemos hacer más. No será un viaje fácil. La pequeña estará más segura aquí, con ella."

No pudieron hacer más, tuvimos que separarnos. Y dijo "viaje" en lugar de "escape". Bienaventurados los que se preocupan por las

palabras.

Llené la maleta con algo de ropa, una botella de agua, un cuarto de pan, un libro. No sé por qué, el libro. Quizás porque lo mío fue un viaje, no un escape. Mi madre no lloró. Sí, el mío fue un viaje, no un escape.

“Nos uniremos a ustedes pronto, en Eretz Israel”, me dijo. Luego nos abrazó a mí y a Sami. Sami fingió asfixiarse por el agarre.

La señora Freier tomó el rostro de mi madre entre sus manos y le dijo cosas en un idioma desconocido. Lo desconocido para mí, pero no para ella que respondió, como si siempre lo hubiera dicho. No sé cuándo, no sé dónde.

El último recuerdo que tengo de mi madre es una hilera de consonantes a las que no podía encontrarle sentido.

Esa noche la señora Freier nos recogió a mí y a otros niños de la ciudad. Cada vez que subíamos las escaleras, en la oscuridad. Llamó a la puerta y la esperamos en el rellano, en silencio.

"Ya no hay tiempo, ya vienen", dijo, y cada vez salía un niño o una niña. Nadie lloró mientras la puerta permaneció abierta.

Caminamos rápidamente toda la noche. Pasamos por la estación de tren en dirección a Hamburgo. Allí, un poco escondido entre los árboles y un seto alto, se encuentra un pub con jardineras colgando de las ventanas y un largo cartel de madera oscura encima. No se ve desde la calle, pero está ahí y dentro la gente se emborracha hasta desmayarse. Lo sé porque mi padre me lo dijo.

“He estado allí”, me dijo una vez. "En esa cervecería de allí, ¿ves?"

“¿Te emborrachaste?” Le pregunté escandalizado.

«Ah, no. Estaba buscando un amigo. Excepto que alguien entró conmigo, un hombre elegante con camisa oscura. Ni siquiera se sentó a la mesa y gritó: “¡Silencio! ¡Escuchar! Esta noche pagaré las bebidas de todos. ¡A todos! Menos que ese de allá." Y “ese” era un judío con una *kipá* en la cabeza. Un hombrecito que se ocupaba de sus propios asuntos y no molestaba a nadie. El pobre no hizo ningún movimiento. Ni siquiera parecía ofendido. Luego, después de un rato, el hombre se levantó y dijo: “Otra ronda de tragos para todos. Pero a ese no, porque es judío y yo no tengo nada que ver con judíos". Y la gente bebió y el judío permaneció como estaba, tranquilo, aparte. ¿Lo creerías? Resistió todas las provocaciones. Él permaneció impasible."

“¿Pero por qué la gente nos odia, papá?” Yo pregunté.

«Déjenlo en paz, escuchen cómo continúa. Pasan unos minutos y el hombre – pero enojado, ¿eh? – dice muchas malas palabras y vuelve a

comprar bebidas. Para todos menos para los judíos. ¡El judío levanta la vista por un momento y esta vez gracias! ¡Di gracias! Ah, deberías haber estado allí. Deberías haber visto al chico inteligente de la camisa oscura: estaba furioso. Se acercó al mostrador y preguntó: “Dime, ¿es un idiota el que está allí? ¿Pago las bebidas de todos, lo provoco y hasta me agradece?”. El hombre del otro lado terminó de secar un vaso, lo puso a contraluz para ver si había rayas y luego respondió: “Por supuesto que te lo agradece”, dijo, “es el dueño de la cervecería…”. "

Al pasar por ese lugar, el sonido de la risa de mi padre ni siquiera era un recuerdo.

Recordé el recuerdo de ello, nada más.

Si hubiera respondido a mi pregunta esa vez, si me hubiera explicado por qué nos odian, especialmente los camisas oscuras, tal vez le habría dicho que se detuviera. Ya no buscar historias ni amigos por Berlín, sino empezar a correr.

Como lo estoy haciendo aquí y ahora en el tren, junto con los demás hijos de la señora Recha Freier. Me vuelvo para mirar a Hans y Sonja. Duermen profundamente. Un tren arrojado a las vías no tiene vías de escape, según dicen. Si llegaran las camisas oscuras sería muy poco lo que se podría hacer. Tal vez tengan razón, es mejor que duermas.

Otros simplemente cerraron los ojos y se dejaron arrullar. Todavía sienten el peligro, pero ya no pueden hacer más.

Sólo Josko es el único que está realmente despierto, junto a mí. Él mira por la ventana, yo lo miro. Tiene cara de alguien que nunca ha dormido. No más de una hora por noche. No con ambos ojos al mismo tiempo. Es imposible, pero si hay alguien capaz de hacer algo imposible, ese es él: Josef Indig, Josko para sus amigos. Su nombre tampoco será olvidado nunca.

Ya es casi de día, pronto estaremos en la frontera con Italia. Antes de partir, Josko dijo: «Tenemos que cruzar la frontera. Una vez allí, ya no serán un problema para nosotros".

Evité preguntar "quién". Cuando decimos "ellos", siempre nos referimos a las camisas oscuras.

"Estaremos seguros en Italia", añadió. "Muy seguro."

Tampoco hice ninguna pregunta sobre esto: "lo suficientemente seguro" no es "seguro". Me pareció correcto no saber más.

Siento un choque en mi vientre, un movimiento vacío. Me alegro de tener hambre. Significa que el miedo se acabó. Significa que incluso lo

que hay dentro de mí está empezando a sentirse "lo suficientemente seguro". Ni hambre ni sed, ni calor ni frío, así han sido los dos últimos días. Cuando huyes esto es lo que pasa: el cerebro no oye nada más, sólo habla a las piernas.

El tren frena, Josko se levanta, coge su mochila y despierta a los que aún duermen. Pone una mano en el hombro de quien no quiere esperar mucho, da un apretón enérgico a quien no quiere saber. A todos menos a Benno. Se sienta al lado de Benno. Ella le pasa el brazo por el hombro y le susurra algo al oído. Benno tiene sólo nueve años. Por lo que ha vivido merece ser despertado como un niño.

Visto desde aquí, Josko me produce la misma impresión que cuando lo vi por primera vez, en la comisaría de Maribor. Frágil. Parece una hoja inquieta al pie del árbol. La hoja esperando la ráfaga de viento que se la lleve. Sin embargo, la señora Freier contaba con él. Debería haber comprendido, al menos por esto, que mi impresión era errónea.

La noche que vino a recogernos, la señora Freier nos llevó a la Meinekestrasse. Nos quedamos en casa durante días. Esperamos a que llegaran los demás. Los nuevos permanecieron en silencio, buscando un lugar libre cerca de la pared. Los vi desplomarse con la maleta en los brazos, inmóviles, y luego volver a la vida. Volvieron a ser niños y niñas, pero no del todo. Ninguno de nosotros ha vuelto a ser lo que éramos antes.

Luego nos fuimos, sin avisar. La señora Freier nos dividió en grupos y tomamos un tren a Viena. Por cada grupo, un responsable. El nuestro se llamaba Arnold, tenía gafas gruesas, era más alto de lo normal y ya tenía los hombros encorvados. Correspondía a él decidir, en caso de dificultad. En Viena nos separamos de los demás. Para llegar a Graz cada grupo tomó un tren diferente. Nos bajamos en mitad de la noche y afuera de la estación encontramos el camión con una carga de madera, tal como nos habían dicho. La señora Freier o, mejor dicho, "la organización", fue muy clara al respecto. Nos acostamos sobre los troncos que olían a resina y montaña, nos cobijamos con mantas negras de hollín. Pensamos en morir. A medida que subíamos las curvas cerradas, el frío entraba en nuestros pulmones y casi nos impedía respirar. El dolor se disparó desde mis dedos de manos y pies. El viento silbaba, incluso gritaba, como una bestia hambrienta. Sin embargo, si hubiéramos sabido lo que estaba a punto de suceder, no nos habríamos quejado.

En la frontera con Yugoslavia el camión nos dejó delante de un

refugio de pastores.

“Esperen aquí”, nos dijeron y regresaron a la ciudad. Deberíamos haber encontrado a los contrabandistas en la casa segura. Deberían habernos dado comida y algo caliente para beber antes de cruzar la frontera. Pero el refugio estaba cerrado y las ventanas eran demasiado pequeñas y estaban protegidas por una cruz de hierro para pasar. La nieve nos llegó hasta las rodillas. El viento racheado levantó al que acababa de caer en el aire. Arnold no tuvo tiempo de limpiar sus anteojos antes de que los lentes se volvieran blancos nuevamente. No hubiéramos salido de allí.

Nuestra única esperanza era que a los contrabandistas no se les hubiera pagado por adelantado. De lo contrario, si no necesitaban cobrar, les hubiera sido más conveniente dejarnos morir que arriesgarnos a cruzar la frontera. Aquí estamos, a oscuras, bienes inútiles.

Algunos de nosotros nos sentamos protegidos del viento, con la espalda contra la pared. Se subieron el cuello de sus abrigos y se abrazaron. Eran cómodos y se habrían resbalado más y más si Arnold no hubiera limpiado sus lentes. Si no los hubiera visto. Gritó palabras que se llevó el viento. Empezó a tirar de ellos, los levantó a la fuerza, los obligó a saltar. Y pisó a los que realmente no querían saber, a los que pesaban demasiado para levantarlos. Los convenció así. Y siguió gritando hasta que todos hicieron lo que él decía.

Porque si dormías así, en la nieve y con frío, no volverías a despertar jamás.

«Y luego todo fue inútil. ¿Tú lo entiendes?" Escuché esto porque la voz de Arnold salió más fuerte que el viento. Y tenía razón: la señora Freier, el tren, las maletas vacías y el dolor de los que dejamos en Alemania, todo inútil. «¡Podrías haberte quedado en casa y morir! ¡Cálido!"

Entonces uno de nosotros dijo: «Mira, mira…».

Incluso sus palabras fueron borradas por el viento, pero seguimos en dirección a su guante helado. Y vimos un carro avanzando por el camino y corrimos. Todos juntos, como bandidos, como gente desesperada. No había necesidad de explicar nada, no habría habido manera de explicar nada. El hombre nos hizo subir y nos protegió con una lona fría, que por otro lado hacía rebotar el viento. Sentíamos que estábamos bien, que todavía teníamos un poco de esperanza de nuestro lado.

El hombre del carro no era el contrabandista que esperábamos. Era

alguien que en el camino de regreso se había topado con gente incauta, niños que habían desafiado la montaña con zapatos y abrigos de ciudad. Estaban perdidos, él los había ayudado. Eso es todo. Entonces, desde su punto de vista, no había mucho en qué pensar. Condujo el carro por las curvas cerradas y buscó la comisaría de policía más cercana para preguntar qué hacer y cómo ayudarnos. Lo más lógico era también lo más sencillo: llevarnos de vuelta con nuestras familias pobres y preocupadas. De camisas oscuras.

La comisaría de policía de Maribor era una choza. Había un hedor a repollo y moho que haría vomitar incluso a personas hambrientas como nosotros. La calefacción estaba encendida y nos dieron mantas, pero todavía estábamos temblando.

Un hombre nos trajo sopa y luego una bebida oscura y caliente. Sin sabor, solo picante y oscuro.

Ese hombre tenía todo lo de un policía: el uniforme, las botas, la gorra, pero no la cara. El rostro era el de un médico rural o el de un maestro. Personas que siguen su conciencia. Este hombre parecía estar allí para recibir un castigo.

No entendimos una palabra, pero que estaba discutiendo con los otros policías, eso era obvio. Salvo que él era el comisario y hasta que se demuestre lo contrario es el comisario quien decide en una comisaría.

El Comisario Uroš Žun, cuyo nombre nunca olvidaremos, iba y venía, hacía llamadas telefónicas y se quejaba. Y gritó, en su idioma desconocido. Los demás acataban órdenes, pero cuando él les daba la espalda, se miraban unos a otros y meneaban la cabeza o extendían los brazos. No podían permitirse más.

Entonces llegó un telegrama, el comisario Žun lo leyó en silencio y sus hombres se relajaron. Uno se desabrochó el cuello de la camisa, otro se sirvió un vaso de la bebida oscura. Las sonrisas circularon. ¿Verás? ¿Ves lo que sucede cuando las órdenes vienen de arriba?

Pero Uroš Žun cogió el telegrama y lo tiró a la basura. No lo rompió, no se enojó, simplemente lo dejó caer y la oscuridad volvió a los rostros de quienes lo rodeaban.

El comisario se puso al teléfono. Desde la pequeña habitación donde estábamos alojados, a través de un estrecho hueco en la pared, lo vimos acercarse a abrir la puerta. Una ráfaga de viento llegó desde afuera. Al principio no noté nada más, sólo que el frío había vuelto. Pero entonces el inspector pasó por debajo de una ventana y con él había un hombrecito de luz, a contraluz. Parecía que tenía alas. Un

pajarito, pensé.

Incluso ahora, aquí en el tren a Módena, Josko parece lo suficientemente ligero como para emprender el vuelo. Él también se acerca a mí, como hace con los demás, y me dice: «Ya casi llegamos. Estamos casi alli".

"Sí, estoy listo", respondo y él sigue adelante.

Avanza, pero también mira hacia atrás, quiere asegurarse de que nadie vuelva a caer. Que nadie esté tan cansado que prefiera quedarse en el tren.

Puede suceder, lo sé, porque eso es lo que yo habría hecho en la comisaría de Maribor: con mucho gusto me habría quedado en el calor, escuchando las órdenes del señor Uroš Žun. En cambio, aquella vez Josko dijo: «Te llevaré a Zagreb. Todos los hijos de la señora Freier están allí".

Nunca lo había visto antes, no sabía quién era, pero cuando escuché el nombre de la señora Freier me convencí, como lo había hecho mi madre. Fue un recordatorio.

Éramos muchos más en Zagreb que ahora. Nos quedamos poco tiempo, quizás dos meses, y luego nos separamos. Los que tenían sus documentos en regla se marcharon inmediatamente, con la señora Freier. Le hubiera gustado hacerlo de otra manera, pero mudarse todos juntos hubiera sido demasiado arriesgado. Un cheque hubiera bastado, uno solo, y nadie se habría salvado.

"Nosotros nos ocuparemos de los que quedan", afirmó Josko. «Esperamos los sellos que faltan y luego nos vamos, por el mismo camino». En tren hasta Turquía y luego hasta Palestina, incluso a pie si es necesario.

"Si algo sale mal, ahí estaremos", añadió Helene.

«Sí, claro, ve. Nos comunicaremos con usted", dijo Boris. Schoky y los demás adultos también estuvieron de acuerdo.

La señora Freier se dejó convencer. Probó otras soluciones, pero finalmente cedió. Dos grupos: uno inmediatamente y otro posterior. Me quedé. No había documentos para mí. Debí parecer preocupado porque Helene se acercó y dijo: "Es sólo cuestión de días".

"Sí", respondí.

Si algo sale mal, los adultos están ahí.

“Algo anda mal” es la guerra. No tiene sentido hacer planes, no tiene sentido esperar los documentos. Si hay guerra sólo hay que prestar atención a lo que sucede. Fuera de casa, en las calles.

De un día para otro, Zagreb se llenó de camisetas oscuras y sus carteles aparecieron en las paredes. Decía: TODOS LOS JUDÍOS RECIBIRÁN UNA SEÑAL DE RECONOCIMIENTO .

Repartieron trozos de tela amarilla.

El domingo llamaron a los apellidos A a K.

Lunes de L a S.

Martes de la T a la Z.

El miércoles las obras estaban terminadas. El miércoles quedó claro cuántos judíos había, dónde se reunían y qué costumbres tenían. Todo lo que tenías que hacer era seguir los puntos amarillos.

Un trabajo fácil, ellos, los judíos, habían pensado en todo. Para evitar la humillación, para no dejar que los camisas oscuras hicieran de las suyas, se habían marcado entre sí.

"Aquí, es sólo un trozo de tela".

"Seamos fuertes, vamos".

“Esto también pasará”.

El proximo.

Las palabras subieron al cielo, porque salieron del corazón, la tela amarilla quedó pegada a las chaquetas.

Josko nos había hecho vivir como inmigrantes ilegales. Nos había mantenido escondidos como ratones debajo de las escaleras. En aquellos días entendí por qué.

Ni listas con nuestros nombres, ni tarjetas ni listas. Sólo así podremos escapar. Y de hecho nos escapamos. De Zagreb a Horjul, Eslovenia, a veinte kilómetros de Ljubljana.

Me hubiera gustado saludar al Comisario Uroš Žun y darle las gracias antes de partir. Nos ayudó aunque sabía que no recibiría nada a cambio. El suyo es un presupuesto deficitario, como el de la señora Freier, como el de Josko. Ninguno de ellos recuperará lo que dieron. Lo sabían de antemano. Pero entonces, ¿por qué? ¿Por qué lo hicieron?

Estuvimos más de un año en Eslovenia. En un castillo, un castillo de verdad: muros gruesos, ventanas pequeñas, rejas. Me sentí segura, era la primera vez. Quería detenerme y decir: «Aquí es donde teníamos que llegar. Y aquí he llegado."

Había muchas habitaciones, algunas grandes y otras pequeñas. Había uno cuadrado, cubierto de mayólicas azules, con una estufa en el medio y bancos alrededor. Y un techo abovedado. Nunca había visto un techo como éste, el techo de un castillo. El calor del horno provenía de la habitación de al lado. Lo encendieron para hornear pan y nos calentó. También había un piano, en la habitación azul, en un rincón, y Boris lo tocaba todas las noches o casi. En verano, la música llegaba a la terraza y desde allí se extendía hacia la montaña. En el pueblo, casi al mismo tiempo, se encendieron las luces. Siempre pensé que había una conexión entre la música de Boris y las ventanas iluminadas. Tocó y el pueblo se iluminó.

Vivíamos en un castillo, pero vivíamos como jornaleros. Hicimos trabajos, cultivamos un huerto. Josko lo había descubierto en una terraza del castillo. Estaba ahí antes, pero lo dejaron ir y lo devolvimos a la vida. Sacamos lo que había que sacar, cavamos y luego sembramos. Muchos protestaron. No entendían por qué debían cavar. Sobre todo cuando Josko dijo: «Nos iremos pronto. Pronto llegaremos a los demás."

“Se está burlando de nosotros”, dijeron.

"Nunca más nos iremos".

«O para siempre aquí, o mucho esfuerzo desperdiciado plantando achicoria y cebolletas. No hay alternativas".

Por la noche todos nos desplomamos, algunos protestaron y otros trabajaron en silencio. Quizás Josko en realidad pretendía cansarnos. Porque el cansancio cubre el miedo, en esto estuvimos todos de acuerdo.

O tal vez quería darle un regalo a la señora Golob, dejarle algo nuestro. La señora Golob era la dueña del castillo. Vivía en dos habitaciones del primer piso. Corrían rumores de que estaba loca, que había matado a su marido para heredar el castillo. Nos observó trabajar detrás de las cortinas: pensamos que apuntaba a las cebolletas, porque seguramente se las comería. En realidad ella simplemente estaba mirando la vida que le habíamos traído. Ella nos miró y sonrió, conmovida, había estado tan sola en esos años. Le habíamos traído la vida. Solo nosotros.

En el castillo había turnos para lavar la ropa, turnos para ordenar, turnos para ir a buscar agua a la fuente y turnos para la cocina. En rotación. En teoría, por rotación, porque siempre veías las mismas caras en la cocina. La cocina era el único lugar cálido y cualquiera que tosiera o tuviera dolor de garganta estaba allí haciendo las tareas del

hogar. Junto a los que supieron fingir.

La mayoría de las veces dependía de mí encontrar la fuente. Media hora de ida, una hora de vuelta. Un esfuerzo que no sabía que podía experimentar. Recuerdo que sólo llevaba grandes cubos de agua. Quizás incluso he estado en la cocina, pero los trabajos ligeros se olvidan rápidamente. Definitivamente también ordené algunas habitaciones, lo sé porque Helene me recogió.

Dijo: «Es nuestra casa, hay que tratarla bien» y me paré a pensar que la palabra "hogar" no se improvisa, no nace en un día. Fue un grave error por parte de Helene.

No fui solo a la fuente, estaban Leo, Hans y Max o incluso otros, dependía de los turnos. En el camino hablamos de cómo era antes. Leo y Max son los que más contaron. Leo y Max estaban confiados, en sus conversaciones siempre había al menos un "cuándo nos reuniremos". Hans dijo muy poco sobre sí mismo. Nada para mi. Nadie me preguntó y no dije una palabra. No estaba listo. Si hubiera elegido decir algo, habría hablado de los ruidos. Los ruidos que nunca me abandonaron en Berlín: los zapatos de mi padre resbalando en la nieve, las ruedas del carro alejándose.

Nevaba, incluso en Eslovenia, y en aquellos días dejamos de ir a la fuente porque para conseguir agua sólo teníamos que salir y llenar un cubo con nieve. No tenía nada que hacer, los ruidos volvieron.

Max había encontrado un trineo en el ático del castillo. Estaba dañada y la había arreglado con una cuerda. El trineo no me inspiró confianza, pero funcionó para mí. Elegí un descenso pronunciado, entre árboles, ramas bajas y el fondo de la carrera que no se veía. Di un empujón firme y el viento silbaba en mis oídos. El cielo era un techo de hojas de tejo, oscuro. Al bajar, el único ruido era el ensordecedor susurro de las hojas bajas. Me sentí bien en ese momento. Luego un bache, un salto y tres árboles delante. El momento de no pensar, de no decidir, sino de dejar que algo suceda. Algo definitivo. Pero en lugar de eso, el trineo se inclinó hacia un lado, sentí que se derretía debajo de mí y salí volando.

Sin daño, sin dolor. Sólo tiene rasguños en las manos, pero no hay sangre. Heridas invisibles, como siempre. Me arrastré hacia un árbol, apoyé mi espalda contra el tronco, recordé que tenía corazón porque salió de mi pecho, lo sentí afuera. Estaba golpeando el árbol detrás de mí. Le tomó mucho tiempo al corazón olvidar el miedo, pero al final lo hizo, volvió a su lugar. Sólo entonces sentí la fuerza del árbol detrás de mí.

Lo mismo pasó la primera vez que vi el mar. Salimos de Eslovenia, ya no estábamos seguros porque allí también llegó "algo malo", la guerra. De camino a Italia, en tren, pasamos por Trieste. Fue allí donde vi el gran mar azul.

No me lo imaginaba así. Inmenso. Lo vi fluir por la ventana y permanecer inmóvil, tan grande que ocupaba todo el horizonte. Sami se habría vuelto loco si hubiera estado allí. Mi madre habría quedado encantada. En silencio, creo. Se tapaba la boca con las manos y permanecía en silencio. Mi padre, en cambio, no paraba de hablar. Vería el mar al revés, como nunca nadie lo había visto. Resaltaría la divertida maravilla de las cosas.

Sin embargo, antes de ver el mar, dos guardias entraron en el carruaje. No hicieron nada, sólo entraron y salieron, pero mi corazón se volvió loco de todos modos. Me tomó un tiempo olvidar el miedo, como debajo del árbol.

Todo el tiempo, mientras mi corazón latía con fuerza, estaba mirando por la ventana, pero no podía ver el mar. El encantamiento.

Estoy parado, el tren frena. Desde la ventana veo el cartel de MÓDENA . Recojo la maleta y apunto mis pies. A los demás les gusto. Nos balanceamos juntos, luego una frenada brusca nos hace perder el equilibrio. Desde atrás, un hombro me sostiene y detengo a Kurt cuando casi cae.

“Gracias”, dice.

No es a mí a quien debería agradecer, pero lo hace. Viajamos todos en el mismo tren, apiñados: somos una cadena, incluso sin quererlo. Puedo ver al Comisario Uroš Žun asintiendo aquí entre nosotros. Es en él en quien pienso cuando Kurt me agradece. Al señor Žun y su estar en el centro de la cadena. Esto es todo, pienso: se lo daré a otros, para agradecerle.

Desde la estación de Módena hasta la sinagoga hay aproximadamente novecientos escalones. Por increíble que parezca, Fritz los cuenta. A mitad del camino Benno lo distrae con una de sus preguntas y el cálculo sigue siendo aproximado: aproximadamente novecientos pasos.

Casi no hay nadie en la calle. Todos están en casa comiendo. Los pocos que encontramos se detienen a mirarnos con curiosidad y eso no es bueno. Sería mejor caminar separados, no todos juntos, pero Josko está tranquilo. Él lo cree y lo sigue repitiendo: estamos a salvo. Suficientemente seguro. Así seguimos, avanzamos, cuarenta y nueve personas con maletas y mochilas en una ciudad desierta a la hora del almuerzo. Nos hacemos notar.

Pero llegamos, sin problemas.

El rabino nos ve de lejos y levanta los brazos al cielo. Dice: «Es una bendición ver a tantos niños todos juntos. Venir venir. Venid y oremos".

Sólo la mitad de nosotros realmente oramos. Los demás fingen, por respeto. Josko es ateo y socialista, pero hace su parte. Nos lanza miradas sucias para que parezcamos serios, pero cuanto más lo intenta, más se ríen Leo, Hans y Jossel.

Después de la oración comemos en la sinagoga. Hay gente caminando afuera, demasiada gente está empezando a moverse. El rabino dice: "Hay todo tipo de gente, es mejor quedarse aquí". Sus palabras se escapan, el optimismo de Josko no flaquea.

Dentro o fuera, sin embargo, en este punto es lo mismo. Comer es la mayor bendición. Todo lo que me meto en la boca desaparece incluso antes de masticarlo. A otros también les pasa lo mismo. Lo

noto por la velocidad con la que los platos se llenan, se vacían y se vuelven a llenar. La comida está frente a nosotros y nos dice: “Se hizo lo que se debía hacer. Lo que había que superar ya está superado. Todo ha terminado, ya no hay nada que temer. Y cuando hayáis llenado vuestras barrigas lo entenderéis también. No te preocupes, todo se acabó".

Comemos y tratamos de comprender, cada uno por su cuenta, en silencio. Lo que entiendo, incluso con el estómago lleno, es que nada ha terminado, nada ha pasado. Porque nada pasa, en realidad no. Él nunca lo hace.

Paramos brevemente, el tiempo justo para deshacernos de todo y ordenar. Luego el rabino nos saluda: "Buena suerte", dice. Él también está convencido de que las cosas mejorarán en Italia.

"Aquí tienes muchos amigos con los que puedes contar" y le da la mano y el abrazo.

Para llegar a la estación, sin embargo, recomienda dividirse. Es mejor caminar en grupos pequeños. En Módena saben que han llegado los judíos y siempre hay algún fascista entusiasta. Es mejor ser cauteloso.

Un "fascista exaltado" en Italia es como una camisa oscura en Alemania, nadie lo dice claramente, pero es así. Y luego pienso que el rabino hace lo mismo que Josko: dice que estamos a salvo, pero quiere decir "bastante" a salvo. Me quedo al margen, todavía no tengo el valor de hacer preguntas, pero espero que los fascistas entusiastas caminen uniformados. Como en Alemania. La ventaja es mínima, pero está ahí, con un enemigo uniformado.

Seguimos el consejo del rabino. Nos separamos un poco, pero el resultado no es bueno. Parecemos mucho más así. Sin embargo, llegamos a la estación sin problemas. Eso es lo que importa.

El tren es pequeño e incómodo, pero está casi vacío y el viaje de Módena a Nonantola dura poco tiempo. No hay mar desde la ventana, sólo una pared de árboles que atraviesa el campo. Podría haber una ciudad entera allí atrás. Berlín también. Veo arbustos bajos y, detrás de ellos, árboles. Y todavía hay algo detrás de esto.

Aquí vamos. El tren para delante del cartel de N ONANTOLA y nos bajamos. Somos muchos, llenamos el andén y luego la plaza de la estación. El país podría caber en una cáscara de nuez. El campo circundante no lo es, es interminable. Salimos a la carretera, con nosotros hay gente que parece conocernos. Tenemos un traductor.

"Esa es nuestra abadía", dice. Es una iglesia importante, cita

números y fechas.

«Esa es nuestra torre» vuelve a decir, pero lo único que entiendo de la torre es que es cuadrada. Nos tratan como si estuviéramos de viaje y eso no me gusta. Podrían hacernos bajar la guardia. Creo que es demasiado pronto, debemos tener cuidado.

Nos cuentan que hasta hace un par de años estaba encerrado en la torre un socialista.

“¿Lo arrestaron?” pregunta Josko. Él también es socialista, el tema le interesa.

"No, qué hombre más detenido", responden. «Se cerró solo. En protesta contra los fascistas. Estuvo allí durante catorce años. Desde el 26, ¡piensa! Era incómodo, destacaba, sobre todo cuando estaba encerrado. Y luego fueron y lo golpearon. Hasta que lo mataron. Pobre Zóboli. No hubo nadie en el funeral".

“Algún exaltado fascista”, dijo el rabino de Módena. Pero ese no es el caso, hay muchos más. Necesitamos seguir teniendo cuidado. No estamos de viaje.

Caminamos y la gente nos observa. Allí estudian, sobre todo los niños. Nos señalan, pero hablan en dialecto y no entiendo una palabra. El italiano que hace de guía, aunque hay traductor, habla despacio. Es él quien cuenta la historia de la torre y del socialista. Entiendo un poco.

Josko nos hizo estudiar italiano allí en Eslovenia. Pocas lecciones, pero fueron suficientes para mí. Para mí los idiomas no son un problema. Escucho y aprendo. Hay una razón, una razón sentimental.

Mi abuela era de Budapest. Conoció a mi abuelo en Berlín. Ambos habían estado allí poco tiempo. Mi abuelo era albañil. Era un ruso entre muchos, subía y bajaba por los andamios del Gran Teatro. Ella lo vio trepar y pensó que para ser así de ágil había que tener el corazón alegre. Parecía un artista de circo, con ladrillos en lugar de mazas. Ella se detuvo para observarlo, todo empezó así.

Al principio ninguno de los dos hablaba alemán. Entonces inventaron un lenguaje a la mitad, entre los dos. Entre húngaro y ruso. Cosas para los enamorados. Poco a poco las palabras fueron pasando de uno a otro y viceversa. Con el tiempo aprendieron alemán, pero era el idioma de las oficinas, de las señales de tráfico. El mínimo.

Mi padre nació en medio de esa orquesta de sonidos. Utilizó su propio francés, que aprendió al conocer de cerca al Sr. Dumas.

Mi madre sabía francés mucho mejor que mi padre, aunque él era de Polonia. Pasó los veranos con una tía en Calais. Un año, pero ya era

mayor, paró en Berlín para despedirse de una amiga y en Berlín conoció a mi padre. También en andamios, también albañil, pero nada ágil. Tenía un sándwich en la mano y estaba comiendo, mientras los demás trabajaban. Mi padre soltó una de sus frases novedosas y la historia continuó. Depende de mí.

Alemán, ruso, francés, húngaro, polaco: estos son nuestros idiomas. Los siento hirviendo, depende de las situaciones. Salen cuando es necesario. Pienso en alemán, pero río en ruso, me enfado en húngaro, como mi abuela, y suspiro en francés. Ahora ya no. Hace mucho que no suspiro. Pero el húngaro siempre está ahí, todos los días.

Espero en polaco, el idioma de mi madre, mi hermano Sami y mi tío Hermann, pero la suya es otra historia.

Josko me aseguró que tan pronto como se complete el trámite, aquí en Nonantola, se pondrá en contacto con la Cruz Roja. “Encontraremos una manera de que usted le escriba a su familia”, dijo. Fue idea suya, no pedimos nada. Además porque nadie sabe qué es la Cruz Roja...

Estoy aquí, el primero en la fila, caminando al lado del delgado italiano, nuestro guía. Quiero darme prisa. Llegar, dejar la maleta vacía y recoger mis ideas, concentrarme. Quiero asegurarme de utilizar las palabras correctas, tengo que pensarlo detenidamente. Luego, cuando Josko diga que se puede, le escribiré.

El guía nos dice: "Aquí estamos, es ese". Señala con el dedo un edificio enorme. Villa Emma es verdaderamente una villa, con la escalera, la puerta de cristal y la logia. Hay muchas habitaciones en el interior, nos asegura. También porque somos muchos, cuarenta niños y nueve adultos. Encontrar un lugar para nosotros, todos juntos, no pudo haber sido fácil. También aquí, como en Eslovenia.

La puerta está cerrada.

Entre los que nos acompañan hay un policía que dice: "No es posible que pases la noche aquí". Entonces patea la cerradura y las dos puertas se abren de golpe. Entremos.

Por dentro todo es suciedad. Las habitaciones son preciosas, los techos están decorados con frescos, pero hace años que nadie entra en ellas y está todo vacío. Vacío y sucio. Josko está furioso, lo puedo ver por la tensa sonrisa que distorsiona su amable cara de pájaro. Intenta mantener la calma incluso cuando vemos que un hombre bien vestido se acerca desde la calle. Llega el hombre. Se seca el sudor con su pañuelo blanco y lo saca del bolsillo de su chaqueta. Se disculpa.

"No te esperábamos tan pronto." También cree en ello durante un

viaje. Dice: "Tomaré medidas de inmediato, todo estará bien en poco tiempo".

Guarda el pañuelo, pero primero se encarga de doblarlo bien. Lo siente mucho o lo finge. Cada idioma es sincero a su manera y no estoy lo suficientemente familiarizado como para saber cómo funciona aquí.

Josko habla a trompicones, más rápido que de costumbre, pero sólo desahoga cuando estamos solos, cuando los italianos se han ido.

«Nadie se atreve a protestar. Protestas solo después de haberlo arreglado. Vamos, manos a la obra".

Me gusta la idea, no soporto quejas y no es el momento, pero de todas las habitaciones sólo conseguimos hacer habitables dos. Uno para hombres, otro para mujeres. Son cuarenta y tres, pensaremos en los demás con tranquilidad.

Antes de anochecer aparece un granjero. Trabaja los campos de la Villa y se llama Leonardi. Llega con paja para no hacernos dormir en el suelo y dice: "Entonces tal vez pensemos en las camas, que ni siquiera entonces es un buen sueño".

Me pregunto si cuidarnos es parte de su trabajo. Primero los campos y las vacas, ahora los campos, las vacas y los judíos. Pretendo estudiarlo mejor, pero no hace falta mucho para entender que no le molesta, lo hace de buena gana. Y luego pienso que tampoco hay que olvidar su nombre.

Pasamos la primera noche apretados unos contra otros, con el vacío a nuestro alrededor. Somos muchos en el baño de chicos. Puede suceder que encuentres el pie de un vecino debajo de tu nariz. Max defiende el lugar junto a Benno, el más pequeño de todos, porque sus pies son los únicos que no apestan. Benno deliberadamente agita sus calcetines sucios en su cara. Max finge desmayarse y Benno se ríe. Sigamos así los primeros días. Por la tarde preparamos nuestro lecho de paja y a la mañana siguiente lo dejamos todo a un lado. Luego salimos al patio y nos lavamos en la fuente.

Comemos lo que nos traen los agricultores. Los primeros días nos adaptamos. Los agricultores son como Leonardi, están felices de ayudarnos y hacerse entender. Vienen a la Villa, traen lo necesario. Cuando salen son más ligeros, aunque su carga sea sólo de unos pocos huevos.

Pero no puede ser suficiente, está claro. Somos demasiados para vivir de buenos pensamientos. Tenemos que organizarnos. Josko habla con los restaurantes del pueblo, con todos los que saben cocinar para

nosotros. Él consigue un precio factible y nos dispersamos a la hora del almuerzo. Comemos lo que hay, pero está bueno. Hemos tenido tiempos peores.

Ya no es como antes, ya no vivimos aislados y la gente tiene curiosidad. Los ancianos, detrás de las mesas de café, nos miran de reojo. Siguen jugando a las cartas, pero lo estudian. Los niños se acercan con mayor facilidad, especialmente los más pequeños. Hacen preguntas, tratan de entender si lo que saben es verdad. No sé qué saben de nosotros, pero no puede ser nada bonito, porque les sorprende todo, les sorprende encontrarnos normales.

Ahora tengo una mejor idea de cómo se sienten los bonobos. Cuando era niño los miraba a menudo. Pasé las tardes en el Tiergarten. Fui allí con mi abuela. Ella trajo una manzana, mi merienda, y a una hora que supo, la cortó en gajos y me la dio de comer. Siempre escondía dos piezas en mi chaqueta, una en cada bolsillo, y una vez frente a la jaula del bonobo las tiraba por encima de los barrotes sin que nadie se diera cuenta. Mi abuela tenía poca vista, no fue difícil engañarla. Cuando volvimos a pasar por allí, de camino a casa, tuve la impresión de que los bonobos me sonreían. Los que habían comido mi manzana, claro, pero también los que sólo habían estado mirando.

Ahora, aquí en Nonantola, somos los bonobos. Estamos en una jaula y nos observan, pero ir al pueblo sigue siendo agradable. Hay pocas calles, siempre nos encontramos con la misma gente, pero es agradable. Conocemos a la gente, especialmente a los que hablamos mejor italiano.

También hice un recorrido por Módena, con Schoky. Entre los adultos, él es quien se ocupa de los negocios. Aquí en Nonantola es más fácil verlo en acción. Es bueno: compra, vende, negocia y consigue sacar siempre el máximo partido. Es un talento útil, especialmente si hay guerra. Schoky es un polaco que sabe bromear. Utilice la simpatía para no revelar nada sobre usted mismo. No es el único que se comporta así.

Hoy tiene algunos viajes que hacer en la ciudad. Dice: «Si tú también quieres venir, haré la vista gorda y nadie lo sabrá». No hace falta hacer la vista gorda, especialmente si vamos a salir con un adulto. Schoky todavía pretende hacernos un favor porque estamos endeudados y él tiene algo que pedir. Así es como obtienes lo que necesitas. Lo que necesita es mi italiano. Nunca lo admitiría porque sabe que el precio subiría.

En Módena me pide que lo acompañe a la ferretería. Traduzco y sale con dos cajas de material. En la papelería, sin embargo, me dice que espere afuera. En el escaparate hay libretas, bolígrafos, sellos y portadocumentos de piel. En lo alto de un estante polvoriento hay un retrato. Un hombre vestido de negro. Amenaza a los transeúntes con su mirada. Me dan ganas de mirar para otro lado. Sé que es sólo una imagen, pero no me gusta lo que escucho. Cuando sale, Schoky me dice: "Deja en paz a Mussolini". Y agita un sobre blanco delante de mi nariz. Luego añade: «Josko me dijo que no volviera sin esto».

Se lo arrebato de la mano, como si fuera solo una provocación. Como si esperara un chiste de mal gusto. Mi gesto lo sorprende, pero no dice nada. Él sólo me mira desconcertado. Quizás entendió algo, algo cierto. No confío en las personas que son buenas en los negocios. Si mi padre hubiera considerado oportuno hacer negocios rentables, no se habría pasado la vida contando chistes.

Cuando regresamos a la Villa, encuentro un espacio debajo de la logia. Es un hermoso día soleado. Hay un poco de viento que se lleva el aire húmedo de la tarde. Dicen que esto no sucede a menudo aquí. Me gusta ver las hojas de los árboles convertirse en ondas verdes.

En mi cabeza tengo palabras que me he repetido muchas veces, la letra que me he aprendido de memoria. Querida madre, estoy a punto de escribirte, te extraño y extraño mucho a mi padre y a mi hermano Sami. No sé cómo sobrevivo sin todos ustedes. Cuando finalmente llegue a Eretz Israel, cuando este viaje termine, os diré cómo llegar hasta mí porque no puedo imaginar mi futuro sin vuestra ayuda y sin los caprichos de mi hermano. Si lo pienso, los días que vienen me horrorizan y el pasado no me sirve de consuelo...

En lugar de eso escribo:

Querida madre. Desde hace unos días vivo en una villa con un inmenso parque florido. Aquí nos tratan bien y se han superado todas las dificultades. La comida es buena y la mayoría de las veces suficiente. Vivamos juntos, como debe ser: experimentemos una nueva forma de colaborar. A donde vamos, todos tendrán que hacer su parte y nadie tendrá que ocultar más el hecho de ser judío. Tengo profesores a los que admiro mucho y leo buenos libros. Cuando llegue a mi destino, te diré cómo llegar hasta mí. Tu querido hijo, Nathan .

Doblé el papel. Lo puse en el sobre. Me quedé con la carta en la mano hasta que el sol empezó a ponerse. No sé lo que pensé. Nada, tal vez. Sólo ha pasado un tiempo.

Luego le entregué la carta a Josko y le dije: «Gracias».

Él no respondió. Sonrió. Él lo enviará, esto también lo solucionará como todo lo demás. Ya sean problemas pequeños o grandes, para él

no hay diferencia.

El mayor problema ahora es encontrar camas.

Josko se puso en contacto con un carpintero del pueblo y poco a poco llegaron tablas de madera cepilladas y cortadas. El carpintero nos explica cómo montarlos, nos muestra. Los demás los tendremos que hacer nosotros mismos. Los suyos son perfectos, sólo podemos esperar los nuestros. Esta es también la idea de Josko: aprender a hacerlo todo. Para cuando estemos en Eretz Israel. Allí nos espera la vida normal, la que no conocemos. Un trabajo, nuevos amigos. Hay que llegar preparados: el mejor momento para sentirnos bien mañana es ahora. Él lo dice.

Al final del día nos reunimos en asamblea. Lo hacemos periódicamente, hacemos balance. Discutimos las cosas que funcionan y las que no funcionan. Me resulta difícil intervenir, porque prefiero observar y pensar, que hablar. Siempre hay alguien que tiene mejores palabras que yo o frases más completas. Una voz más atractiva.

Josko lo notó en Eslovenia. Me llevó aparte y me dijo: “No está bien, Nathan. No puedes dejarlo en manos de otros. Las cosas sólo funcionan si todos participan".

Intenté objetar, Josko siguió su camino.

"Tienes tiempo. Nos estamos preparando para cuando estemos en Eretz Israel: escuchar y ser escuchados. Será fácil".

«¿Pero por qué, Josko? I…"

«Porque estamos viviendo una nueva forma de convivir, Natan. Todos lo necesitamos".

No sé si realmente lo creyó o si simplemente lo dijo para convencerme. Pero me gustó la idea. Los supervivientes marcan el camino. Por eso lo dejé hacerlo, no lo contradije. Y he estado pensando en ello todo este tiempo.

Levanto la mano y hablo. Mientras hablo tengo la impresión de estar fuera de lugar, pero llego al fondo del asunto.

Yo digo: «Lo que más extraño en esta nueva casa son los conciertos del profesor Boris. Sería bueno tener un piano. También aquí, como en Eslovenia."

"Es verdad", comenta alguien, "sería bonito".

Schoky entrecierra los ojos y me mira perplejo. Hace cálculos, estoy seguro, cuenta con la punta de los dedos. Luego dice: «Sí, creo que podemos hacerlo».

Boris es un verdadero pianista. Una vez subió al escenario vestido de pingüino. Antes de que las camisas oscuras lo obligaran a bajar,

tenía una gran demanda. Tiene gestos delicados y musicales, parece escuchar un piano aunque señale la carretera o una señal lejana. Mueve su dedo índice y la música comienza en el interior.

Nadie sabe por qué abandonó Rusia. Ya era famoso, pero se mudó a Berlín y tuvo que empezar de nuevo. Pero lo consiguió, se impuso. En Berlín vivía en un piso grande y le llamaban a fiestas. Antes de que llegaran los camisas oscuras, dio lecciones a los hijos de personajes importantes. Incluso los políticos, los ricos.

Entonces todo cambió para él. Para todo el mundo. Quizás más para él.

Ahora Boris nos enseña su música, lo hará aquí también y volverá a dar sus conciertos. Un instante de silencio concentrará y hará desaparecer lo que no se necesita. El blanco de las paredes, la oscuridad en las ventanas, el frío alrededor, todo. Será así, lo sabemos. Sus dedos se deslizarán sobre el piano y sólo habrá música. Al principio. Entonces eso también desaparecerá y reiremos o lloraremos, sin saber por qué. Boris es un titiritero. Toca las teclas y una historia pasará ante ti. En realidad, entra en ti, pero no a través de tus oídos. Una historia sin palabras, que sientes en tu vientre o en tu espalda o en algún otro lugar. Hay órganos en el cuerpo que no conocemos. Por eso sucede, por eso reímos o lloramos sin motivo. Porque todavía no sabemos cómo somos por dentro.

Los habitantes del pueblo vienen a echar un vistazo. Buscan excusas, pasa todo el tiempo.

Dos niños se arman de valor y entran al parque de la Villa. Uno es un poco mayor, otro más pequeño, pero tienen nuestra edad, al menos eso creo. El más grande es delgado y alto, el más pequeño es bajo y ancho. Parecen una pareja de cómic. También hay una chica con ellos. Ella desaparece detrás de los demás, no le gusta estar aquí.

Los chicos hablan con Agnes, que hoy está lavando la ropa y tendiendo la ropa. El alto le muestra un libro.

Dice: «Lo encontramos en el café de Via Roma. No está en italiano. Uno de ustedes lo olvidó. Quizás sea importante...".

Entre las chicas de la Villa, Agnès no es ciertamente la más bella, pero es la que más se prueba delante del espejo. Todo el mundo lo sabe porque sólo hay un espejo y está en medio del pasillo. Para ella no es un problema. También pide su opinión a todo aquel que pasa por allí. Prueba un perfil, prueba el otro, mira al frente y sonríe. Con los dientes apretados, con los dientes al descubierto, con los labios cerrados. Nos gustaría felicitarla por su compromiso.

No es casualidad que los chicos se detuvieran justo en su casa. Los atrajo. Seguro. Y se detuvieron. Excepto que Agnes también es la que menos entiende el italiano. Puede sonreír y posar, al menos mostrar sus hoyuelos. Y luego eso es todo. Desafortunadamente para él, los niños están realmente interesados en devolver el libro. A lo sumo les gustaría curiosear, hacer un recorrido por la Villa. Luego la saludan y entran. Están buscando a alguien más. Me los traen.

El más alto repite el discurso desde el principio, pero con mucho esfuerzo, lentamente. Agnes no nos hizo quedar bien. El más bajo mira a su alrededor e intenta captar detalles, memorizar detalles. Se hace entender, porque mira con indiferencia al suelo, hacia arriba, a derecha e izquierda, sin ninguna dirección concreta. Luego se acerca al alto. Susurra algo en tu oído. No me gusta esto, me parece una forma sospechosa, de espía. Pero la chica sale por detrás. Pone el libro en mi mano y desaparece de nuevo.

Y el título del libro es *Wohlgefülltes Schatzkästlein. Deutschen Scherzes und Humors* publicado por el Sr. Spemann de Stuttgart. Lo hojeo. El corto me pide que traduzca el título. Pienso: nada, es sólo un pequeño cofre del tesoro lleno de chistes, algo de humor. Humor típico alemán… pero no lo digo porque Agnes haya subido las escaleras y ahora todos estén mirando hacia las escaleras. Desciende a paso lento, de desfile. La chica (no Agnes, la que me entregó el libro) me mira con demasiada atención, esperando una palabra, una señal. Quizás también la respuesta a la pregunta anterior, la traducción. Se queda a espaldas de sus amigos y estudia mi indecisión. Lo ignoro. Voy a tratar de.

Agnes gorjea algo en alemán. “Traduce” dice y la suya es una orden. Su voz es áspera, aunque sigue sonriendo. Siento que se me cierra la garganta desde dentro.

Le doy la vuelta al libro para no tener que releer el título. Acaricio la portada. Yo no sé por qué. Miro por la ventana. Y luego releí el título. Y luego el alto. Y luego el bajo. Y luego Inés. Y luego nada. Es como cuando piensas: no debería hacer esto, y eso es exactamente lo que haces, porque has pensado en eso que no deberías hacer por mucho tiempo, con demasiada intensidad y ya se ha metido dentro de ti.

Me eché a llorar, como un idiota. Salí. La chica se acercó detrás de mí para decir algo. Que no lo sabía, que no se lo imaginaba. Me pidió disculpas. Empecé a correr, para no ser alcanzado por ella, por sus excusas. Porque no habría tenido palabras para decir: olvídalo, tú no

tuviste nada que ver con eso y deberías saber demasiado de todos modos. E incluso la comprensión, en última instancia, es inútil.

Llorar por un libro de chistes es como con los chistes de mi papá: no es necesario dar explicaciones.

Si no contaba chistes, mi padre hacía chistes sobre mi tío Hermann. Era fácil reírse del tío Hermann, tan serio y silencioso estaba en un rincón de la casa. Era el único de la familia que se tomaba en serio la religión, por eso vestía de negro y respetaba todas las reglas. Había estudiado la sagrada Torá y conocía las interpretaciones de los sabios. Pero no se enojó con nosotros. No éramos tan cuidadosos como él, pero él no se enojaba porque era tolerante. Y luego se mantuvo alejado de las discusiones. Y también de los chismes. Si había alguien que tenía que perder con los chismes era él. Él sabía. Nunca se había casado y vivía solo en un apartamento oscuro y polvoriento. Nunca había perdido el tiempo limpiando los estantes con un trapo. Sólo los libros estaban muy limpios porque, cada vez que tomaba uno, lo soplaba y lo acariciaba antes de abrirlo. Cuando no se encontraba muy bien, la señora Mizrachi le cocinaba según las reglas de la religión.

"Le llevaré la comida al tío", le dije, "así veré cómo está", y bajé con la señora Mizrachi, abajo. Una preocupación que alegraba a mi madre, pero que para mí era sólo un pretexto para entrar a su apartamento de libros y polvo.

Mi tío Hermann estudiaba constantemente. Se sabía de memoria cada línea de cada volumen, pero siguió estudiando. En los libros encontró los espacios abiertos que faltaban en su casa. Vivía en un apartamento tan pequeño que en la habitación sólo había espacio para la cama. El armario estaba en el pasillo y ocupaba la mitad del pasillo. Sin embargo, en el salón –también un hueco– había espacio para una mesa baja sobre la que se colocaban un tablero de ajedrez y piezas. Jugaba solo, pero todavía tenía dos sillas. Cuando llegó el turno de los negros, se sentó allí y se movió. Luego se levantó y estudió el tablero desde arriba. Murmuró, se sentó al otro lado y movió a uno de los hombres blancos.

El tío Hermann siempre ha sido un poco pendenciero, pero brillante. El tipo extraño que sin embargo pone todo lo que debes saber en una frase, sólo una. Las suyas fueron palabras apenas colocadas en sus labios. Parecían prestados. Vinieron de lejos y se detuvieron por un momento. El tiempo justo para ganar la comparación con todas las demás palabras dichas hasta ese momento, para revelar su banalidad y luego desaparecer.

Un día, el tío Hermann me dijo: «Si tienes que aprender a tocar un instrumento, *dreidel* , elige el violín».

Había empezado a llamarme *dreidel* , peonza, porque decía que cuando era niño lo obligaba a tomarme de las manos y hacerme girar lo más rápido posible. Para un hombre tan serio, tan rígido, debe haber sido verdadera violencia.

«¿Por qué el violín, tío?»

«Para escapar mejor, tonto. No te imaginas lo difícil que es huir con un piano al hombro."

¡Una broma! Increíble, había vida en esa santa cabeza.

«Debes estar listo, *dreidel* . Todos los días, como en Semana Santa. Hay que estar preparado aunque el pan no haya tenido tiempo de fermentar".

El tío Hermann no era alguien con quien salía a menudo. Aunque toleró nuestra forma de vida, aun así se mantuvo alejado de ella, por precaución. Cuando venía a vernos, sobre todo durante las vacaciones, y se encontraba bajo el mismo techo que los demás familiares, el tío Hermann se hacía a un lado y observaba. A quienes le hablaban, él nunca respondía sin haberlo pensado demasiado. Después de tal pausa, cualquier cosa que dijera terminó haciendo sentir incómoda a la persona que se le acercó. Y tal vez sólo quería charlar.

Mi madre le tenía mucho cariño, pero sentía por él una admiración que era muy cercana al miedo.

"Es muy inteligente", dijo, y ese reconocimiento los separó, porque alguien como el tío Hermann era venerado, pero difícilmente comprensible.

«¿Y el ajedrez, tío? ¿Por qué te gusta tanto jugar al ajedrez?"

«Ajedrez, dices, *dreidel* . El ajedrez. El ajedrez es el más alto de los juegos. No hay suerte en el ajedrez. No hay otra ventaja que la que surge aquí, en el tablero de ajedrez. Un movimiento tras otro. Puedes ser judío o dueño de la nación: si piensas, ganas".

Ahora todo está en orden. Hemos ordenado las habitaciones que necesitamos y los días pasan idénticos, uno tras otro. Buena señal.

Un hombre importante llega a la Villa. Tiene bigote encerado y zapatos lustrados. Recorre las habitaciones de la planta baja. No sube las escaleras. Se detiene para hablar con Josko. Reitera que no esperaban nuestra llegada tan pronto, pero que las dificultades ya han sido superadas.

«Ahora estamos listos para empezar», dice, «el dinero está ahí. D ELASEM se encargará de todo.» La señora Freier habría dicho “organización”, aquí se llama DELASEM . La sustancia es la misma. D ELASEM significa Delegación para la asistencia a los emigrantes judíos. Ellos nos ayudan. Esto basta para decir que son importantes.

El hombre del bigote encerado y los zapatos relucientes está tranquilo, inspira confianza. Debió cometer muchos errores en el pasado y también lo admite: «Como alcalde del pueblo, cometí algunos errores».

No entiendo pero recorre la Villa y pregunta qué más se necesita. Schoky le habla de dinero.

Schoky pregunta: «¿Recibió la lista que le envié, señor Friedmann?».

"Sí Sí. No hay problema”, responde el señor Friedmann. "Estoy satisfecho. Hemos juntado una buena cantidad, logramos comprarlo todo..."

«Hay que añadir una última cosa. Un piano. Sé que no hemos hablado de eso, pero..."

El señor Friedmann se acaricia el bigote y tose para aclararse la garganta. Schoky no le da tiempo para reflexionar. Si reflexiona, entonces objeta.

Dice: «Lo necesitamos. La moral de los chicos no es buena. Y luego tenemos un profesor de música, se llama Boris. Los niños disfrutan escuchando su música. Así es para ellos. Es normal. Estos niños merecen algo de normalidad. Funciona, ya lo hemos visto donde estuvimos antes, en Eslovenia. Puedes venir a uno de sus conciertos, estás invitado."

El señor Friedmann asiente.

«Entiendo los términos de la pregunta. Haré mi mejor esfuerzo." Dice estas mismas palabras: “Entiendo los términos de la pregunta”. Es su idioma. El suyo y el de Schoky.

Escucho y me dejo sorprender por mis pensamientos. Schoky podría

usar ese lenguaje (entiendo los términos de la pregunta y todo) incluso fuera de aquí. De hecho, podría sacar mucho más por ahí. Para el mismo. En cambio, está con nosotros y lo usa para darle un piano a Boris. Porque uno de los chicos le preguntó. Y los niños merecen un poco de normalidad, afirmó.

Markus Silberschatz conocido como Schoky, espero de todo corazón que tu nombre nunca sea olvidado.

El señor Friedmann saluda a Josko y Schoky. Se va y también se despide de Boris. Ella le dice: "No puedo esperar a escucharlo". Boris no entiende, pero de todos modos sonríe y responde: "Hasta pronto".

Antes de marcharse, el señor Friedmann se detiene y mira la fachada de la Villa. Está satisfecho. No debo dejarme influenciar por los bigotes y los zapatos. Y no hay tiempo para preguntar qué errores cometió. Hará lo que debe y su nombre también será recordado.

De hecho, no pasa mucho, una semana, y llega el piano. Boris dice que es bueno. Lo celebramos con música alegre y bailamos la *hora* en círculo, nuestro baile. Sonja está sentada en una silla y nos mira con tristeza, desde lejos. Siempre sucede. Cada vez que nos divertimos ella se pone oscura. Cuando no puede soportarlo más, va a otra habitación y llora.

Sonja vivía en el barrio Scheunenviertel, pero ya no tiene a nadie allí. Vivía con su madre y dos hermanos mayores. El padre fue asesinado en la calle junto con su hermana menor. No se sabe por qué, los atacaron mientras caminaban. No había querido cambiar sus hábitos, había seguido haciendo lo mismo de siempre. Quizás por esta razón. Los encontraron en el Spree, uno cerca del otro. Parecían estar abrazándose, dijeron.

Durante años vivieron bien, su padre tenía una fábrica de juguetes y todo iba bien. Hizo traer máquinas de Bielefeld para grabar el metal. El resultado fueron unos excelentes juguetes de cuerda, con los mejores muelles de toda Alemania, indestructibles. La infancia de Sonja transcurrió así, experimentando con juegos caros que habrían entretenido a muchos niños. Hoy dice: «Quién sabe. Si mi familia no hubiera sido tan rica, tal vez nos habrían dejado en paz".

No, no lo hace. Habrían llegado de todos modos. De todos modos se habrían llevado a sus dos hermanos y su madre habría muerto de pena. En su cama, una de las tantas noches que pasó sin dormir. De todos nosotros, Sonja era la única que no se había sincerado con la señora Freier. La señora Freier había llamado a la puerta, le había suplicado, pero la había dejado allí. Ella había permanecido con la

oreja pegada a la puerta de su gran casa vacía y esperado a que el extraño se fuera.

La señora Freier también regresó la noche siguiente y la siguiente. Al final dejó una nota debajo de la puerta y escribió en ella la dirección. Aún así Sonja no se había decidido y los cuatro se marcharon. Tres niños y una niña. Pasaron por la ventana, gritó Sonja. La niña la calmó. "Estamos aquí para ti", le dijo. "Es tiempo de salir."

Sonja no es una amiga, no puedo decir eso. No tengo amigos aquí, especialmente entre las chicas. Su mirada negra, sin embargo, es un pozo sin fondo. Y caigo en ello porque nunca aprendí a equilibrarme con el dolor de los demás. No es algo que sepa hacer. Por eso también me apoyo con la espalda contra la pared y espero a que la música de Boris llene mis pulmones y luego suba por mi garganta, hasta llenar mi cabeza, borrando cada pensamiento. Todavía no sé cómo es posible, pero ese es el efecto que tiene.

Cuando Boris termina de jugar, afuera vuelve a estar despejado. Hay quienes se lo señalan, quienes dicen: "Mire profesor, suena tan bien que sacó el sol".

Él rechaza las palabras, pero puedes ver que le agradan. Los artistas son sensibles a los elogios.

Pero es verdad, el día ha cambiado. La luz llega directamente a tus ojos. Es una molestia agradable. Hay ilusión, en parte por la música que llevamos dentro, en parte porque la buena temporada está a punto de terminar. Es instinto. Hay que aprovechar el aire cálido. Estará ahí por un tiempo más.

La más emocionada es Agnes.

Viene hacia mí y me susurra: “Dime que puedes hacerme un favor. Por favor dígame".

“Responde que no.” Me lo sugiero a mí mismo. No es propio de Agnes pedir un favor normal. Pero lamentablemente no me escucho a mí mismo. Nunca lo hago. "Está bien", digo.

Veo desde la ventana al tipo alto, el que vino ayer a devolver el libro, y entiendo el favor que estoy recibiendo. Se para bajo los árboles y observa la Villa. Quién sabe desde cuándo. Quizás escuchó la música de Boris. Con él está su amigo, el bajito.

Agnes se detiene frente a la puerta de cristal, se mira en el espejo, se arregla el pelo y luego me hace un gesto con la mano para que la siga. Él dice: «¡Date prisa, vamos!».

¿No es este el tipo de favor que piden las chicas entre amigas? ¿Qué tengo que ver con eso? ¿Qué idea tiene Agnes de mí? No es bueno,

seguro.

En cuanto sale, reduce el paso y camina como si nada hubiera pasado, como si no hubiera salido a propósito. Me pregunta: "Están mirando hacia nosotros, ¿no?".

El alto no es tan alto y el bajo no es tan bajo como la última vez. La chica, sin embargo, no está allí o está mejor escondida. Debo haberla sorprendido con mi reacción. Lo siento un poco.

"Sí", respondo. «Yo te diría que sí. Están mirando hacia aquí".

"¿Y ahora? ¿Que estamos haciendo?"

No lo sé y ni siquiera me importa. No sé por qué estoy aquí. ¿Qué estoy haciendo aquí? ¿Con Inés?

Desde fuera está tranquila, pero está aterrorizada. Camina con los ojos bien abiertos, ausente y presente al mismo tiempo. Estamos cerca del tendedero y hace como que recoge lo que hay ahí, aunque todavía está todo mojado. Sus mangas están cubiertas de sombras húmedas. Si estuviera del otro lado, pensaría que está obsesionada con lavar la ropa, pero evito decírselo porque podría resultar aún más confuso.

No soporto a Agnes en situaciones normales y mucho menos si se confunde. Resisto la tentación de dejarlo ahí y marcharme porque hay algo que no me convence.

"¡Vamos, haz algo!" me dice. «Tú eres el que sabe italiano, ¿verdad? ¡Haz que se acerquen!»

Los dos chicos charlan entre ellos, el más bajo se encoge de hombros y se ríe. Una historia divertida, tal vez. El más bajo nos señala con la barbilla, luego mete la mano en el bolsillo trasero, toma algo y se lo pasa al otro, el alto.

Agnes, en cambio, termina de estirarme las camisas y ahora tengo en los brazos un montón de ropa y sábanas empapadas. Me hago cargo de todo, pero hubiera sido más inteligente salir con un lavabo. La miro. Tiene la misma pose que ayer, con la cabeza ligeramente inclinada y los pies apoyados en las puntas de los pies, aunque el cable no esté tan alto. Me habla de cosas que no van juntas. Alimentación y planes para el futuro. Música y mañana lloverá. Mientras tanto, mira un punto indefinido en el horizonte, más allá de la larga hilera de álamos.

Agnes es deficiente. Por mucho que intente reflexionar sobre lo que hace, por mucho que busque una razón sensata para su comportamiento, la mía es una creencia basada en hechos.

Debió entender que no tengo intención de cooperar porque se pone valiente y se vuelve hacia los niños que nos miran y no pueden parar

de reír. Dice una de las dos palabras italianas que conoce: «¡Buoncionno!».

Un “hola” hubiera sido suficiente. Aún más fácil de pronunciar, pero ella prefiere “buoncionno”. Es más elegante, por eso. Estoy seguro de que. Agnes tiene talentos, pero los guarda en los lugares equivocados de su cerebro.

También hace un gesto con la mano para dejar claro que lo que está diciendo es en realidad un "adiós", por si no lo has entendido. Los chicos se acercan, pero lentamente, y siguen mirándonos con una expresión que no me convence.

El más alto recoge algo del suelo. El bajito también hace lo mismo. Parece una imitación, un número de teatro. Luego, juntos, se detienen, abren las piernas y extienden los brazos. Como un tramo. O como con una cuerda para estirar. En realidad es así: tienden, pero no una cuerda.

Tienen hondas en la mano, nos tiran piedras. Piedras que nos rozan, a la altura de los oídos y silban como balas. Agnes está rígida, no reacciona. No digo que se quede con la mano suspendida en el aire, pero no da señales de vida, no comprende la situación. No tenemos tiempo para pensar. Son dos y además la tengo a ella, Agnes, que sería una carga cuando estuviera despierta, y mucho menos cuando estuviera aturdida. Si vinieran hacia nosotros, si hubiera un choque, no tendríamos esperanzas.

«¡Corre, Inés, corre!» Le grito. Tomo su mano y la arrastro. Dejamos atrás una larga tira de ropa sucia. Pienso en escaparme, porque tengo la idea de que no vinieron solos. Y que no vinieron a tirar dos piedras recogidas allí, en el acto. Agnes primero corre, luego resbala, pero yo sigo arrastrándola. Consigo ponerla de pie, veo sangre en su rodilla, un corte largo y recto. Debe haberse arrastrado sobre algo afilado, pero no es momento de detenerse, de comprobarlo. Este es el momento de hacer de tripas corazón y huir. Haz lo mismo que yo, Agnes. Corre sin pensar. Pongo su brazo alrededor de mi cuello, la sostengo y me doy la vuelta. Necesito saber cuánta ventaja hemos perdido, si están sobre nosotros o si han llegado otros. Para saber qué hacer necesito saber cuántos hay. Al menos esto.

Yo paro.

No nos persiguen. Y no hay nadie además de ellos. Permanecen inmóviles, donde los dejamos. Y se ríen. Sobre nosotros, sobre cómo estábamos asustados. Sobre mí, en realidad, porque Agnes todavía tiene que entender algo al respecto. El más alto le devuelve la honda

al más bajo y se van. Entonces, como un juego que terminó demasiado pronto. Como si no hubiera otra razón detrás de que estuvieran aquí: vernos escapar.

Me libero del brazo de Agnes y ella cae al suelo. No piensa en absoluto en ponerse de pie ni en mantener el equilibrio sobre un pie. Agnes es un saco de patatas hundido. Y gime con la boca abierta, como una niña que sabe: tarde o temprano alguien vendrá. Y entonces verás. Él te curará.

Josko sale apresuradamente de la villa y manda llamar a Helene. Helene también viene corriendo y detrás de Helene llegan los demás y todos juntos forman un público. Agnes no puede resistirse al público. La suya es una escena importante y no tengo escapatoria. Me culpa a mí por haberla arrastrado sin motivo alguno, ella que tranquilamente estaba recogiendo la ropa.

“¡Y ahora tengo una pierna rota!” gritar.

Helene la tranquiliza: "La pierna no está rota, pero serán necesarios puntos de sutura".

Los puntos no tranquilizan en absoluto a Agnes.

No sé si le tiene miedo a la aguja o es la cicatriz lo que la horroriza. La cicatriz que marcará para siempre su hermosa pierna derecha. Si le preguntaran, podría decir que, de las dos, esa era su pierna favorita. Hablaría de ello en tiempo pasado, estoy seguro, como si ya viera un destino sellado, una amputación.

Intento decir: "Si no hubiera sido por mí, ahora no tendría un agujero en la pierna, sino en la cabeza".

No sirve de nada. Agnes resopla y despotrica y los que están a su lado con ella. Siempre estamos del lado de los que gritan y gritan. Especialmente si hay que tratarlo con puntos.

Y luego hay otra cosa que nadie considera y me parece extraña, porque es obvia.

«Entraron a Villa Emma a traer un libro», digo, «y aparecieron al día siguiente con una honda. ¿Por qué no regresarían con un arma? ¿Por qué debería estar todo bien? ¿Soy el único que piensa que no todo lo que dejamos atrás se ha ido para siempre? ¿En realidad?

Helene se seca la herida, Josko me mira, pero no parece haberme escuchado. Está distraído o no da peso a mis palabras. O él también está preocupado, como yo, pero no puede demostrarlo. Si Josko se derrumba, todo se derrumba. Josko puede ser impenetrable cuando quiere.

Si Agnes dejara de concentrarse en sí misma, en su pierna, si no

estuviera tan satisfecha con la atención que le prestaban los chicos, especialmente los chicos, vería la mirada severa de Sonja frente a ella. Sonja la silenciosa. Él vería mi misma preocupación en sus ojos. Y tal vez Josko también, si Josko lo dejara ir.

Si Sonja estuviera allí, tirada en el suelo, con una pierna sangrando, no estaría llorando. Ella decía: “Sí, pasamos momentos difíciles, pero Natan me ayudó y ahora estoy a salvo. Hemos tenido suerte. Y era una suerte que sólo fueran dos, que sólo tuvieran tirachinas. Imagínese lo que podría haber pasado si tuvieran armas".

Pero Agnes no es Sonja y, sobre todo, no guarda silencio. Habla y llora y cuando siente que su atención disminuye o cuando demasiada gente se distrae, incluso grita.

Helene dice: «Sí, necesitas puntos. Necesitamos llamar a un médico".

El médico se llama Giuseppe Moreali. Su nombre tampoco será olvidado nunca. No viene solo, trae consigo un niño. Se nota que es su hijo, se parecen. El médico es calvo y pequeño, mientras que el niño está lleno de pelo y un poco redondo. Pero tienen la misma expresión, el mismo rostro. Incluso el pequeño vino a echar un vistazo, como a todos les gustaría hacer, en el pueblo. Debió insistir mucho en acompañar a su padre. Espero que no tenga una honda escondida en alguna parte.

Cuando el médico saca de su bolso un frasco oscuro y una caja de metal, Agnes se agita.

Él pregunta: "¿Pero este médico es bueno?". Cree que puede hablar libremente en alemán. Utiliza nuestro idioma como un código secreto y espera que alguien le responda. El niño intuye la duda, quizás por el tono, porque mira a su padre un poco preocupado. Sospechoso, casi.

El médico lo entiende bien, porque responde en alemán: "Soy el mejor de la ciudad".

Frote el líquido oscuro sobre la herida recién lavada con un paño húmedo. Luego, esta vez en italiano, añade: «También porque soy el único».

El niño sonríe y el padre también. Yo también. La única que no entiende el chiste es Agnes, que de hecho mantiene la calma y se deja pinchar y coser. Resopla, resopla y rebota sobre su trasero. Basta con las manos, pero se deja coser. Cuando el médico y el niño se preparan para partir, Josko pregunta si debería darles algo para solucionar el problema.

«No hay problema», responde el doctor Moreali. «Efectivamente, si

tienes alguna necesidad, si puedo ayudarte, no te preocupes. Envíame por mí."

Quizás cree que no lo ha dejado claro, por lo que aclara: «Como médico, obviamente, pero no sólo. Si necesitas algo, pregunta."

Y finaliza con una invitación a tener cuidado: «Los niños están llenos de energía. Pero una cosa es golpearse la pierna y otra dejarse la cabeza ahí. Podría haber sido peor."

Lo tomo mal. Yo digo: «Hay poco a lo que prestarle atención. Nos atacaron. Eran dos y nos tiraron piedras. Todo salió tan bien como salió".

Estoy nervioso, lo admito, porque sé que mi culpa es la mía. Debería haber evaluado el peligro antes de entrar en pánico. Y luego es verdad, hice caer a Agnes y sí, podría haber sido peor.

La verdad es que aquí todo es nuevo. No sé dónde estoy, no sé cómo funciona. Todo el mundo dice que podemos estar tranquilos, pero también que debemos tener cuidado. ¿Y cuál es la frontera?

Aquí somos desconocidos. Nadie nos vio nacer y crecer, nadie sabe quiénes somos. Acaban de vernos llegar. En el tren, un día como muchos otros. Estaban tranquilos, en la mesa o trabajando en el campo y nos vieron llegar. Arrastramos nuestras maletas hasta la Villa. Punto. ¿Por qué deberíamos confiar?

El médico se sorprende de mi tono y Josko no está nada contento. No es un buen camino, el mío. Sé cómo piensa Josko. Entender para ser comprendido, eso es lo que piensa.

El Dr. Moreali pregunta: "¿Qué pasó exactamente?"

Cuento lo que sé: la historia del libro, los dos que entraron a la Villa y luego el alto que regresó con la honda. Y sus amigos bajitos.

«Qué extraño» concluye el doctor. Está molesto y no parece haber comprendido completamente el significado de mis palabras. O tampoco lo cree. Definitivamente no me cree.

"Preguntaré por ahí si alguien sabe algo al respecto", interrumpe.

"¡Yo no digo mentiras!" Mi voz sale sola. Difícil. Más duro de lo que me gustaría. Las palabras están en italiano, pero el tono es el húngaro de mi abuela. No permite respuestas. —espeta Josko.

"¡Natán!"

Él sabe que no me rendiré y no quiere que termine ofendiendo al médico. Pero a mí no me importa. Es mejor para todos que lo piensen dos veces antes de llamarme mentiroso.

El médico está tranquilo. "Te lo explicaré", dice. «Aquí en Nonantola hay pocos fascistas. Los conocemos bien. Ninguno de ellos

haría tal cosa. Siempre puedo equivocarme, pero no lo creo. También podría ser alguien de fuera y entonces ya es otro tema. Aquí no nos volvemos fascistas por convicción, ya sabes... Para avanzar en una carrera o incluso simplemente por un trabajo, eso es seguro. Con los fascistas pasa lo mismo: quien no se doblega acaba trabajando como médico entre gallinas."

Él sonríe, una sonrisa tímida pero convencida. Ser médico entre gallinas es una medalla que se lleva prendida en la chaqueta y tiene muchas ganas de hacérmelo saber. Se necesita coraje para vivir con dignidad. Y el coraje no falta, afirma.

“Dame unos días y seguro que vuelvo con alguna novedad. Conozco a todos y siempre hay alguien que sabe más que los demás. Mientras tanto, cuida de tu amigo, ¿de acuerdo?"

"Está bien", respondo. Su forma de hablar me tranquiliza. Josko se da cuenta. Pone su mano sobre mi hombro. Acompañamos al médico y a su hijo hacia la puerta. Antes de irse el niño se detiene frente al piano.

"¿Estás jugando?" pregunta el médico.

«Sí, hay un músico entre nosotros.» Josko no tiene tiempo de terminar la frase que el médico le dice a su hijo: «Qué suerte, ¿verdad Giambattista?».

El niño dice sí con la cabeza y mueve los dedos, como si tuviera llaves bajo la mano. El mismo gesto, íntimo y magnífico, que vi hacer a Boris. Padre e hijo salen y sólo ahora me doy cuenta de que hemos dejado a los demás alrededor de Agnes. Deja que Leo le tome la mano y siempre le pide un poco de ayuda.

«Dame una mano, realmente no puedo mantenerme de pie.» No sé si realmente sufre, pero una herida es una gran oportunidad. Espléndida, por poner en práctica las poses estudiadas frente al espejo.

Todavía tengo la mano de Josko en mi hombro. No sé si simplemente se está apoyando en mí o si está tratando de no dejarme escapar. Me imagino que quiere volver a la conversación.

Primero Agnes, luego los agresores, el médico y ahora Josko. Tener que discutir con él acabaría con un día que había empezado bien, con Boris, con su música que hacía salir el sol.

Josko siente que me escapo de su agarre y dice: “Espera, no te apresures a irte. Tengo algo que darte."

No es lo que pienso, no sermoneo, pero está nervioso. Lo entiendo: podría haber creado un lío con el médico. Hace todo lo posible para parecer tranquilo, pero está nervioso. Una carta se desliza desde el

interior de la chaqueta. Una carta para mí.

La respuesta que estaba esperando.

Mi querido hijo,

Tu noticia me da una felicidad que no sentía desde hace mucho tiempo. Tu hermano Sami tuvo un pequeño dolor de estómago la semana pasada, pero ya no está. Viví días de ansiedad por su estado de salud y por ti, tan lejos. Ahora puedo decir que estoy tranquilo, por fin.

Nuestros amigos nos echan una mano. Incluso me impiden salir de compras: traen a casa lo que necesitamos y de vez en cuando la señora Margarete viene a pasar la tarde con nosotros. Estoy feliz de intercambiar algunas palabras con ella. A su marido, como a tu pobre padre, también se lo llevaron. Ya ha pasado un mes y nos hemos vuelto a encontrar desde entonces. Estamos unidos en la desgracia y sabemos que podemos confiar unos en otros. Ella es quien me actualiza las novedades. No hay nada seguro, pero es muy probable que tu padre no esté lejos de Berlín. Hay rumores. Dicen que nuestros hombres trabajan en las fábricas. Reemplazan a los trabajadores que ahora están en guerra. Por eso los tomaron, porque las industrias necesitan trabajadores. Son sólo rumores, pero tengo la sensación de que una vez que termine la guerra todos volverán a casa. Sabes que tu madre tiene intuición para estas cosas y es poco probable que cometa errores.

Tu carta llenó mi corazón de alegría y espero recibir más en los próximos días. Agradece a tus compañeros por hacer posible este milagro y ten cuidado de seguir sus instrucciones. Cuando estés en Eretz Israel, me dirás cómo llegar hasta ti y nuestra familia estará unida nuevamente.

Con todo mi corazón,

tu querida madre."

Está bien llorar por algo. En general no, no tienes derecho a llorar. No está bien ignorar el dolor de los demás arrastrándolos hacia el propio. Sin embargo, si descubres que tu madre y tu hermano siguen vivos, entonces también puedes llorar.

Quizás mi padre también esté vivo porque así lo dice. Quizás lo llevaron a trabajar. Y es cierto que se puede confiar en la intuición de mi madre. Mi madre no pierde el tiempo evaluando hipótesis, va al grano. Él ve lo que hay más allá de las palabras. Y normalmente nos atrapa. Sí, intuición, así la llama él.

Me parece que, justo debajo del olor del papel que acaricio entre mis dedos, puedo oler el aroma de nuestra casa. Huele a bondad, a tilos que entran por las ventanas, a una avenida arbolada que da sombra en verano. También huelo a lavanda: el sobre debe haberse quedado en el bolsillo de mi abrigo. Los abrigos están en el armario, en el pasillo. Mamá colgó bolsas de lavanda en perchas. Cada vez que abre las puertas, el pasillo se llena de perfume. La carta debió permanecer allí unos días antes de ser enviada. Y entonces el papel ya no es blanco, las palabras no salen inmediatamente.

Mi madre se sentó a la mesa de la cocina, escribió, pero luego se

levantó. Dejó el papel en el estante azul al lado de la estufa. Descansar. Quizás tuvo que poner la mesa para el almuerzo, para la cena. O las frases no fueron las que le hubiera gustado. Siempre hay un poco de hollín en el estante azul. Ahora el hollín está en el papel. Un velo fino pero uniforme, señal de que la estufa estaba encendida y sobre ella hervía agua.

Con mis cuadernos también pasaba siempre: llevaba huellas de casa al colegio. La señora Meyer me lo señaló y el disgusto hizo que sus labios desaparecieran. El disgusto de un profesor se queda más pegado que el hollín.

Ahora no hay nada más en el mundo, sólo un sobre que ha cambiado de color. Sólo un aroma a lima y lavanda.

Me han llegado huellas de casa, aquí donde estoy. El hilo está cosido y nada puede salir mal. La letra de mi madre es inquieta, incierta. Emoción. No podría ser de otra manera.

Josko también está agitado, Boris lo dice, y si a Boris se le escapa una frase así, significa que es verdad.

Los camisas oscuras no tienen nada que ver, la situación no ha cambiado. Podemos seguir tranquilos.

Ni siquiera los habitantes del pueblo tienen nada que ver, ellos ponen de su parte, nos ayudan. Ni siquiera tenemos que preguntar. El frío se acerca, saben que aquí en la Villa se siente más que en otros lugares, y por eso traen la leña, llegan las mantas. A veces me pregunto si hay alguien organizándolo o si no han aprendido de las abejas. Les dejas hacerlo y ellos encuentran su camino.

Josko está nervioso, pero no es culpa nuestra. Estamos como siempre, algunos líos, algunas discusiones, pero nada que Josko no haya visto ya o no pueda manejar.

La verdad es otra. La verdad es que Josko tiene que decir demasiados sí ahora. Es un león enjaulado. Esto lo pone nervioso.

Antes la historia era otra. En Zagreb, pero también en Eslovenia, no fue así. Josko estaba libre. Tenía una idea precisa de cómo organizarnos. La escuela, sobre todo, si empiezas por la escuela, el resto viene solo.

La escuela de Josko es una asamblea. En la asamblea elegimos los temas a estudiar y el trabajo a realizar. En la asamblea que discutimos encontramos soluciones que son buenas para todos.

En la escuela de Josko los niños mayores enseñan a los más pequeños, porque en realidad sólo sabes lo que puedes enseñar. Y como los más pequeños son tan duros como un trozo de madera y no

se les puede convencer, entonces hay que estudiar el doble. Nos reunimos entre nosotros, entre los adultos, también por eso, para aprender más. Porque los pequeños no entienden. Descubrimos que a los pequeños les gustamos, se encuentran porque los mayores lo hacen. Al final todos estudiamos.

En la asamblea hablamos y escuchamos, entendemos cómo piensan los demás. Y luego eliges, en libertad, porque sin libertad no puedes aprender. Si se quita la libertad, la obediencia permanece. No es necesario enseñar la obediencia porque es algo natural.

Al tío Hermann le agrada mucho Josko.

Érase una vez el tío Hermann que no se atrevía a sentarse a la mesa. Pasé por casa de la señora Mizrachi y le compré el almuerzo, tal como mi madre me había dicho que hiciera. Mi madre quería que comiera, le preocupaba que perdiera más peso. Uno podía acostumbrarse a un hermano santo, pero no a uno esquelético. Sin embargo, a diferencia de lo habitual, no me limité a dejar el paquete de comida en la mesa, ni salí corriendo a jugar con mis amigos a la calle. Me senté y lo estudié de forma remota. Estaba esperando que decidiera levantar la cabeza, salir del libro en el que había metido la nariz y las gafas.

«¿Por qué sigues leyendo, tío? ¿No te sabes ya todos tus libros de memoria? Yo pregunté. Eso es lo que decían de él, quería que lo supiera. No le sorprendió su fama.

Él respondió: "Tengo que arreglar lo que sé, *dreidel*" . ¿Tu no ves? Estamos en equilibrio sobre un pie. Yo, pero también tú. Después de todo, no somos tan diferentes. Tú también tienes preguntas dentro de ti que no te atreves a dejar salir, ¿verdad? Y luego tenemos que sentarnos, de vez en cuando. Nos ponemos con buen pie y avanzamos con cautela. En los libros busco una mejor manera de habitar la Tierra. Especialmente cuando afuera el viento es fuerte y amenaza con hacernos caer."

Inhaló, cerró los ojos y estoy seguro de que ya se imaginaba viejo e importante. Un rabino sabio de barba blanca.

«Nos tiran piedras. Es fácil perder el equilibrio cuando esto sucede. Pero cada piedra que nos arrojan, nos recuerda Natan, es una piedra más para construir nuestra casa sólida".

Josko no se comporta como un santo, creo que nunca se detuvo a imaginarse viejo o sabio. Habla de socialismo, de libros y de Eretz Israel, pero tampoco se atreve a dar respuestas. No a las preguntas que tengo dentro, las que no tengo el valor de dejar salir. Josko me ayuda

a encontrar la manera de mantener el equilibrio sobre un pie, la ayuda que pide el tío Hermann en sus libros. Y luego, tras una inspección más cercana, Josko también recoge las piedras que le arrojan y eso, sí, lo hace muy sólido.

La piedra más insidiosa, aquí en Italia, se llama Umberto y es "el director".

El director llegó hace poco a Villa Emma y vino porque le pagan bien, dice Josko. El director no sabe nada de *la aliyah* , la ascensión que, paso a paso, nos llevará a Eretz Israel. Y por eso sólo puede causar daño.

Poco a poco, el director Umberto cambió el humor de Josko. Las cosas le salieron mal. Incluso si deslizarse no es el verbo correcto. El verbo favorito del director es "colgar".

Nada más llegar eligió una habitación y colgó un cartel: OFICINA DEL DIRECTOR .

Dentro de la oficina hizo dos agujeros para el perchero en el que obviamente colgaba su sombrero y su abrigo.

Fuera de la oficina colgó un tablón de anuncios.

En el tablón de anuncios fijó un papel mecanografiado: RECIBO TODOS LOS MIÉRCOLES, DE DOS A TRES .

A nadie se le ocurrió que “recibo” era lo opuesto a “reunión”. Al menos como concepto.

Para mí nada ha cambiado, también podría haber escrito HA LLEGADO EL PARAGUAS MALER . No habría hecho ninguna diferencia. A los demás –muchos otros– les gustó esta novedad. Hay una cola. Crece semana a semana. Por este motivo el director se sintió libre de escribir un segundo anuncio: PROHIBIDO IR AL PUEBLO .

Cualquier persona que salga por más de media hora deberá tener autorización escrita. Escrito por él. Hay que hacer cola, llamar a la puerta, dar los buenos días y explicar los motivos de la solicitud. El director te mira desde detrás del escritorio, examina tus intenciones, sopesa tus razones. Entonces decide. Si él quiere.

La cola se ha duplicado. Ni por las protestas, ni por los elogios. La cola se hizo más larga.

Sí, claro, protestó Josko, porque no está hecho para quedarse callado. Pero fue el único. Respondió a Josko: «Querido Josef, no tienes en cuenta las características específicas de los judíos italianos».

“Aquí lo hacemos así”, ese es el significado. La respuesta cuando no hay una razón.

Ahora que está prohibido es más divertido ir a la ciudad.

Realmente no sabemos cuál es el riesgo, pero de todos modos es divertido. No hablamos de castigos, sólo podemos adivinar. No se le puede expulsar de la Villa. Incluso encerrarse en nuestra habitación sigue significando estar en compañía. A falta de cualquier otra cosa, imaginamos peligros que no existen. La aventura es un concepto para niños, en realidad hay miedo o una vida pacífica. Nadie lo sabe mejor que nosotros. Por eso el director nos hace seguir siendo un poco como niños. Salimos cuando nadie nos ve. Inventamos trabajos extraordinarios para Leonardi, el granjero, y luego nos desviamos hacia Nonantola. La mayor parte del tiempo paramos fuera del café. Los niños del pueblo ya nos conocen, se detienen a hablar. Gracias al director Umberto, nuestras visitas son más frecuentes y nuestros conocimientos se multiplican.

Yo también voy, con Leo, Martin, Sonja y otros también. Doy una vuelta y aprovecho para ver quién está ahí. Tal vez conozca al que tiene la honda. Tengo una cuenta que saldar y no lo olvido. Espero que lo encuentren tarde o temprano.

El director sabe de nuestras salidas. Trata a algunos con más cortesía y a otros menos. En la parte superior de la lista puso a aquellos que saben hacer cola. Se preocupan por dar una buena impresión. A Leo, Martin, Sonja, a mí y a los demás no nos importa. Paciencia.

El director tiene una mala opinión de todos nosotros. Para él somos bárbaros.

Italia es una península.

Italia tiene forma de bota.

La capital de Italia es Roma y Roma es la capital del fascismo.

Italia tiene a Roma como capital y Roma dio la civilización al mundo.

Italia está situada en el mar Mediterráneo occidental.

Y, sin embargo, Italia es un asador que nos vemos obligados a cruzar para llegar a Eretz Israel. Punto. El director Umberto debería recordar esto. En lugar de eso, llamó a Josko a su oficina, pero Josko no fue y luego vino el director. Durante la clase de hebreo.

“Tuve la oportunidad de ver cómo estaban dispuestas las habitaciones aquí en la Villa”, dijo.

“Bien”, respondió Josko. Tenía una expresión distraída, pero simplemente estaba molesto por lo que esperaba.

«Un sistema bárbaro, diría yo. Hombres y mujeres al mismo nivel. Esto no puede ser, no es bueno".

Josko no respondió, jamás lo habría hecho allí, delante de nosotros. El gerente no entendió la cortesía e insistió. «Hay que trasladar las habitaciones de las chicas al piso de arriba lo antes posible. Los de los niños de abajo. Cuento con ello."

Luego intentó ser gracioso con un chiste picante. Para él, picante: "No queremos que nazcan niños en este lugar, ¿verdad?". Asi que el dijo.

Sonja estaba allí y respondió antes que Josko. Creo que se aseguró de que Josko no se causara más problemas.

Él respondió: «¿Para dar a luz hijos, dice usted, director? Dar a luz a bebés. No es tan simple, ¿sabes? Vi cuando le sacaron a mi hermana a mi madre. Gritó toda la noche. Parecía un animal que había sido despedazado en vida. ¿Y usted, director? Cuántos has visto? ¿De verdad crees que un tramo de escaleras es suficiente para detener a cualquiera que esté dispuesto a afrontar semejante dolor? ¿Quién está dispuesto a correr ese riesgo? ¿Y cómo puedes ser director si sabes tan poco?".

Los ojos de Sonja dejaron de estar tristes y oscuros por un momento. Josko no dijo nada más, simplemente la ayudó a apartarse y el director pudo volver a respirar. Se habrá sentido desnudo. Y quizá por eso las habitaciones siguen donde están. Por ahora al menos.

Luego está el problema de las oraciones. No oramos lo suficiente por el director. No todo el mundo. Él cree que si no rezas no eres judío.

Entonces mi tío Hermann sería el judío más judío del mundo. Mi padre no lo hizo. Mi madre depende de lo que haya que hacer en la casa. Mi hermano Sami es una apuesta aún por hacer. Una hipótesis judía.

Sobre las oraciones, Josko no puede soportarlo, suelta. Entre nosotros no hay más de veinte religiosos, Josko no está entre ellos, pero la cuestión es otra. La cuestión es que nos hemos dado reglas diferentes. Él se lo dijo, incluso lo gritó.

El director Umberto abrió el maletín de cuero marrón. Él guarda sus cosas allí. Sacó una especie de libro donde anotaba todas las indicaciones procedentes de Módena. Lo levantó ante los ojos de Josko como si fuera una Biblia y dijo: “¿Ves? Cada pregunta es cero."

La señora Meyer también vino a la escuela y abrió una carpeta similar. En el interior, también sostenía un libro. El libro le decía qué hacer cada mañana. Nunca una pregunta, nunca una incertidumbre: el libro le enseñó.

El libro también trataba sobre los niños y sus padres. Decía qué deberían poder hacer los niños, qué deberían poder hacer sus madres y qué deberían poder hacer sus padres.

Fue un libro muy preciso. Había lugar para todo, porque fue escrito para no dejar lugar a dudas. Las cosas funcionan cuando cada uno hace lo que tiene que hacer.

La señora Meyer no necesitaba creer en Dios, porque Dios descansaba en su expediente. Me pareció ver la luz.

Luego los camisas oscuras cambiaron de libro. Lo reemplazaron. Fue fácil para ellos, porque tenían escritores y diseñadores, impresores y gente dispuesta a ir a las escuelas para hacer el intercambio. ¡Mira ahí, un burro volador! Y los profesores observaron, para poder reemplazar el libro viejo por el nuevo.

La señora Meyer no encontró nada que objetar.

En el nuevo libro estaba escrito que no todos los niños son iguales. Algunos tienen sangre podrida. Si la sangre podrida llega a la cabeza, produce pensamientos podridos y de los pensamientos surgen comportamientos podridos. La ciencia lo dice.

Había que detener la gangrena. Había que detener el contagio para salvar a la población sana. Estaba escrito así en el libro.

Incluso lo dijeron por la radio. Mi padre escuchaba todo a través de la delgada pared, esa a la que se le cayó el cuadro de un día para otro. Mi padre sintió crecer la ola. Sabía que eso nos alejaría. La radio te susurra al oído, es la confianza de un amigo. Confías en un amigo.

Con el libro es diferente. El libro te da tiempo para pasar la página. Se necesita atención e incluso coraje, pero puedes reflexionar. Por eso no se puede perdonar a la señora Meyer. Porque no prestó atención y no tuvo coraje.

Se enorgullecía de ser una persona precisa y confiable. Se enorgullecía de seguir las reglas.

Incluso aquellos que llevaron a mi padre, la noche de la gran nevada, respetaron las reglas. Un momento hubiera sido suficiente, tiempo para reflexionar antes de seguir adelante. Si tan solo uno de ellos se hubiera detenido, si hubiera dudado, el mundo no se habría acabado ese día.

Mi madre sí, dudaba. Me sacó de la escuela de la señora Meyer porque entendió algo. Pero no, no lo entendí durante mucho tiempo. Lloré. Mi nueva clase estaba en un sótano húmedo. Olía a cloaca y las lecciones de hebreo y matemáticas eran difíciles de seguir. Pensé en mis compañeros, los afortunados. Todavía podían admirar a la señora

Meyer, sentada detrás del escritorio de la profesora, sacando a Dios de la carpeta. Hoy me pregunto qué pasó con ellos. Si tuvieran tiempo de escapar.

Josko dice: «Ser profesor es la más heroica de las profesiones o la más vil». Ser docente es un engranaje o un granito de arena. No hay caminos intermedios.

Los del pueblo vienen aquí a la Villa y nos enseñan los oficios. Josko organizó todo. Porque quien sabe trabajar siempre aterriza de pie. "Es importante", dice, "y cuando lleguemos a Eretz Israel te darás cuenta".

Para las chicas hay costureras. Enseñan costura y bordado. Los he visto, son bonitos. Piensan como Josko, pero lo dicen de otra manera: «Una chica debe saber coser si quiere encontrar marido. Que si a tu marido se le rompe un pantalón, hay que saber ponerle un parche bien disimulado." Uno de los nuestros, no sé quién, dijo que los chicos que rompieron el cristal con la pelota no lo arreglaron. Llamaron al señor Rizzi, el vidriero, que vino con todas sus herramientas. «Por si acaso puedes hacer lo mismo con los pantalones. Si es realmente necesario, los llevan a un sastre".

Las mujeres se rieron, y de buena gana.

"Hermosa tú", dijo uno. «Y si necesitamos un abogado, te llamaremos.»

Cuando hablan entre ellas, las costureras, pero también las demás, usan el dialecto, así que no entiendo algunas cosas. Me pierdo con el dialecto, pero tarde o temprano lo conseguiré.

El que habla el dialecto más fácil es el señor Leonardi, porque se esfuerza. Habla despacio. Josko también le pidió que nos enseñara el oficio. Al principio hizo un escándalo. Él tiene su propia idea precisa de los niños de la ciudad y no es una idea positiva. Cuestión de manos sin callos y ojos arruinados por los libros. Le cuesta creerlo. La gente como nosotros realmente no puede querer aprender a trabajar en el campo.

Josko dijo: “Enséñales a estos niños lo que sabes. Cuando lleguen, decidirán qué hacer con él".

Entonces estamos aquí, en la Villa, estudiamos, oramos y trabajamos. Para algunos no es una buena vida. Los días son todos iguales y empiezan a parecer una carga. Para mí no. Quiero días que sean todos iguales. Fácil y predecible.

Como las cartas de mi madre. Cuando llegan con regularidad, me siento tranquilo. Cuando pasan demasiados días, me preocupo y me cuesta dormir. Sé que es un milagro que todavía existan conexiones, con la guerra y todo lo demás, sé que exigir incluso la puntualidad es demasiado, pero tengo miedo de que el hilo se rompa. Una vez más.

La música del profesor también es un milagro. En cuanto su estado de ánimo decae, se sienta al piano y parece que nada más importa. Sólo la música.

Mientras tanto, han llegado las herramientas de carpintería. Josko quería un laboratorio aquí, en la Villa.

Llega todo junto, con un camión, y hay gente que ha venido expresamente a descargar y ordenar. Todos están felices. Se bajan de la camioneta y van y vienen del porche. Parecen hormigas con camisetas sin mangas.

Me acerco, luego miro con más atención y me detengo.

Me detengo porque una niebla opaca los traga a todos, todos menos uno. El que queda es alegre como los demás y rápido en sus movimientos. El que queda es el alto, el tipo tirachinas.

Es él, estoy seguro. Tiene su sombrero puesto y solo pasa frente a mí por unos segundos, pero es él. Es el tipo alto y camina como un alma inocente. Está de vuelta. Regresó como si nada hubiera pasado y no tiene miedo de ser notado.

Pero ahora sé quién eres y realmente no tiene sentido camuflarse, olvídalo.

Yo también me mezclo, lo sigo. Él da un paso, yo doy un paso, pero con cautela, porque le corresponde al perseguidor calcular los movimientos. Me escondo detrás del marco de una puerta y luego detrás de un armario. Sabe hacer bien su parte: no se contiene y suda, como todos los demás. Buen chico.

Estoy esperando que cargue una caja pesada, eso es todo. Pasa junto a mí, el alto, puedo olerlo. Saco el pie y se cae. Sencillo, como debe ser, sin esfuerzo.

No tiene tiempo para entender y están encima de él. Nunca he sido capaz de golpear, pero él ya está en el suelo y lastimarlo es algo natural para mí. Bloqueo un brazo con la rodilla y sostengo el otro con la mano izquierda. Por lo demás son golpes con la mano buena y maldiciones. En húngaro.

Lo escucho responder en dialecto detrás de mí. No animan, no esperan el resultado del partido. Sólo maldiciones.

Pero entonces todo se apaga, completamente oscuro. Vuelvo a abrir los ojos, pero no por mucho tiempo. Mi nariz gotea, mis labios se mojan y reconozco el sabor de la sangre aunque nunca antes lo había probado. Es el corto, el de la primera vez. Sus manos están libres y sus puños pueden hacer lo que quieran conmigo, especialmente con mi cara. Hago swing, pero no me rindo. Ahora estoy sosteniendo al alto por la camisa. Intento averiguar dónde está el de abajo, pero está todo oscuro. Debería abrir los ojos. O ya los tengo abiertos pero no lo sé.

Me voy a desmayar. Suficiente. Me dejo ir, creo, e inmediatamente

después me siento más ligero. Levantado. Vuelo y toco la pared con la espalda. Tengo en mis oídos las voces de Leo, Schoky y Boris y entiendo que son ellos quienes me sacaron de donde estaba. Tres contra uno no vale la pena, ese lo podría haber rematado. Deberías haberme dejado terminarlo.

Schoky dice: «¿Eres estúpido?». En italiano, porque el mensaje no es para mí, es para el pueblo de Nonantola. Quiere que todos sepan que soy un fugitivo de la jaula. ¿Quién no tiene un idiota en la familia? En esta familia, yo soy el idiota.

También escucho la voz del director Umberto. Grita más que los demás, pero se desquita con Josko, no conmigo. Toda ocasión es buena para saldar viejas cuentas. Leo me arrastra, él se ocupa y deja que los demás limpien. Pedir disculpas. Josko me sigue, no quiere estar afuera. Cierra la puerta de golpe y de este modo también bloquea el paso al director. Nunca lo había visto tan enojado.

"¿Aún? ¿Eh? ¿Aún?"

Cuantas veces lo repite no lo sé. No tiene una expresión real en su rostro. Está ausente, una máscara. Sus ojos fríos, centrados en el vacío del muro, son el peor castigo.

No me doy por vencido. Yo digo: «Es él, es él quien nos atacó a Agnes y a mí. Es el que tiene el cabestrillo."

Josko maldice todo lo que puede maldecir. Baja la mirada, sigue sin mirarme. Mira a tu alrededor pero no a mí.

Él dice: «Está bien, está bien. Hablo con Moreali, tengo noticias de él".

Es su forma de cerrar el tema. Ya no me quiere delante de él y lo dice también. «Apártate del camino, quédate en tu habitación y no salgas. No quiero más daño, ¿entiendes? No quiero más problemas".

Está claro, ahora el médico tiene la última palabra. Depende de él decidir si lo inventé todo. No me lo esperaba, Josko. No de ti.

Me acuesto, me quedo ahí todo el día y cuando cae la noche sigo aquí. Me duele la cara. Descubro que la sangre seca en la nariz es una tortura. No me deja respirar. Duermo con la boca abierta. Duermo como una mierda. No sé si a esto se refería Josko cuando me dijo "quédate en la habitación", pero no quiero hacer nada más. Los niños entran y salen.

Alguien dice: "Se ha vuelto loco".

Uno responde: "Sucede".

También les pasó a otros, aquí en la Villa, especialmente a los de Grenadierstrasse. Siempre ha sido duro para ellos, incluso en Berlín, y

a veces vuelven a regularse como antes. Yo no, es la primera vez para mí. A juzgar por lo mucho que me duele la nariz, puedo decir que también será el último.

Al día siguiente viene el doctor Moreali, lo veo desde la ventana. Saluda con un apretón de manos a Josko, que le espera en la escalera, y luego entran juntos. Es médico, debe haber venido a visitarme. Tuve un ataque de nervios, tal vez quieran asegurarse de que no sea peligroso. Ay loco. O loco y peligroso al mismo tiempo.

El médico sale casi inmediatamente y se aleja en bicicleta. Él también tiene coche, pero siempre anda en bicicleta cuando no lleva su bolso. Hoy vino sin, debí entender por esto que no pasó por mí.

Ni siquiera bajo a almorzar, nadie viene a buscarme. Será mejor que Josko no aparezca, porque no sé cómo lo trataría. No soy yo quien cometió un error. Me defendí. Como deberíamos haber hecho en Alemania, en lugar de esperar. En lugar de confiar. ¿Alguien sabe qué pasó en Alemania, verdad?

Vinieron a recogernos a nuestras casas, uno por uno. Mi padre, entre muchos. Y esto es porque no nos encontraron armados, no estábamos listos para disparar. No debe volver a suceder nunca más. Tenemos que responder. Por cada honda, un tiro de rifle. No con las manos desnudas. Las manos desnudas no sirven de nada: la ira por sí sola sirve de poco.

Por la tarde vuelve el médico, pero no lo veo venir, porque todavía estoy en cama, con el estómago dolorido de hambre. Lo acompañan cuatro personas: un hombre, dos niños y una niña. Josko me avisa y viene a disculparse. Lo hace en la puerta, por eso lo dejo entrar.

También dice algo más. "A la gente de abajo le gustaría hablar contigo".

Bajo a la sala grande y encuentro al doctor Moreali. El otro hombre tiene ropa de trabajo, dedos gruesos y oscuros y un sombrero que masacra en sus manos. Él asiente con la cabeza. El médico habla y él asiente con la cabeza. Es un sí enérgico, un rígido movimiento de deferencia. Uno de los dos chicos está de atrás, el otro está de perfil y el de perfil es él: el idiota de la honda. Si mi cara es mala, la suya es asquerosa. Por eso está de perfil, se esconde, pero puedo ver lo suficiente. Me parece bien, bordado festivamente. No desaparecerá tan fácilmente.

Habla con la chica en voz baja. Tiene una mirada comprensiva y acogedora. Ella le aparta el pelo del ojo hinchado. Estudio las posiciones en el campo, estudio a mi enemigo.

«Ah, ahí está, muy bien», dice el doctor Moreali.

Toca el codo del hombre para acercarlo y él se acerca. Tiene la cabeza gacha, pero todavía veo sus ojos llorosos, sus arrugas profundas. Su vientre está firme e hinchado, dividido en dos por el cinturón de cuerda. La cuerda sostiene sus pantalones, que tienen los bordes deshilachados y manchas de suciedad en las rodillas. Dice una frase larga, en dialecto, y luego da un paso atrás, vuelve a su posición inicial, como un soldadito de juguete que ha terminado su juramento. Luego, con un empujón, hace tambalear a uno de los dos chicos, pero no al que tiene la honda y que sigue medio mirándome. El otro, que es por detrás. El que no tiene nada que ver.

"No entiendo", digo.

No me refiero sólo a las palabras del hombre en dialecto, sino a todo, todo lo que tengo delante. Lo que veo. No entiendo quién es este hombre, por qué lo trajeron aquí. Porque está torturando el sombrero. Porque se tortura a sí mismo. ¿Y por qué se mete con alguien que no tiene nada que ver con eso? No entiendo nada y lo digo.

«El señor Mario le pidió disculpas», explica el médico. "Dijo que el comportamiento de su hijo es una vergüenza para toda la familia".

El señor Mario lo interrumpe, todavía en dialecto, y el médico vuelve a traducir.

«Aunque parecen iguales, uno salió bien y el otro salió mal.»

El señor Mario está a punto de darle otra bofetada al que no tiene nada que ver. Para evitarlo, se gira y finalmente lo veo. El señor Mario dice dos cosas, esta vez en italiano, y por eso las entiendo bien.

La primera es: «¡Discúlpate!».

El segundo es: "Les mostraré la defensa de la carrera".

No lo creo. De verdad, no lo podéis creer: son iguales. Los dos son idénticos o al menos lo eran antes de que matara a golpes a uno de ellos. Ahora ambos me miran. Es el que salió bien al que le di un puñetazo, el que nos devolvió el libro.

Me estudia: "¿Ahora lo entiendes?". Parece preguntar. La niña se acerca aún más y lo abraza. Ahora que los veo juntos es más fácil, claro. Me siento aún más estúpido ante su ternura.

El otro es el que nos apedreó. Para mí y Agnes.

Yo también me disculpo, pero sólo dentro de mí. No tengo ganas de hacer más. Entonces veo al señor Mario, la vergüenza de la que le gustaría escapar. Veo cuánto le costó entrar a la Villa de los señores y entiendo por qué tanta bronca contra el sombrero. Entonces sí, encuentro las palabras. Pido disculpas por no pensar lo suficiente

antes de actuar. También digo que no hay planta capaz de producir frutos idénticos y para saber qué tan dulces son hay que esperar hasta que estén completamente maduros. Esto es del tío Hermann.

Mario se ilumina. Tomé prestado su mundo, su trabajo y se va más tranquilo. El doctor Moreali lo acompaña y sonríe. Hay un entendimiento entre los dos en dialecto.

Josko me dice: «Ven, tenemos que organizar la fiesta de Hans». Está contento de que haya terminado, es hora de seguir adelante.

Sigo a Josko, pero con la mirada acompaño al médico, a Mario y a su familia. Creo que no es fácil reconocer el lado bueno de las cosas.

Hans ya tiene trece años. Es su *bar mitzvá* y le importa. Se preparó durante mucho tiempo. Me impacta verlo adulto así, de un día para otro. De hecho, es impresionante saber que es sólo un adulto.

Hans siempre ha hecho lo que le dicen. Si no lo llamamos, desaparece. Se tumba en el suelo y estudia las hormigas. O mueve las nubes con tu dedo índice. Cosas así, nunca cosas de adultos.

Durante la ceremonia se agita, le preocupan las atenciones, los que se acercan a él y le desean lo mejor, pero también los que se ocupan de sus asuntos y lo miran de lejos.

El rabino es de afuera y llega temprano. El director Umberto lo acompaña por la Villa y, al pasar, nos saluda y nos hace un poco de atención. Su discurso es inspirado y muy profundo. Tenemos un salón, utilizado como templo. Hoy está lleno gracias a un truco de magia de Josko: nos llevó uno a uno y nos convenció para participar. Cada mago tiene sus propios trucos. Al final Hans recibe los regalos, eso es lo que importa.

Antes de regresar a casa, el rabino pide que lo dejen en paz.

«Me regalo un paseo entre los colores de este maravilloso paisaje», dice. Él también está inspirado y es muy profundo en esta petición. El clima acompaña y invita a meditar al aire libre. El director Umberto propone: «La acompañaré».

«No», responde el rabino, extrañamente categórico, pero luego añade: «Ya sabes, el campo invita a meditar». No encontramos nada extraño en ello y sale con la cabeza gacha, antes de que nadie pueda decir una palabra.

Desaparece y nos olvidamos de ello. Sigamos nuestras conversaciones. Las hembras permanecen juntas, en pequeños grupos. Los machos forman círculos más grandes. Incluso los adultos hablan de esto y aquello, pero son los que están apoyados junto a la ventana los primeros en darse cuenta. Llaman a los demás en voz alta y dicen:

"¡Venid, venid y ved!".

No muy lejos de la Villa hay plantaciones de maíz. El pobre Leonardi aún no ha empezado a cosecharlas, pero las mazorcas están maduras. Si estuviera aquí ahora, si viera al rabino caminando por su campo y escogiendo cuidadosamente dos, metiéndolos en su bolso, se le oiría maldecir en católico. Los dioses equivocados siempre intervienen.

El rabino es ingenuo. O nunca ha vivido en una comunidad. De lo contrario sabría que Dios no es el único que ve todo.

El pobre Hans mira con la boca abierta, decepcionado. Justo el día de su *bar mitzvá* . De hecho, dice: «Pero también es *Shabat* …».

Robar el trabajo de un agricultor es siempre un sacrilegio, me gustaría decirle. No sólo el sábado. Pero como sabes, no tuve un *bar mitzvah* .

“Natan, querido Natan, ¿te he contado alguna vez sobre la vez que vi a un rabino recoger una billetera en la calle?”

"No papá".

«Aquí tenéis otra de vuestras locas historias. ¿Cuándo dejarás en paz a este pobre niño? Siempre será demasiado tarde, viejo tonto testarudo, siempre será demasiado tarde."

«Tu madre está un poco nerviosa hoy, Natan. Pero es normal, todas las mujeres bellas están nerviosas. Y cuanto más bellas son, más nerviosas están. También lo era la esposa del rabino. No, no hermosa como tu madre, pero nerviosa. Nadie puede ser tan hermoso como tu madre. Ni siquiera nervioso, obviamente. Y de todos modos, la esposa del rabino se quejaba todo el tiempo. Por el dinero, sobre todo. Porque además de no ser hermosa ni nerviosa como tu madre, ni siquiera era dulce y comprensiva como ella."

«Cuéntale, cuéntale...»

«Entonces, un día, al regresar de la sinagoga, este rabino ve una billetera llena de dinero en el suelo. Pero realmente hinchado, tan hinchado que queda abierto en medio del camino, está tan lleno. Excepto que es *Shabat* y el rabino es un hombre santo: ciertamente no puede tocar el dinero en el día del Altísimo. Luego piensa en ello. Y también reza: “¡Señor, Señor! Soy un rabino pobre, mi esposa me pide dinero, siempre dinero, y nunca sé cómo complacerla y ella está nerviosa. Siempre nervioso. No es hermosa, como la esposa de quien cuenta esta historia, y tampoco es tan comprensiva. Por favor, tú que todo lo puedes...”."

"¿Entonces? ¿Qué pasó?"

«No lo vas a creer. Un milagro."
"¿Un milagro?"
«Sí, un milagro: en todo el mundo era sábado, pero en ese pequeño tramo de acera frente al rabino, de repente, había llegado el jueves».

Las fiestas de Sonja salen mal, así que pensé en hacerla reír con un chiste, que también tiene que ver con lo que vimos desde la ventana. Ella sonrió, poco convencida, sin enseñar los dientes. Si hiciera más, sólo un poco más, los demonios se alejarían de ella. La dejarían en paz. Es así para todos. Pocos hablan de ello, la mayoría deja que los devore. Sonja se deja devorar más que los demás. No tiene nada más, sólo demonios.

La convenzo para que salga, pongo una excusa y nadie se fija en nosotros, sino ya sabéis los chistes. Antes de irme paso por la cocina. No aparezco, pero saco un cuchillo y unas cerillas de un cajón. Los partidos están contados, pero no pienso en ello. No esta vez. Sonja lucha por seguirme, como todos los demás, porque corro incluso cuando camino. No aminoro el paso. Ella protesta, pregunta: "¿Cuál es la prisa?", pero no aminoro el paso.

También me pregunta: "¿Qué tienes en mente?", pero nada, sigo derecho. Si viera el cuchillo y las cerillas se asustaría. O tal vez no. Incluso podría esperar estar equivocada acerca de mí, si es que tiene alguna opinión sobre mí. Me dejaba hacerlo, con el cuchillo, y seguía mirándome con expresión inexpresiva. Con sus ojos tan oscuros como el fondo de un pozo. Rodeamos la Villa y cruzamos la carretera. Llegamos al campamento. Josko dijo que hablará con el rabino para que le devuelva las mazorcas robadas al señor Leonardi. El director Umberto no quiso creerlo.

"Ciertamente no querrás meter al rabino en problemas por algo así", dijo. Luego se dio cuenta de que Josko no estaba bromeando, que definitivamente lo haría. Entonces, para evitar vergüenza, dijo: «Está bien, yo me encargo de todo. Le pagaré a este Sr. Leonardi. No serán dos mazorcas de maíz las que arruinarán nuestra relación con el rabino..."

“No dos”, respondió Josko. "Cincuenta, al menos".

Porque dos eran los que le habían visto meter en el bolsillo, pero ahora que había aprendido el camino, quién sabe cuántas veces regresaría. Y luego estaba el mal ejemplo dado a los niños, eso también había que tenerlo en cuenta.

Dijo: «Ya sé que seguirán las enseñanzas del rabino. ¿Verdad chicos? Aunque no más de uno cada uno."

“Es cierto”, respondieron a coro los que estaban allí.

Así, el director Umberto tendrá que pagar cincuenta mazorcas de maíz. Gracias a esto, gracias al rabino que puso toda la máquina en marcha y a Josko que incriminó al director, ahora tengo la oportunidad de entretener a Sonja. Todo pagado. Por ahora sólo está sin aliento, pero ya llegamos, elijo una mazorca para mí y otra para ella. Los arranco de las plantas. Son grandes y maduros.

Él pregunta: «¿Qué estás haciendo?».

«Disfruto del regalo de Josko. Y usted también."

Junté algunas hojas secas y algunos trozos de madera. Estamos detrás de un carrizal, desde la Villa no nos ven y ni siquiera verán el humo. Soy bueno prendiendo fuegos, siempre lo hice por Sami. Con el cuchillo trabajo dos palos bastante largos. Ahora son puntiagudos. Pongo las mazorcas y las dejo tostar.

Sonja comprende y se relaja.

El sol empieza a ponerse, el aire cambia de color. Hay nubes de oro rojo, como en Berlín.

Yo digo: «Se siente como estar en el Tiergarten».

"Sí. Pero sin los monos."

"No son monos, son bonobos".

Ella mira fijamente el fuego y se encoge de hombros. "Está bien, entonces nada de bonobos".

“O somos los bonobos”.

Ella se echa a reír, enseñando los dientes, pero no dura mucho. Ella se detiene, pareciendo asustada. Junta sus rodillas y las ata a su pecho con sus manos.

«¿Llegaremos algún día a Palestina? ¿Tendremos algún día un lugar para vivir en paz? Pregúnteme.

No lo sé, me gustaría decírtelo. Ni siquiera sé si quiero llegar o volver. Si pienso en mi madre y mi hermano, allí solos, en Berlín, ni siquiera sé por qué están aquí. Porque me fui. Sólo espero que el tío Hermann haya dejado de ser santo y esté con ellos.

Pero ella ya ha cambiado de opinión.

Dice: "Conozco a alguien que ha tenido relaciones sexuales".

La noticia me sorprende. No se que pensar. No sé si quiere decir "Piensa en la suerte que tienes...". No, no lo creo.

Sus ojos todavía están tristes y apagados y miran fijamente al fuego. Él no me mira. Dijo esto, *sé de alguien que tuvo relaciones sexuales,* cómo pudo haber dicho “me dijeron que mañana lloverá”. O “me gustaría ir a la ciudad”. Siento que la mitad de mi cara comienza a

palpitar. Los golpes que recibí, claro, pero ¿por qué ahora me duelen de nuevo?

Y luego me asombra que sea ella quien me informe. Sonja la silenciosa. Sonja que nunca está ahí.

La miro. Tengo que responder algo para no dejarla sola. Entonces, en el mismo tono, digo: "Estas cosas pasan".

"Sí", responde ella.

Después del *bar mitzvá* , Hans hace todo lo posible para sentirse mayor. Ofrece consejos, entabla conversaciones serias. Cuando Boris anuncia que vamos a ver la ópera en Turín, Hans quiere estar entre los diez primeros. Siempre ha soñado con ver *a Rigoletto* , dice, e insiste tanto que casi tiene ganas de quejarse. Pero luego se recupera. Él adopta una actitud y el profesor lo satisface. Por el compromiso, por supuesto, pero también porque es la primera vez que Hans muestra interés por la música.

Sin embargo, cuando se da cuenta de que tiene que ir en bicicleta a Módena, se lo piensa mejor.

«Sabes, tengo dolor en la pierna. Me caí hace un par de días".

Boris también hace lo mismo: pone a Hans en el tubo de su bicicleta y pedalea para dos, hasta Módena.

En un teatro todo es a la vez grande y delicado. Una vez dentro, entiendo que pertenezco a una especie diferente a la del resto de espectadores. Una especie demasiado pesada. El suelo de madera cruje bajo mis pasos. Tengo zapatos campestres grandes, zapatos que no son de aquí. Las chicas pensaron qué ponerse. Pidieron prestados zapatos a quienes todavía tenían unos buenos. El pequeño sillón de terciopelo es demasiado delicado, me siento con miedo. Todo es suave a nuestro alrededor, incluso la luz. La luz crea bordados en nuestros rostros, dibuja sombras. El asombro es real, la luz no tiene nada que ver.

Boris intenta contar la historia de *Rigoletto* . Se sobresalta, luego ve que estamos perdidos, la trama es complicada. "Déjalo ir", dice. "Escuchar la música."

Se hace de noche, cae el silencio. Un silencio nuevo y denso. Algo más que no escuchar ruidos. Música, eso es todo. Música hecha de anticipación y nada más. Boris mira hacia el escenario con los labios entreabiertos. Está boca arriba, pero unas cuantas notas son suficientes y se recuesta, vamos. Aquí, ahora, está todo lo que dejó.

Entonces comienza la ópera. El resto desaparece.

Josko revisa la correspondencia. Abre las cartas y las lee, luego las cierra y nos las entrega. No los cierra demasiado fuerte, así sabemos si se ha escapado algún sobre. Depende de nosotros abrirlos de todos modos, si ella aún no ha pasado por su lado.

Empezó cuando Rosi dejó de hablar.

Rosi tiene quince años. Ya era un infierno en su casa antes de que llegaran los camisas oscuras. El padre se volvió loco, así como así, de la noche a la mañana. Empezó a despertarse por la noche y a gritar. Parecía que solo estaba teniendo pesadillas porque después de gritar, se sentaba y volvía a dormir. Pero las pesadillas se hicieron cada vez más frecuentes y cada vez tardaba más en volverse a dormir. Hasta que se detuvo por completo, dejó de dormir. Caminó por la casa con los ojos bien abiertos. Tanto de noche como de día.

Una mañana sacó el cuchillo del cajón de la cocina y esperó a que su mujer regresara del trabajo. Se escondió detrás de una puerta y permaneció allí, en ropa interior y camiseta, con las piernas secas y los pies descalzos. Rosi estaba en casa. Se dio cuenta de lo que estaba por pasar, así que corrió a la tienda para avisar a su madre. A partir de ese momento podía salir bien o podía salir mal, sólo había que leerlo en la cara de ese hombre que ya no era su padre. En este caso, Rosi se escapó a la tienda y regresó a casa con su madre sólo después de que pasó la tormenta. Podrían pasar días, pasó que se quedaron durmiendo detrás del mostrador. Había una alfombra, allí pasaron la noche.

Rosi ya no piensa en esos días, los ha dejado atrás. Pero no pensar es difícil. No es suficiente. Los recuerdos vuelven aunque no los busques, te llevan por detrás y esos son días que nunca pasan.

La carta de la tía también llegó por el mismo camino, por detrás. Una nota no demasiado importante, de alguien a quien ni siquiera recordaba. Abrió el sobre, leyó dos líneas de introducción y luego la frase: "Te informo que tu querida madre ha fallecido".

Nadie debería hacer esto, no de esta manera. Hay cortes que no cierran, cortes profundos. Si no eres cirujano, si no sabes coser bien, es mejor dejarlo así. Hacer nada. Hay recortes que evaporan a la humanidad.

Pensé que Rosi también estaba a punto de volverse loca, como su padre. Quizás el padre también tenía heridas que ningún médico pudo curar. Quizás esto sea una locura: la humanidad dispersándose por las heridas.

Josko tomó cartas en el asunto. La mantuvo a su lado durante días y le dijo: «Leeré tu correo. Te contaré las buenas y las malas noticias, pero con las palabras adecuadas. Los encontraré. Te diré toda la verdad, lo juro. Pero con las palabras que toda verdad merece. Si quieres, puedo hacerlo."

Rosi asintió con la cabeza y Josko la besó en el pelo.

Funcionó. Habló de ello en la asamblea.

Él preguntó: «¿Estás de acuerdo? Si quieres, puedo hacer lo mismo con tu correo." Una petición extraña, una intromisión, podría haber parecido, pero Rosi estaba a su lado. Y Rosi nos miraba desde detrás de sus sombras. Dijimos que sí, por supuesto. Todos dijimos que sí.

Confiamos. La confianza nos mantiene humanos.

Llega una nueva carta de mi madre, encuentro el sobre ya abierto y sé que todo está bien. Sé que dentro de mí está mi mundo aún intacto.

Mi madre dice que Sami hace uno al día. A veces dos. Mi hermano recopila mis eventos perdidos y cuando nos volvamos a encontrar me contará todo lo que me perdí. No tira nada: el papel que envuelve el pan, las hojas caídas en el alféizar de la ventana, las plumas de paloma encontradas en la calle. Tiene una caja para mí, me hizo escribir en ella: PARA NATAN . Mi madre dice que Sami debe haberse parecido a nuestro padre. No añade nada más. Ella lo extraña.

Sigo siendo humano por esto. Porque mi madre escribe cartas hermosas. Porque Josko cargaría con todo mi dolor sobre sus hombros. Soy humano porque estoy en el centro de estos dos pensamientos. Extiendo mis brazos y tengo un lugar donde apoyarme. Si no fuera así, si sintiera el vacío, tal vez no le tendría miedo a la guerra. Me dejaría llevar.

Bueno, es esto: sé que soy humano porque le tengo miedo a la guerra. Porque todavía tengo un motivo para huir, aunque la guerra haya llegado. Incluso aquí, incluso en Nonantola. Con la niebla de noviembre.

Schoky dice: «Bombardearon Génova». Lo dice con cara de satisfacción. Él es nuestro experto en comercio. Dejame explicar.

«Los ingleses pasaron sobre Génova y lanzaron sus bombas. El puerto está en llamas y la ciudad ya no es segura".

«¿Y por qué estás tan feliz?» Pregunto. Lo toma un poco. Hace cara de arrepentimiento, pero se nota que lo está intentando.

Allí, en Génova, estaban las oficinas de DELASEM . Allí estaba el almacén, los archivadores, todas las actividades. Tuvieron que mudarse".

Ahora DELASEM está aquí, en Villa Emma. La satisfacción de Schoky es por esto: por la consecuencia, no por la causa. Caen bombas sobre Génova y descubrimos la abundancia. Es una cuestión de resortes. Choques y rebotes: es el destino.

Descargamos y colocamos todo arriba en el ático. DELASEM recauda dinero de quienes pueden pagarlo y compra lo necesario para quienes lo necesitan. Ahora que veo cómo funciona, el mecanismo está más claro. También entiendo que los judíos italianos dependen de nosotros, de cómo trabajamos.

Estamos divididos en equipos, cada equipo organiza, empaqueta, pone etiquetas para los envíos. Somos la ayuda de los judíos italianos. Mantener el contacto es fundamental, pero para ello están los recién llegados, la gente de DELASEM . Entre ellos, el mejor es Goffredo Pacifici: su nombre, sobre todo, nunca será olvidado.

Lo llamamos Cicibù porque tropieza al hablar. No se enoja, no hay nadie más pacífico que Amity. Siempre está de buen humor, bromea y sabe estar en compañía. Si pudiera decidir a quién no abandonar cuando estemos en Eretz Israel, me quedaría con Josko, por supuesto, pero también con Cicibù y Boris. Son personas que no podrían ser más diferentes. No se parecen en nada, pero salvan al mundo todos los días. Son tres de los treinta y seis hombres justos mencionados en el Talmud. Y estoy aquí.

Cicibù es tipo restaurante, va a cualquier hora. No oculta su pasión por la comida.

En efecto, "el hombre está hecho a imagen y semejanza de Dios", afirma. "Es como esto. Por eso honro mi vientre. Mira: es como en el vientre de Dios.» Es una de las tonterías que más le divierte. Lo dice y se ríe.

Josko está contento con las novedades, las novedades y el almacén que gestionar. Es un trabajo, es experiencia. Para Josko cada tropiezo es un desafío.

Para nosotros las satisfacciones son más prácticas. Sí, nos gusta ayudar, pero ahora también es más fácil conseguir lo que necesitas. Primero tuvimos que escribir y esperar a que llegaran nuestras solicitudes a Génova. Alguien evaluó y envió. Ahora todo es más sencillo. Ahora el almacén está arriba, en el ático.

Tengo una biblioteca entera a mi disposición. Nunca he leído tanto como en este período.

A cambio, Josko me puso entre los que tienen que ordenar la correspondencia. Mi trabajo es leer solicitudes de ayuda. Dice: «Eres

uno de los pocos que sabe tan bien el italiano». Dije: "Claro, puedo hacerlo", pero ahora descubro lo doloroso que es. Me sumerjo en la desesperación. Abro un sobre y todo se oscurece, no hay luz.

Hay solicitudes.

Ten piedad, soy un pobre anciano golpeado por el destino. Mi esposa siempre está enferma y no encuentro dinero para las medicinas...

Quejas.

¡Ha pasado un nuevo mes sin que yo reciba nada! ¿Podemos saber qué tienes en mente?

Pequeños gestos de dignidad.

Dado que he encontrado un trabajo que me proporciona unos ingresos modestos pero suficientes, les comunico que renuncio a la subvención recibida hasta el momento.

Y hay una carta de un niño. El más difícil de leer, el imposible de confiar a otros.

Estimados señores que nos envían dinero, mi nombre es Enrico y tengo diez años. Antes era mi padre quien te escribía. Desde que murió mi madre ya no habla y ya no sé qué hacer. No hay nada para comer. Ayudanos por favor.

No estoy seguro de entender. A mitad de la carta pierdo la concentración, empiezo de nuevo. Voy de un lado a otro, al menos tres veces. Pienso en mi hermano, sólo lo imagino en esa misma casa, la casa de un Enrico que no conozco. Luego veo a Enrico en mi casa, junto con su madre, entre cuatro paredes demasiado delgadas para servir de refugio. Debería estar ahí, con ellos. Con Enrico, con su madre. Con Sami, con mi madre. Debería tomarlos en mis brazos, a todos, y decirles: no te preocupes, Sami, Enrico o quien seas. No tengas miedo, ninguna palabra cae en oídos sordos. Ni siquiera la voz del hombre: todo tiene su lugar y su destino.

Pero estas palabras no son mías. Son demasiado importantes y profundos y pierdo la concentración otra vez. Son palabras del tío Hermann y tengo la impresión de haber llegado demasiado tarde. Tengo la impresión de que la tragedia ya ha pasado.

Sí, estoy seguro de ello. No queda nada por hacer. Tenía que ser así

y así fue. Los esfuerzos de Josko fueron inútiles, su control no sirvió de nada.

Recibí la carta de mamá. Él dice:

Mi querido Natán,

Finalmente escuché de tu padre. Me escribió que está bien. Algunos dolores y molestias, los de siempre, pero está bien. Trabaja en una fábrica que produce acero para cañones. En este período de guerra se necesitan todas las manos. El trabajo es duro, pero lo conseguirá y tarde o temprano volverá a casa. Ya le contesté, le hablé de ti, de tu viaje.

Te fuiste de Berlín hace mucho tiempo, pero aquí es como si nunca te hubieras ido. Todo quedó en su lugar. La señora Bielski no deja de discutir con los vecinos. Incluso con aquellos menos cercanos, para ser honesto. Ya sabes cómo es ella: le gusta discutir. Cuando la encuentro, si levanta la nariz y no me saluda, significa que también discutió conmigo durante la noche. No es necesario acudir a ella y pedirle aclaraciones. Sólo tenemos que esperar a que pase, en todo caso pasará. Su marido, un hombre pobre, ahora tiene dificultades para caminar y ya no sale de casa. ¿Recuerdas cuánto te hacían reír cuando eras niño sus muecas? Por lo demás todo siguió igual, como cuando te fuiste.

Tu hermano Sami crece y se vuelve cada vez más curioso. Se le metió en la cabeza que tengo que sacarlo solo. Tiene muchas ganas de hacer recados. Su tienda favorita sigue siendo la panadería del Sr. Cohen. Allí podrá comer dulces con los ojos. No hace escándalo, sabe que no se puede hacer nada más. Siempre me pregunta por ti y le sigo diciendo que estás viajando y que algún día nos volveremos a ver en el lugar más hermoso de la Tierra.

Lo importante, Natan, es que recuerdes las enseñanzas de nuestro querido maestro. Cuando en tierra extraña y lejana creyó haberlo olvidado todo, cada conocimiento y cada afecto, pidió ayuda a quienes estaban con él. Pero su compañero de viaje también lo había olvidado todo: sólo recordaba el alfabeto. Luego lo recitaron juntos: alef, bet, ghimel, dalet . *Y al recitar y repetir y repetir otra vez, todos sus recuerdos regresaron a ambos.*

Haz lo mismo, querido Nathan. Porque donde están nuestras palabras, allí está nuestro hogar.

Te abrazo fuerte y espero tu próxima carta,

Tu madre.

Cierro el papel por los pliegues que ya están ahí, para no añadir nada propio a este momento. Sé que nunca lo olvidaré, sé que no desaparecerá. Este momento quedará para siempre, me acompañará durante toda mi vida. Coloco el papel en el sobre, como si nunca hubiera salido. Es importante rechazar cualquier interferencia, borrar las huellas de mi paso. Tengo el paisaje infinito delante de mí. A mi alrededor y dentro de mí, un aire denso e irrespirable, líquido, como suele ocurrir aquí en Nonantola. Aquí en las llanuras es fácil ahogarse.

Retiro todas tus cartas. Entro a la habitación y busco confirmación de lo que entendí: quiero saber cuándo me perdí, cuándo dejé que me engañaran.

Los guardo en una bolsa blanca, en el cajón de la mesita de noche. Los tomo uno a la vez, al revés. Con cada hoja intento no llamarme estúpido, idiota, incapaz. No es fácil, pero lo intento. Yo leo:

No olvides, mi querido Natan, llevarte siempre bien con las personas que comparten el viaje contigo. Con todos, con todos. Porque el que es bien aceptado por la gente, el que calma con su espíritu a quienes lo acompañan, es bien aceptado por Dios.

Y leo:

Sigue a tus profesores y nunca renuncies a la comprensión, no olvides estudiar. Quien olvida algo de lo aprendido comete un delito, como si estuviera poniendo en peligro su propia vida.

Y leo de nuevo, otro pasaje, de otra carta:

Reflexiona sobre tres cosas, querido Nathan, y no llegarás al punto de equivocarte: de dónde vienes, adónde vas y a quién tendrás que dar cuenta y rendir cuentas.

Josko revisó las cartas, lo hizo con atención. Leyó toda la correspondencia por nosotros. Él es nuestro refugio contra la estupidez. Estaba dispuesto a detener frases como "Te informo que tu querida madre ha muerto". Pero no sabía que tenía que protegerse del amor.

No hay refugio contra demasiado amor.

Mi madre está muerta.

Cuándo no puedo decirlo, pero fue antes de que se enviaran estas cartas. Incluso antes de que fueran escritos. Alguien se los escribió, para evitar que me llegara el silencio y, con el silencio, la noticia de lo sucedido. Lo sé, porque estas no son las palabras de mi madre. Mi madre nunca buscaría confirmación en las enseñanzas de los sabios.

En todo caso, eran los sabios los que tenían que ir a la escuela con ella, eso dijo, porque todo el mundo es capaz de encontrar eslóganes, pero mantener a raya a tu padre medio loco, esto es trabajo de santos.

Está muerta, ya no está aquí. O se dejó llevar por las camisas oscuras, siguió el destino de mi padre. Y se ha ido. No queda nadie. Mi padre, mi madre. Sami. Mis recuerdos.

Sami vierte agua directamente en mi boca.

“Veamos cuánto hay”, dice. "No la arrojes, mantenla quieta". Luego

hace muecas y por si fuera poco me mete dos dedos debajo de las axilas. No puedo resistirme a las cosquillas, nunca me he resistido. Rocio agua por todas partes. Sobre el mantel, sobre mí, pero no sobre él. Él se agacha. Es pequeño, pero no estúpido.

Sami que corre hacia allí y dice: «¡Mamá, mamá, Natan hizo el problema!».

Ella que se queda donde está y dice: «Natan, ¿cuándo vas a crecer?».

Él riéndose y yo imitando: "Entonces te mataré".

Ahora mamá, ya soy mayor. Ahora que tengo que prescindir de tus palabras también. Ya me había adaptado al resto de tu ausencia. No, no del todo. Antes de dormirme todavía necesitaba imaginar tu movimiento, al otro lado de la cortina. Escucharte hacer las tareas finales y acostar a Sami.

¿Cuál es el punto de ser mayor ahora? Sin tus palabras, ¿qué será de mí?

Ahora también puedo prescindir de Josko. Ya no tienes que preocuparte. Hay muchos chicos aquí en la Villa. No me ayuda, ya no tengo miedo.

Lloro. Ni siquiera me doy cuenta de que lo estoy haciendo. Cómo no noto nada más.

Suceden cosas a tu alrededor, hay gente hablando, entrando o saliendo. De la habitación, del mundo, pero no me concierne.

Mi almohada está mojada. También. No pueden ser sólo las lágrimas. De hecho no es así. Son gotas grandes y pesadas que caen desde arriba. Abro mis ojos. Ahí está Sami, encima de mí. Tiene la boca llena de agua y trata de no reírse. Mi madre no lo regaña, sino que lo abraza y él traga todo de golpe. Respira profundamente. Contuvo la respiración demasiado tiempo, pero también exagera. Quiere mostrarme cuánto esfuerzo hizo. Como niños grandes.

“Es hora de levantarse, Natan”, dice mi madre. "Se está haciendo tarde."

Pienso: un momento más, madre. Un momento más. Me quedo un rato más y luego sí, me levanto.

Creo que sí, pero es como si lo dijera porque ella lo entiende. Y él responde.

«No, Natán. El tiempo es ahora."

No es una orden. Es una caricia. Intento abrir los ojos. No puedo hacerlo.

«¿Por qué, madre? ¿A qué hora?"

«Porque no sabes qué esplendor hay afuera. Hay prados verdes y amapolas entre el trigo. Hay fiesta y gente bailando. Y luces. Están todas las cosas que ya son tuyas, pero no sabes que las tienes. Así como no sabía que tu padre loco me haría tan feliz. No sabía que tú serías la razón de mi vida. Y no sabía que valdría la pena. Hasta el final. Por eso Natán. Por todo lo que no sabes. Ahora depende de ti."

No hay incertidumbre en su voz. Su confianza me arranca del sueño. Todo a su alrededor se derrumba y ella no tiene incertidumbres. No hay nada que separe mis pensamientos de los suyos y de hecho dice: «Sí, Nathan, así es. Estoy seguro de que. Haz de tu dolor un nuevo abrazo. Hazlo asi. Y todo estará bien."

Escucho su voz y descubro que no es diferente de la del tío Hermann. Sus palabras no son diferentes. Siento que mi mente está libre ahora que ya no tengo la desesperada necesidad de creer en lo que veo. Y veo las cartas de mi madre tal como son. Reconozco los escritos del tío Hermann. Es una escritura tan espontánea del corazón que ha sembrado pedazos de sí mismo. Intentó disimularlo al principio, pero luego, poco a poco, se fue dejando llevar. Él cedió.

Mi tío Hermann nunca habría escrito: *Lo siento, querido* dreidel *, tu madre y tu hermano han muerto* . Nunca habría permitido que sus palabras causaran dolor. Pienso en él, en el sufrimiento que asumió para mantener con vida a quienes ya no están. Pienso en su mirada que decían que estaba tan distraída por las cosas del mundo. Creo que debería huir ahora, venir aquí. Creo que si no lo ha hecho ya, ya no podrá hacerlo. Nunca más.

Y pienso en las palabras. Ante sus palabras. Al nuestro, que ahora no recuerdo. ¿Entonces debería recitar el alfabeto? ¿Recuperar tu memoria? ¿Pero qué hago con mi memoria ahora que mi casa está vacía? ¿Ahora que la caja de los recuerdos ha sido destruida? ¿Dónde están las hojas, las plumas? A quien podría decirle: "¿Te acuerdas de aquella vez...".

Todo a mi alrededor está en silencio, pero no es el silencio de la música. Boris y la ópera están lejos. Esta vez no hay espera, sólo vacío. No queda nada a mi alrededor, nadie.

Mi almohada ya no está mojada. Está seco, y secos están mis ojos, mis labios. Los labios se secan, los ojos arden.

"¿Pero qué pasa?" Escucho. La voz está a mi lado, no encima de mí. Y es la voz de un hombre, no la de mi madre.

"Llama al doctor."

“No es nada, solo estoy cansado. Estoy aquí, quieto y el tiempo

pasa. Se resuelve así”. Pero no lo diré. Lo guardo dentro de mí y no hay nadie que pueda leer mis pensamientos. Mi madre y Sami se han ido. Están muy lejos. Aunque hablen, ya no puedo oírlos.

Siento una mano en mi frente. Es el doctor, escucha el dolor de mi pecho. Habla de medicina. “En unos días estará mejor”, dice.

Pasan los días, la fiebre disminuye.

Pero no, no estoy mejor.

Josko viene hacia mí.

Yo digo: "No es nada".

Él dice: «Está bien. Pero ya sabes que si quieres...".

"Sí."

Un día tras otro y mis ojos dejan de arder. No, los labios permanecen secos. Los labios son inútiles si no hay palabras que decir.

7

Las palabras salen de mí de una niña pequeña con coletas torcidas y cara de puchero. No la conozco, nunca la he visto, pero es la primera persona que encuentro al levantarme. La primera persona es una niña desconocida. Es una señal y puede significar que todo ha cambiado. La encuentro sentada a mitad de las escaleras. Salgo, la paso. Detrás de mí dice una frase larga que no entiendo.

"No entiendo", le digo. Mi voz suena diferente. No he hablado desde hace mucho tiempo y tal vez aún no esté listo. O sí, así debería ser. Todo cambió. Incluso mi voz.

Se detiene por un momento y luego continúa. Con más entusiasmo, como si tuviera que convencerme. Señala un punto más allá de la pared, un punto en la habitación de al lado, con la mano abierta. Está enojada y quiere que sepa sus razones. No importa si no entiendo lo que dice. Al final la frase se alza y me parece que hizo una pregunta. Me mira fijamente y guarda silencio. Espera y no te rindas.

Me encojo de hombros, no sé qué hacer, pero digo: "Bueno, sí".

"¿Sí?" ella repite. En italiano. *Sí,* lo sabe.

“Sí”, repito con cara de convencimiento. Yo también asiento, para que no quede ninguna duda.

Ella está un poco sorprendida, pero luego sonríe. Se relaja y me abraza. De hecho, se arroja encima de mí y luego me toma de la mano. Me arrastra hacia donde están los demás. Hay muchos, muchos más de los que recuerdo. Hay otras niñas pequeñas, todas con coletas torcidas y ropas aterradoras como de muñecas. Las niñas están pálidas y tienen la ropa arrugada.

La que me guía me muestra a los demás y dice cosas en su lengua llena de consonantes ondulantes. Me siento como un trofeo. El tono sube, discuten las chicas. Miro a mi alrededor, hay mucha gente que no conozco y luego lo recuerdo. No sé cuánto tiempo estuve ausente, no sé cuánto duró, pero está claro que mientras tanto han llegado los de Split.

Se había hablado de ello durante mucho tiempo. Al final pensamos que nunca vendrían. Y sin embargo, aquí están. En su mayoría son niños, pero no sólo. También hay algunos de mi edad.

No hubo otros espacios para D ELASEM . Villa Emma es lo suficientemente grande como para acomodar a todos. Cuando nos dijeron que llegarían, alguien se puso feliz: "Llegan nuevos refugiados, caras nuevas que mirar".

"Tal vez incluso sean agradables".

“Oh, hermosos”, especificó Agnes.

Alguien dijo: «Primero esperemos a ver cómo se comportan. Ya estamos bien instalados. Llegan y trastocan todo. Verás."

Había quienes tenían miedo de tener que abandonar viejos hábitos y quienes no veían la hora de cambiarlos.

Ahora que me doy cuenta de la confusión, también creo que muchas cosas cambiarán. Hay muchos, demasiados. Caras nuevas pasan a mi lado todo el tiempo y no hay manera de aprender sus nombres. Descubro que está otra vez el problema de las camas. Josko llama a Boris y juntos me llaman a mí.

“Vamos al médico, a ver si puede hacer algo”, dicen.

Realmente no necesitan mi ayuda, pero ahora que puedo ponerme de pie, me arrastran con ellos. Quieren entender lo que pasa por mi cabeza, lo sé. No soy el primero.

Todo corre rápido a mi alrededor, más rápido que yo. Es increíble sentirse superado así, es un sentimiento que no conozco. Me dicen: “Ven” y me voy, pero no estoy con Josko y Boris. No sé dónde estoy.

Giambattista, el hijo, nos recibe felizmente. El médico nos sienta y nos sirve un poco de vino. Hay paz aquí en su casa. Él también me da un vaso, lo hace sin pensar demasiado. Es la primera vez que me tratan como a un adulto entre adultos y no es una buena sensación. Veo jugar a Giambattista y lo envidio.

El médico escucha, Josko habla.

"Necesitamos camas", dice Josko. "Los necesitamos pronto".

El médico especula. Incluso sus palabras son más rápidas que mis pensamientos. Lo pierdo, también porque él mismo dice que no y retoma su razonamiento desde un punto diferente. No entiendo nada, luego menciona el nombre de Don Arrigo. «Hay camas en el seminario. Si es necesario, el sacerdote puede hacerlos dormir en el suelo.»

"¿OMS?" Pregunto.

«Los seminaristas.»

«¿Quiénes son los seminaristas?»

Mi pregunta llega tarde. Sí, todos son más rápidos que yo. Estoy en la calle, soy el último en la fila. Boris me espera, viene a mi lado. Quiere hablar.

"No es nada", digo. A él también, como a Josko.

«Está bien», responde, «pero ya sabes que si quieres…»

"Sí."

Llegamos frente a la casa del sacerdote.

Entremos sin llamar. El médico no tiene dudas, entra como si fuera su casa. Boris mira a Josko, dubitativo y Josko abre los brazos: “Si lo hace…”.

Pero don Arrigo no está. Luego se sienta el médico y nos sentamos nosotros también. La habitación es pequeña, apoyado contra la pared hay un ataúd. Verticalmente, un auténtico ataúd. El cura nos hizo una estantería, con tres estantes y muchos libros encima. Son libros cristianos, al menos no hay nada extraño en esto...

En lo alto, sobre el ataúd, hay un cartel escrito a mano: EL AMOR ME MUEVE y creo que debe ser lindo encontrar una frase y poner toda tu vida en ella. Seguro.

Boris, Moreali y Josko conversan. Escucho. Hablan de las camas y otros problemas, pero está claro que simplemente tienen tiempo para pasar.

Cuando llega el sacerdote, tengo la impresión de que la sala se llena, que no hay nada más que mirar que él. Comprendo inmediatamente que tampoco debo olvidar su nombre, aunque todavía no sé por qué. Don Arrigo da por sentado que allí nos encontrará.

Cuando le cuentan el motivo de la visita, cuando empiezan a hablar de las camas, Don Arrigo los interrumpe.

“Claro, claro”, dice. «Los niños están en casa para las vacaciones. Ningún problema." Se detiene un momento, lo piensa y luego pregunta: «¿Cómo están los nuevos? Aparte de las camas, digo, ¿está todo bien?

Hay tanta confusión, me gustaría responder, tantas caras que recordar. Me imagino que Agnes está feliz. Y luego están las niñas con coletas torcidas, se pelean, y es mejor no terminar en medio de eso. En realidad dejo hablar a los demás, porque no sé cómo les va a los nuevos, aún no los conozco y esta idea me sorprende. Prometo observarlos mejor, y cuando regrese a la Villa empezaré por los más pequeños.

El más pequeño no tiene nombre. Estaba solo en Split, en medio de una calle. Lo cargaron cuando ya se encontraban prófugos. Por lo que parece, no tiene más de seis años, pero actúa como si tuviera tres. No habla, hace ruidos. Y daño.

Schoky lo llama Aron Koen, él lo acogió y lo hará crecer. Por la mañana le prepara el desayuno y el niño lo llama "papá". Schoky le permite hacerlo porque tiene un hijo que se quedó en Polonia y lo extraña.

Aron Koen ahora tiene un hogar, mucha gente a su alrededor y

Schoky como padre. De Aron Koen aprendo que hay dolor por el que todos deben pasar y, por otro lado, algo que saber. Quienes se detienen a mitad del camino quedan doloridos y pierden el sentido del viaje. Esto lo aprendo de Aron Koen.

Noto que entre los nuevos hay uno que tose mucho. Tiene el pelo rizado y una mirada melancólica. Él es quien capta mi atención, aunque viva en un segundo plano. Si sonríe es por unos segundos, porque la tos es fuerte. Tiene un fuego que controlar y ser serio le ayuda. Se llama Salomon, Salomon Papo, y si pudiera elegir un amigo entre los nuevos, lo elegiría a él. Quiero preguntarle qué es esa luz gris en sus ojos, pero es una pregunta que requiere atención. En los próximos días, tal vez.

En cambio no hay tiempo, porque el Doctor Moreali lo visita y encuentra algo en sus pulmones. Lo llevan a las montañas para recibir tratamiento. Será un proceso largo, dicen.

En la mesa, los nuevos hablan de los campamentos en los que han estado. Hablan de hambre y miedo. Son pocos los que hablan. Al principio pienso que los demás todavía están molestos por el viaje, por la fuga, pero luego comprendo que el problema es otro.

Aquí en la Villa hay muchos idiomas y por uno que habla, muchos no entienden. Alemana, polaca, croata… Nos reunimos en grupos, hay rivalidades y la vida es complicada ahora. Se necesita aún más atención y fuerza para seguir adelante. Fuerza, atención y alma aterciopelada. Mirándolos a ellos, a los nuevos, me convenzo de que esto es lo que necesitamos. Del alma de terciopelo.

Mi querida madre , le escribo.

Tu carta me animó mucho. Tuve un mal sueño. Nuestra hermosa ciudad estaba en ruinas, gris. Tenía miedo de que la guerra hubiera llegado hasta allí, con su carga de destrucción. O que las camisas oscuras habían vuelto a causarte algún daño a ti, a Sami o a nuestros amigos. Temía que hubieran vuelto a quemar las sinagogas y las tiendas de las personas más cercanas a nosotros. Aquí donde estoy finalmente he comprendido la importancia de nuestros queridos maestros. Los profesores nos invitan a orar tres veces al día y estoy feliz porque por fin me estoy acercando a nuestra religión. A menudo viene un rabino de Módena, un hombre santo, y es agradable escuchar sus numerosas enseñanzas. Mi querida madre, si supieras que gran alivio me da todo lo que estoy aprendiendo. Sólo ahora comprendo plenamente lo que usted escribió en una carta suya hace algún tiempo. Nunca renuncies a la comprensión, eso escribiste. Nunca olvides el estudio. Quien olvida algo de lo aprendido comete un delito, como si estuviera poniendo en peligro su propia vida.

Por favor, querida madre, envíame más reflexiones tuyas como ésta. Me produce un inmenso placer porque tú y el tío Hermann sois mis guías más preciados. Las personas que más amo y respeto. Estamos unidos en espíritu, pero cuando estemos en Eretz Israel también lo estaremos en

cuerpo.

Tu hijo más cariñoso,

Natán.

Si te ha conducido a ti y a tu forma de ver el mundo, tío Hermann, estudiar es verdaderamente el camino más sagrado a seguir. Haré mi mejor esfuerzo. Un día entenderé tus enseñanzas.

Es culpa de Leo. Casi siempre es culpa de Leo. Él es quien organiza. Él es el que piensa en cosas normales. Gracias a Dios piensa en cosas normales.

Kuki es entrenador. Me lleva aparte y me dice: «¿Qué quieres decir con que no juegas...?». Pone los ojos en blanco y trata de hacerme sentir culpable. Mecanismos simples, fáciles de evitar.

«No bromees, vamos. Necesitamos a alguien que corra".

"No."

«Pero mira, no tienes que hacer mucho. Coge el balón, ve al ala y ponlo en el centro cuando llegues al final. Es fácil. Corre, llega, ponte en el centro.»

Puede que sea fácil, pero puedo prescindir de él. Estoy decidido, decidido.

Repito: "No, no tengo ganas".

Entonces interviene Leo. Dice: «El alto también viene».

"¿El alto?"

"El alto."

"¿Cuál de los dos?"

"No lo sé. Su nombre es Alberto, él es quien armó el equipo del pueblo. Kuki, ¿sabes más?"

"Ni siquiera sabía esto", dice. Su mirada desciende del cielo y se ilumina. Él sabe que estoy a punto de ceder. A él realmente le importa, así es él.

"Está bien", digo, porque tengo razones para conocerlos a ambos. El bueno y el malo. Tengo que disculparme con uno, tengo que cerrar la cuenta con el otro.

En medio del campo llevas pantalones cortos. Max tiene algo en la parte de atrás de su camisa, un número, creo. Max se toma todo muy en serio. Klaus le da unas palmaditas en la espalda. Aprieta los puños y dice: «¡Vamos, vamos!». Leo da órdenes: todos compactos, todos adelante o todos atrás, nunca quietos. Diez minutos de partido y ya no podrá respirar. Me dedico a mis propios asuntos. En pantalones cortos.

Luego empezamos pero no lo veo, el alto no está. Herbert siempre entra. Ve a un oponente y cae entre sus pies. Casi siempre vacío. Los de Nonantola no tardan en comprenderlo y lo dejan pasar. Mis compañeros corren como si estuvieran escapando. No piensan en controlar su respiración. No creen que tarde o temprano se acabará el aire. Corren detrás de la pelota, pero la pelota siempre es más rápida que la persona que la persigue. No puede durar mucho. Perderemos.

Viene el alto, llega tarde. Deja tu chaqueta al margen y entra. Alberto es el bueno, la mitad de su cara todavía está azul. Pecado. Lo alcanzo, le extiendo la mano.

“Todo está bien”, responde. Y se dirige hacia el mediocampo. Es una paz que reconozco, es como nosotros. Con unas pocas palabras y un juego para ganar.

Un nulo. En cambio, ya estamos perdiendo. Dos a cero. Hice lo que tenía que hacer, tal vez sea mejor irme. Sí, mejor volver atrás y leer sobre mi propio negocio. Tres a cero.

Hay chicas por ahí. Animan, se hacen oír, sobre todo al principio, pero luego paran. Confraternizan con los fanáticos contrarios. Charlan, pero los goles que encajamos no tienen nada que ver, no están desmotivados. Las chicas tienen reglas diferentes. Chocan así. Esto es lo que entendí.

Me voy. Abandono el juego. El sol ya empieza a ponerse y siembra melancolía, como cada tarde. Estoy justo afuera del campo cuando escucho un grito. A mi espalda. Es uno de Nonantola y está en el terreno. Sostiene un tobillo con ambas manos. Se balancea de un lado a otro.

Hay una chica que corre hacia él, debe ser una del pueblo porque está agitada. Una hermana o novia. Más bien una novia, porque se arroja encima de él y le toma la cabeza entre las manos. Un gesto final y trágico. Pero hay algo en el comportamiento de la muchacha, en sus gestos vistosos. Algo familiar. Ya visto.

Inés. Agnes es quien se acerca en medio del campo y da instrucciones sobre cómo ayudar al herido. Se nace Cruz Roja, sobre todo si hay en el campo un futbolista que habla un idioma exótico.

Pero no es la lesión lo que detiene el partido, ni el descenso de la luz. Es el director Umberto. Él viene y escupe una andanada de palabras que incluso a mí me cuesta entender. Faltan unas diez cabezas al llamado a la oración, eso es todo. Nosotros somos las cabezas. Aún no es hora de regresar, pero el director sabe que hay que atrapar a los emboscadores a tiempo, de lo contrario se escabullirán.

Grita, grita y vuelve a gritar. Y por fin se aclara una duda que todos teníamos. ¿Qué pasa si no obedeces su férrea disciplina? Nada.

Saludamos a los chicos de Nonantola, estrechamos manos y felicitamos a personas educadas. Un par de nuestros muchachos se quedan a regatear con un grupo del pueblo. El director Umberto eleva aún más el tono de voz, pero inmediatamente desiste. De hecho, amenaza y desiste al mismo tiempo porque sabe que si insiste perderá

a los demás, a los que ya han decidido ir a la Villa. Sabe que el mal ejemplo es siempre el más sabroso.

El herido sigue allí, en el suelo. Ya no grita, no se balancea, ahora que Agnes está encima de él. La penumbra los hace íntimos.

El director Umberto se acerca a ellos y dice algo. Agnes finge no entender. Algunos que ya habían regresado vuelven a salir y vuelven a driblar en compañía. El director Umberto va ahora a su encuentro y se olvida de Agnes, por lo que ni Agnes ni los demás sienten el peso de las amenazas.

Es Aron Koen quien salva el día. Lo vemos salir corriendo con su cosita colgando, sin pantalones ni ropa interior. Corre como un títere: brazo izquierdo adelante, pierna derecha atrás y luego cambia. Es una astilla risueña. Schoky lo persigue con la ropa en las manos. Pantalones y ropa interior. Por eso Aron huye. Cuando alcanzan nuestra altura, Schoky lo atrapa y lo vuela sobre su cabeza. Aron Koen se ríe y Schoky lo pone bajo el brazo, luego se da vuelta y muestra a todos su trasero blanco. Y Schoky también se ríe, obviamente, pero luego se detiene. Él no ve lo que nosotros vemos, no de inmediato. No ve la fuente. Un niño y un arco de agua, muy clara para orinar, hacia arriba, el agua luego baja y rebota en su camisa.

Alberto es el último en salir. Le queda disfrutar de la escena. No dice nada, no pregunta nada, pero aun así siento la obligación de aclararlo.

"Es un manicomio", digo.

“Ya lo veo”, confirma.

Unos días después, Kuki vuelve a la carga. Esta vez es pesca.

«Pesca, vamos. ¡Es simple!" Él dice.

Los chicos de Nonantola ya se han ocupado de las tuberías y ahora nos esperan fuera de la Villa. Para mí la pesca es como el fútbol. Si de lo que se trata es de comer pescado, ni siquiera me gusta. Entonces el mío es un no.

Kuki dice: «Siempre de buen humor, ¿eh? ¿Ya te han dicho que pareces berlinés?".

Es un ataque que no me esperaba y me desequilibra.

«Ven con nosotros, no tienes que hacer nada. Te sientas y esperas. Luego si un pez pica, pásame la caña y yo me encargo. Sencillo, ya te lo dije."

No sé si será sencillo, pero al menos esta vez puedo sentarme y pensar en mis propios asuntos. Debería ser mejor.

También está el que recibió un golpe en el pie. Él está en bicicleta.

Los cuidados de Agnes lo pusieron nuevamente en pie o había exagerado un poco. Ella también está allí y vendrá con nosotros al río.

Están Alberto y la chica que siempre está con él. Dos de ellos tienen bicicleta: Alberto pedalea y ella se para frente a él, en el manubrio.

Agnes no deja de hablar. Kuki recibe una explicación de cómo funciona la pesca en estos lugares y necesita traducciones constantes. Sabe pocas palabras, pero el tema le interesa y nunca pierde la oportunidad de hacer preguntas. Tengo la impresión de que me llamó como traductora.

Otros también me piden ayuda. Paso mi tiempo actuando como puente. Desaparezco detrás de las frases de otras personas. No conozco todas las palabras, especialmente los verbos. Las preposiciones también causan problemas. Pero entiendo el significado de lo que me dicen. Si eso no es suficiente, lo invento.

La niña de la bicicleta de Alberto pierde el equilibrio y se aferra a su cuello para evitar caer. Se desvían, pero luego Alberto recupera el control. Se ríen, se abrazan y son hermosos juntos. Normal también, como Leo. De una normalidad sin molestias. Los miro, miro a Alberto y a la niña, y pienso en lo que no tengo. No a lo que dejé atrás, porque ahora ya no queda nada detrás de mí, allí, en Berlín. Pienso en lo que no tengo aquí, ahora, en esta etapa intermedia nuestra. Me parece que nunca he tenido nada más, sólo etapas intermedias. Me deslizo de un lugar a otro, para recordar por qué tengo que trabajar duro.

No podemos llegar al río. No tenemos tiempo para escuchar el ruido. Hay una curva, rodeamos un fresno. Llegamos a una casa de ladrillo rojo. Es majestuoso y abandonado. El techo está hundido. En su lugar está la copa roja y amarilla de un árbol. Es hermoso y ruinoso al mismo tiempo. Más allá de la casa está el río. En el medio, entre la casa y el río, en un claro bien resguardado, hay un campamento. En el centro, una bandera.

No, no es una bandera. Es una esvástica.

Los soldados tienen las camisas desabrochadas. Están los que fuman, los que arrastran barriles, los que arreglan motores. Todos nosotros, los de la Villa, nos escondemos detrás de la casa de ladrillo rojo. Sentado, con la espalda y la cabeza apoyadas contra la pared. Los de Nonantola no entienden. Se quedan en sus bicicletas, se quedan y nos miran. Nosotros contra la pared, ellos en plena calle. Estamos en dos mundos diferentes.

No puedo evitar inclinarme sobre la casa, quiero ver qué está pasando.

Coches, motos, camiones. Desde una estufa sobre ruedas, un hombre saca comida y la distribuye. Un cocinero que reparte comida a las fuerzas del mal. Sin los cocineros, el mal moriría de hambre y el mundo volvería a la paz.

Hay una tienda de campaña marrón, sólo una. Doy por sentado que el jefe está dentro. En el suelo, cajas de madera esparcidas. Montada sobre un carro, todavía sujeta al coche, una ametralladora. Los rifles se colocan en el suelo, de pie. Ellos también descansan.

No son las armas las que más me asustan. Las armas simplemente matan. Es la esvástica lo que me asusta. Lo mismo que sentí durante los desfiles de moda en Berlín. Desde la ventana, mi padre señaló la esvástica y dijo: "Dudo quién necesita una bandera".

"¿Por qué, papá?"

«Porque detrás de cada bandera está el deseo de asustar, de enfrentar a unas contra otras. Sólo esta."

Sí, lo es. Él estaba en lo correcto. La esvástica siempre nos ha seguido. Ahora está aquí, cumpliendo con su deber y asustándonos. Espero que no haya banderas en Eretz Israel. Si realmente no podemos prescindir de él, espero que sea una tela blanca inútil.

Agnes también está protegida, no lejos de mí. La veo agitarse. Kuki, por otro lado, le indica a la gente de Nonantola que se aparten del camino.

«¡Vete, que te vean!»

Y si los ven, no tiene sentido que nos quedemos aquí, resguardados.

El que recibió el golpe en el tobillo mete la cabeza entre los hombros y extiende las manos. Dice: «Pero ellos son los aliados…».

El no sabe. Alberto, en cambio, algo debió haber oído decir. Sobre los nazis, sobre los judíos, sobre lo que pasa. Le da un empujón y le indica que se calle. Se pone el dedo índice delante de la boca y también se dirige a los demás. Ellos también se esconden junto con nosotros.

Alguien dice: "Tengo miedo". Es uno de los nuestros, eso es obvio. No veo quién es.

En cambio, veo las piernas de Agnes temblar bajo su falda. Podría hacerlo él mismo. Grita que no, él nunca haría eso. Preferiría meterse piedras en la boca. Si estuviera más cerca de mí, la abrazaría fuerte y le diría: “¡Shhh! ¡Vamos! Vamos, hagámoslo".

A Kuki le falta el aire, pero se esfuerza. Mira aquí y allá, busca una salida.

Alberto pone su oreja delante de la boca de su novia, o ella lo atrae

hacia ella. Ella habla en voz baja y él asiente, convencido. Él asiente con la cabeza.

La idea es simple, pero funciona. Los italianos salen a la luz y actúan como si nada hubiera pasado. Van hacia el río con los bastones y las cestas de mimbre. Pasan y saludan a los soldados. Se muestran amigables, piden permiso. "Iremos allí, ¿de acuerdo?" Y señalan el lugar, señalan las cañas de pescar. Son chicos de pueblo tranquilos. Sólo quieren pescar algo de pescado. Los alemanes responden: *«Billetes, bolardos»* . Nos doblamos y huimos silenciosamente en dirección opuesta, hacia la Villa. No sabemos cómo van las cosas detrás de nosotros, pero escuchamos risas. Están bien, eso es seguro. Los muchachos hablan con los soldados, la casa y la arboleda cubren nuestra retirada.

En cuanto ve la Villa, Agnes rompe a llorar. No busca consuelo. Él simplemente llora. Un grito sincero. Me preocupa lo que le diremos a Josko, que realmente se está volviendo loco. Jura en croata. No lo entiendo, pero sé que dice malas palabras, de lo contrario no usaría croata. Nuestro accidente es otra ocasión para un enfrentamiento con Umberto, el director.

"Esto es lo que pasa si no sigues las reglas que te di", grita el director.

«Esto es lo que sucede cuando decenas de reglas caen desde arriba, como te enseñó tu Mussolini», responde Josko.

Sus palabras desatan el infierno. El director se enoja. Josko tiene cara de quien ha tomado una decisión. Esta vez vamos hasta el final. Tienen sangre en los ojos y sus frentes están muy juntas. Sólo un poco y podrían llegar a las manos. Pero luego llega Cicibù, nuestra pacífica Amity. Da uno de sus discursos tranquilos y obliga a los dos a admitir que sí, las cosas podrían haber sido peores.

"Nadie resultó herido", dice. «Lo importante es esto. Es cierto, se arriesgaron, pero después de este susto se lo pensarán dos veces antes de hacer lo suyo". Real. Cicibu, cuando habla, siempre me convence también.

El director Umberto se marcha contento. Sí, así es: la próxima vez prestarán más atención a las reglas.

Pero Cicibù es también un hombre sabio, que no se deja llevar por los detalles. Él ve las profundidades de las cosas. Cuando el director está lo suficientemente lejos, se sienta y dice lo que realmente piensa. Lo que todos deberíamos haber notado por nosotros mismos.

«Hay un campamento alemán. ¿Bien? Un campamento de alemanes

hacia el río. No tan lejos."

"Sí."

"¿Y que pasa? ¿Por qué vinieron aquí?

Mira a Josko.

Josko vacía sus pulmones, es un respiro infinito, que hace que sus hombros se desplomen. Se acerca a Cicibù y le pone una mano en el brazo.

«Eres *dialéctico* », responde en italiano. "Alguien como tú puede salvarnos la vida".

No estoy seguro de si la frase tiene sentido, porque no sé qué significa "dialéctico". Quizás Josko tampoco lo sepa exactamente. Quizás suene como una palabra que conoces.

Pero es verdad: Cicibù nos es muy útil. Vimos a los soldados alemanes cerca, pero sólo sentimos miedo. No nos hicimos ninguna pregunta. Él, sin embargo, reflexionó: ¿por qué están en Nonantola? ¿Que quieren ellos?

La pregunta sigue conmigo. Me da vueltas en la cabeza durante días, también porque, durante días, Cicibù no aparece. Parece haberse desvanecido en el aire.

Algo debe haberle pasado. Algo malo. Aparece la esvástica y la gente desaparece inmediatamente. Sucede así, siempre, no puede ser casualidad. No puede ser que Josko no se haya dado cuenta, que tampoco haya pensado en ello. La ausencia de Cicibù no pasa desapercibida. Sí, decido preguntarle a Josko, pero no tengo tiempo porque reaparece Cicibù. De repente, tal como se había evaporado. Y no tiene cara de alguien que ha visto el infierno. Tiene cara de tonto, por cierto. Una sonrisa suave e incluso ligeramente distraída. Deambula entre las sillas como si nada hubiera pasado. Estamos en la mesa, debió haber comido en algún restaurante, como siempre.

Pasa y le da una palmada en la espalda a Boris. Casi se le escapa la corteza del pan. Pasa entre las mesas: le quita el tenedor de la boca a Herbert, le acerca el vaso a Gisela. Pone la servilleta debajo de mi barbilla. “Cuidado, te ensucias”, dice. Le da un beso en la mejilla a Sonja y ella se sonroja. Está alegre, más de lo habitual. No es posible ser más feliz que Cicibù, pero lo consigue. Se supera a sí mismo.

Bebía, creo. La cara de estúpido depende de ello.

La silla frente a Josko está libre. Él se sienta allí. Estoy de espaldas a mí y lo escucho hablar. Oigo todo, pero no veo nada.

"¿Bien entonces?" él pide.

"¿Así que lo que?"

“¿Puedo servirte un poco de agua?”

Debe haber estado bebiendo en el restaurante, está claro, pero no está borracho, no habla arrastrando las palabras. De hecho, se escapa. El vaso del vaso tintinea.

"¿Entonces?" Sigue siendo Cicibu.

"¿Pero entonces, qué?" Josko se ríe. Esta forma de hacer las cosas le resulta extraña y se ríe. Es extraño, porque Cicibù añade algo que suena gracioso en su boca. Suena a frase infantil: "Te diré una cosa, pero no se la cuentes a nadie".

Y luego hace un ruido con las manos. Como recoger migajas de la mesa, pero en realidad no se trata de eso, algo así. Es una arruga. E inmediatamente después de un planchado. La mano resbala y emite un sonido áspero. Schoky se levanta y va hacia ellos. Huele noticias. El quiere saber.

«Estaba comiendo en casa de Marta», dice Cicibù «y llega alguien. Alguien de fuera, de Roma, y los que al principio no lo sabían, al final lo entendieron bien, porque dijo esto: “ *Aripijateve, después de esta noticia. Aripijateve, ¡esta cosa está aquí desde hace años!* ”. Y en realidad sí, había una necesidad real. Para recuperarme, digo. Noticias que son una bomba. De Roma... Tienes que ir a Roma, Schoky. Puedes hacer buenos negocios con él."

"Está bien, lo pensaré".

"Buen chico. Sin embargo, él era de Roma, pero conocía a todos desde Marta y todos lo conocían a él. Al verlo, inmediatamente le preguntaron: “¿Qué hay de nuevo?”. Se nota que estaban acostumbrados a sus novedades. Se nota que fue informado. Noticias que sí, respondió, noticias efectivamente.»

Todavía escucho el ruido. La palma de la mano vuelve a deslizarse dos, tres veces. Entonces Cicibù comienza de nuevo y dice: «Se puso a llorar. Habló y lloró. Estaba emocionado, valía la pena verlo. ¡Oh, un hombre grande, un armario! Y lloró, lo que causó impresión. Porque dijo que lo había estado esperando durante veinte años. Y que si esperas algo durante veinte años, cuando llega no te atreves a creerlo. No puede ser, piensas. Veinte años. Dijo que acababa de parar a comer, pero que regresará a Roma. Para comprobarlo usted mismo. Para preguntarle a alguien del Partido. No especificó de qué partido, pero por lo que dijo después, ciertamente no era fascista. “Llamo al Palacio Venecia y quiero ver si *esa cosa todavía se abre para mí”* . Él lo dijo. Entonces pregunté, pregunté, pero nadie entendió nada. Y luego, hoy, mira, mira. Leer."

La voz de Cicibù se vuelve gomosa, se desgasta. Lo siento moverse en su silla. Está agitado y luego sopla en un pañuelo. Mientras tanto, Boris, Helene y también los demás, los adultos, se levantan alrededor de la mesa de Josko y Cicibù. Me giro para ver. Pasan una página de periódico. Ese ruido era periódico. Cicibù desliza la silla hacia atrás y se levanta, abrazando primero a Boris, luego a Helene y luego a todos los demás. Todos.

Tiene lágrimas en los ojos y asiente con la cabeza. No lo entiendo, pero incluso los que están de pie se sorprenden de lo que hace Cicibù. O lo que leen en el periódico. No lo sé. Cicibu se seca los ojos y abraza. Mientras tanto él dice: «Sí, sí, todo es verdad». Susurro. Incluso a los que no hacen preguntas: "Sí, sí, todo es verdad".

Uno de Split pregunta: "¿Pero entonces los alemanes volverán a Alemania?".

«Sí, sí, todo es verdad.»

Otro que no veo pregunta: "¿Es posible que Mussolini se deje dejar de lado?".

Cicibù se acerca a él y lo abraza. «Sí, sí, todo es verdad.»

“¿Es posible que no haga nada?”

Josko dice: «Vamos a la ciudad. ¿Qué estás diciendo? Quizás haya algo más".

Se ponen de pie. Cicibù seguía deambulando por la habitación, pero lo agarran y se lo llevan.

Yo también me levanto, los sigo. Entonces veo que dejaron el periódico sobre la mesa. El título es enorme: *la dimisión de Mussolini. Badoglio jefe de gobierno.* Abajo, pero siempre grande: *Una proclama del Soberano* . Aún más abajo: *El Rey toma el mando de las Fuerzas Armadas, Badoglio a los italianos: «Que se cierren filas en torno a Su Majestad, imagen viva de la Patria»* .

El tono es triunfal, luego todo se derrumba. Yo también salgo, siguiendo a los demás.

Hay gente en la plaza. Todo el país. También está Moreali, el médico. Tiene ojos rojos y una risa emocionada. No bebía, como tampoco bebía Cicibù, ahora está claro. Sin embargo, parecen borrachos, Moreali, Cicibù, cualquiera que pase por allí. Todos. Hay una fiesta. La gente habla de un sueño. O el final de una pesadilla. Todo es más claro. Inmediatamente después de una pesadilla, se siente como si estuviera viendo cosas por primera vez. Nos tambaleamos de emoción, como borrachos, de hecho, nos abruman las cosas nuevas. Los detalles nunca han sido tan importantes, tan evidentes.

El vuelo lento de las luciérnagas, tres briznas bajas de hierba, un soplo de viento que viene del Panaro, el olor del barro que arrastra, la veta de los ladrillos de las casas, la voz de una anciana, el portazo para salir. , las luciérnagas, de nuevo, porque no hay fiesta de pueblo sin luces y música. Música, sí, también hay música, y es el zumbido que siento ahora, armonioso, compacto.

Así es como es. Nada parece tan real como cuando los sueños se hacen realidad.

“He estado esperando este momento durante veinte años”, dice uno. Las palabras son las mismas que las de Roma, pero la voz es de aquí, del llano.

«Imagínese… si el pobre Zoboli todavía estuviera allí.»

Cicibù se acerca a Leonardi, lo abraza y él responde balanceándolo. Parecen viejos amigos o padre e hijo. El abrazo del primer día de clases.

Alberto también está ahí. Está agitado, me llama entre la multitud, pero es la chica quien lo arrastra hacia mí. No sé su nombre, pero me abrazan, los dos juntos, como si hubiéramos sido amigos desde siempre.

"¡Se acabó! ¿Entendiste lo que pasó? Se acabó", afirma.

Y añade: "Ahora eres libre".

Él le rodea el cuello con el brazo y la presiona contra él, mejilla con mejilla. «Es verdad, eres libre, por fin.»

Dicen exactamente así, primero uno y luego el otro: “eres libre”, pero yo ya no sé lo que significa ser libre. No soy libre de regresar. Y ni siquiera soy libre de irme. Si fuera realmente libre, me llevaría a los chicos de Villa conmigo. En mi casa. Llevaría a Josko a comer a mi casa y a Boris también. Mi madre estaría feliz con mis nuevos amigos. “Eres un buen chico”, decía mi padre. "Te mereces personas especiales que te amen". Y Sami nos haría reír con su daño. A Sonja, en cambio, le presentaría al tío Hermann. Tiene frases que sanan el alma. Sonja también se merece una persona como el tío Hermann. Haría esto y más si fuera verdaderamente libre.

El doctor Moreali está cerca. Nos oye hablar. Para quien es cirujano, la comparación es fácil de hacer. «Incluso si cierras un corte», dice, «la infección permanece. No desaparece. De lo contrario. Si no lo ves, es aún más peligroso".

Pone una mano en el hombro de Alberto y advierte: «Se necesita paciencia. Mucha paciencia. Todavía hay guerra y hay alemanes por aquí. Y pueden hacer el bien o el mal, especialmente ahora que ya no

sabemos quién está a cargo. Ten cuidado, podría ser peor de lo que está".

También llega don Arrigo, llega y llena la plaza, como en casa, pero aquí impresiona más. La plaza aquí es grande. Está lleno de gente, pero sólo puedes verlo a él. Saluda a todos y todos lo saludan. Cuando viene hacia nosotros, el médico le pregunta qué piensa y el sacerdote es de la misma opinión.

«Si antes estábamos en mal estado», afirma, «ahora ni siquiera sabemos cómo estamos en ello. Quizás peor. Pero no me hagas aguafiestas, ¿eh? Que hoy no es un buen día. Mira la celebración aquí. Es la mitad de la víspera de Año Nuevo..."

Es verdad. Es una fiesta como no la habíamos visto en mucho tiempo, pero el sacerdote tiene que ser el aguafiestas de todos modos. Hay un retrato de Mussolini para quemar y tres chicos se pelean por él. Se hacen notar y eso no es bueno, todavía no. Don Arrigo va a hablar con ellos: «Hay que tener prudencia», dice, y cambian de opinión. No están contentos, pero cambian de opinión.

Tienen razón. Don Arrigo y el doctor tienen razón. La infección está cosida por dentro, pero poco a poco encuentra la manera de salir y hacerse sentir. La infección es aún más peligrosa.

Nos damos cuenta inmediatamente, solo son unos días. Miramos por la ventana y nos damos cuenta.

Un trabajador sube una escalera con un martillo y un cincel. Media mañana de trabajo y baja los bultos de la fachada del colegio. Mussolini los había puesto ahí, los derriba. Estamos cerca, lo vemos martillar, pero no escuchamos ningún ruido de aquí. Ni siquiera un tiro.

Las piezas caen en silencio. Como cuerpos cuando ya no son necesarios. Incluso los organismos más importantes, incluso los de arriba.

Sin embargo, algunos habitantes de Nonantola vienen a la Villa y continúan diciendo: «Ya está, vamos, se acabó. Empezamos desde cero. Todo estará bien". No ven lo que está pasando.

No ven que el viento aleja el polvo blanco de la pared de la escuela.

Llega un segundo albañil y carga las piedras en un carro. Queda un dibujo vacío de los símbolos de Mussolini. El contorno de un fantasma. Ahora, en la puerta de la escuela, vuela la esvástica.

Debajo de la bandera veo pasar a alguien que se parece a Alberto. Un coche se detiene delante de él y de él baja una chica con un sombrero ridículo. Él la saluda y le da un beso. La niña no es la misma

de siempre. Es otro, más urbano, elegante. Y rígido. El auto arranca de nuevo, él la toma del brazo y conversan un rato. Suben juntos las escaleras, ella saluda al oficial que está en la puerta y entra. Se queda afuera con el oficial, saca una caja del bolsillo y le ofrece un cigarrillo. Ambos hacen rebotar el cigarrillo en el dorso de la mano para compactar el tabaco, luego ríen y fuman. En cierto momento, el alto apunta hacia nosotros. Es un gesto lento y calibrado. Casi apunta. Dos dedos y un cigarrillo de por medio. Si no fuera por el cigarrillo, sería una imitación de una pistola.

No es Alberto, eso es obvio. Y el otro.

Josko está preocupado. Permanecer en silencio. Responde las preguntas a medida que surgen. Él tranquiliza, lo intenta, pero no lo consigue. Aunque quisiera, no podría hacer más. No hay respuestas. No sabemos quién está a cargo. Pero sabemos de dónde viene el peligro.

Josko nos pasa una convocatoria para una reunión y viene a buscarnos uno por uno. Él quiere a todos. A diferencia de lo habitual, no hay lugar para el debate. Él es quien da instrucciones. «No pases por delante de la escuela», dice, «quédate en la Villa. Quién tiene que irse: en silencio. No dejas claro quién eres y de dónde vienes. Y en fin, nada de viajes inútiles, nada de país por unos días. Necesitamos entender bien lo que está pasando. ¿Quién está de acuerdo?"

Todos.

La escuela frente a la Villa es un punto de recogida. Cada día hay tráfico de soldados alemanes enfermos. Hay guardias y controles. Nadie se atreve a salir sin motivo alguno.

Sonja dice en voz baja: "Nunca nos desharemos de él". Está desesperada, incluso si el tono es distante. «Nosotros damos un paso, ellos dan un paso».

"Sí, nos vamos a deshacer de él". Helene coloca la palma de su mano en la espalda y se frota con fuerza. Así se hace con los niños. Para ahuyentar los malos pensamientos. «Ya verás, sólo hay que tener cuidado y cuando llegue el momento nos iremos. Lo haremos."

"¿Lo haremos?" pregunta alguien que no conozco, alguien de Split. ¿Está más desesperado que Sonja o simplemente está más enojado? «¿Pero no ves dónde estamos? ¿Pero adónde quieres ir? ¿Eh? El pueblo es pequeño, está lleno de esos. Ellos controlan todo. Entradas y salidas. Y somos muchos. Si nos movemos, nos atraparán. Quédate aquí en la Villa, dices. Pero ellos saben dónde estamos, ¿verdad? Y saben muy bien que somos judíos. Vendrán a buscarnos. Y lo harán

cuando estén listos. Ellos deciden cuándo. Siempre lo han hecho así. No tienen motivos para apresurarse. Estamos atrapados de todos modos. ¿O no?"

Josko no pierdas el optimismo, no ahora. Todos lo necesitamos. De hecho, repite las palabras de Helene: «Hay que tener cuidado, pero nos iremos. Es una promesa".

Incluso ahora, ante lo imposible, si Josko lo dice, parece verdad.

Mientras tanto, quien se fue es el director Umberto. Oficialmente está de vacaciones, pero nos dejó aquí, la verdad es esta. Entendió que la situación es desesperada. O simplemente se cansó de hablar al espacio. De dar órdenes que nadie respeta. Sin embargo, ya no está aquí y por eso Josko vuelve a hacer lo suyo.

Nos volvemos a encontrar, justo antes de irnos a dormir, porque tenemos que decidir qué hacer. «Mañana es 7 de septiembre», dice Josko, «hay una reunión del D ELASEM en Módena. Voy." Explica: «Tengo que convencerles de que tenemos que irnos de aquí. Tenemos que organizar la salida. Hacia el sur, hacia los americanos. Están regresando a Italia. Es el momento adecuado: vamos a su encuentro, superamos el frente y estamos a salvo".

Boris no entiende por qué tiene que pasar por DELASEM . "Vámonos", dice, pero Josko no está de acuerdo.

«Corremos el riesgo de acabar en medio de los combates, los necesitamos. Necesitamos convencerlos de que cuenten lo que saben. Entonces sí, del resto nos encargamos nosotros. Nos organizamos. ¿Quién está de acuerdo?" Todos.

Josko evitó la premisa. Nunca lo haría, nunca antepondría el miedo a la solución. Y la premisa es que ya no podemos quedarnos aquí en Nonantola.

Hay cisternas y camiones, en columna. Todavía están lejos, pero se están moviendo. Aquí, en la llanura, con todo el campo alrededor, se siente. Especialmente por la noche. Se oye el hierro aplastando las piedras. La rueda dentada que mueve el engranaje. El crujido de la puerta. El cinturón que no aguanta. Los soldados alegres, el suspiro de la melancolía. La punta del bolígrafo rayando la postal.

Podemos oír todo y el ruido nos mantiene despiertos. Cada noche está más cerca. Cada noche un metro. Quizás más.

Calcula cuánto tiempo le tomará a la columna de nuestro glorioso ejército completar el camino que falta. Es la voz de la señora Meyer. Dictar el texto del problema. Me quedo ahí con el lápiz en la boca, mirándola a ella, al pizarrón, a la nuca de mis compañeros que ya

están listos con los cálculos. No soy. No estoy listo todavía.

Desde Módena hacen saber que no es necesaria la presencia de Josko. “No te preocupes”, responden. "Las cosas estan yendo bien. Mussolini se ha ido y pronto el nuevo gobierno eliminará las leyes sobre defensa de la raza. No hay necesidad de alarmarse. Tener fe."

Eso dicen, pero están sordos.

No sienten que la columna se mueve. El hierro, los crujidos, el parloteo, los suspiros, la pluma, nada. Ellos no entienden. Nuestra única arma es escapar y escapar no es una cuestión de velocidad, sino de anticipación.

Lo sé, porque siempre corro, incluso ahora que estoy quieto. He estado corriendo desde que nací.

Todo el que pasa me dice qué hacer.

“Toma esto”, dice uno.

"No, olvídalo, no sirve de nada, toma esto", dice otro.

Hay confusión, parecemos hormigas locas y se acerca la tormenta. Cuando sienten que llega la lluvia, las hormigas refuerzan la entrada a su madriguera. Mueven montañas de tierra, acumulan defensas. Lo mismo que nosotros: movemos objetos, intercambiamos señales con antenas. Nos movemos. Incluso si hay una dirección, no la sabrías desde fuera. Desde fuera parecemos hormigas locas.

El ruido es ensordecedor: han llegado. Una columna de camiones y vehículos blindados. Los vemos desfilar desde las ventanas de la Villa. Schoky grita y hace que los que se detienen a mirar retomen su trabajo. A los que quedan atónitos.

Pero tenemos una dirección: vamos de arriba hacia abajo. Vaciamos el archivo del ático y lo desmontamos, especialmente éste. El archivo contiene los nombres de los refugiados, los judíos a quienes ayudamos. El archivo era su supervivencia, podría ser su fin. Tiene que desaparecer.

Luego está el almacén. ¿Qué pasará con el almacén? Tendremos que pensar en eso también, pero más tarde. Primero el archivo.

Bajo las escaleras, tengo una canasta de cartas en la mano. Josko tiene prisa, casi me abruma. También están Boris y Cicibù, también tienen la cara oscura, como Josko. "Ven, tenemos que volver al médico", dice. Y los sigo.

Desde Moreali entiendo que hay que tomar una decisión. Entre tantas malas posibilidades, no necesariamente hay una buena: por eso estamos aquí. Josko, Boris y Cicibù esperan que el médico tenga otra

idea. La solución que no se les ocurre. Pero él también está confundido.

"El rey ha escapado", dice.

“¿Qué quieres decir con que escapó?” pregunta Cicibù, pero sabe bien lo que significa. Lo que sí sé, sin embargo, es que si el rey abandona, la partida termina. Y debería comenzar otro, completamente diferente.

“Vio que las cosas estaban mal”, dice Moreali. «Y pasó con los que están ganando la guerra. Con los americanos. No le importó, nos dejó en manos de los alemanes..."

«Estamos metidos en una mierda» dice Cicibù.

Bueno, creo que ahora sabemos quién está a cargo. Es como estar de nuevo en Berlín. Un largo camino para encontrarnos donde estábamos. Nosotros damos un paso, ellos dan un paso. Sonja tiene razón: nunca nos desharemos de él.

El médico asiente con la cabeza, está de acuerdo con Cicibù. Nosotros también estamos metidos en una mierda por él. Pero es un gesto involuntario e inmediato. Contra su propia voluntad. Si estuviera concentrado diría lo contrario. Él decía: “No, vamos, espera. Esto aún no ha terminado". Y de hecho lo dice. Se recupera y dice: «Te echamos una mano, no te preocupes. Pero tenemos que movernos".

Tiene su chaqueta en la mano, está listo para salir y no puedo evitar pensar en cómo lo dijo. Les daremos una mano, dijo. Nosotros. No es sólo él, hay muchos. Quizás estén todos, y también el cura. Acudimos a él, al sacerdote que ya está informado y también sabe con certeza que sucederán cosas malas.

"¿Que estamos haciendo?" pregunta el médico.

«Se necesitan dos cosas» dice Don Arrigo.

El primero son los documentos de identidad, pero los correctos. Ni un trozo de papel con escritura *hebrea* al lado de *la raza* . «Una tarjeta así, si te la revisan, es un arma apuntándote. Necesita documentos nuevos y limpios”.

Sobre cómo hacerlo, tanto Don Arrigo como Moreali dan instrucciones precisas y Josko las hace repetir dos veces, para asegurarse de haber entendido. Al día siguiente encontramos nuestros documentos de identidad en orden alfabético sobre la mesa del comedor.

"¿Cómo hiciste eso?" pregunta Helene, que no estaba en casa de Don Arrigo.

Josko cuenta. «El empleado del registro civil intentó crear

problemas, pero don Arrigo lo había previsto. Él lo conoce".

"No se puede", fue la primera respuesta del empleado.

"¿Qué quieres decir con que no se puede hacer?"

«Eh, ¿qué significa eso... No se puede hacer significa que no se puede hacer? Es sólo que eres judío, ¿verdad? Si eres judío no puedes borrar esto. No sé si me entiende."

"Lo entiendo, lo entiendo", respondió Josko, pero luego Don Arrigo lo acompañó ante el alcalde, Ettore Rizzi, su nombre es, y su nombre tampoco será olvidado jamás. El alcalde se paró frente al empleado y le dijo: «Asumo toda la responsabilidad. Y si no estás de acuerdo, los alemanes están ahí, adelante, infórmamelo. A mí, a don Arrigo y a todo el país, si lo considera necesario."

Todo el país : el alcalde dio a entender que tenía miles de personas detrás de él y el empleado se puso rojo. Tartamudeó avergonzado. No necesitaba nada más: sólo alguien que corriera el riesgo por él. Se puso las gafas y las mangas de la camisa y empezó a patear. Así fue.

Schoky llega y saca al azar un documento de identidad. "Es perfecto", dice. "Parece real".

«Es verdad», responde Josko. "Estos son los falsos". Y saca otro paquete de cédulas de identidad. Está a punto de explicar para qué necesitamos dos documentos de identidad, pero Herbert pregunta: «¿Entonces estamos bien? ¿Estamos a salvo?".

“No”, dice Josko. "Aún no."

Herbert está a punto de decir algo, pero Josko lo detiene.

"Pero nos iremos pronto, sólo piensa en eso".

Intenta darle una sonrisa. Le gustaría esforzarse, pero esta vez no funciona. No hay ninguna certeza. No para mí. Josko se queda un poco más, habla con Herbert, que está más agitado que de costumbre y lo lleva a dar una vuelta. Cuando regresan, Herbert está más tranquilo y bromea con Kurt. Entonces veo a Josko coger su chaqueta y salir. Veo la puerta cerrarse detrás de él. Estoy tentada a decirle adiós. Siento que esta es la última vez. No habrá otro. La forma en que la oscuridad lo lleva es demasiado lenta, la cerradura cierra demasiado silenciosamente. Debería decirle adiós ahora.

Lo es. Tengo un libro conmigo, pero no leo.

Tomo un vaso de agua, pero no bebo.

Miro por la ventana y espero.

Desde lejos me parece oír la voz del tío Hermann.

«Ante un desastre, nuestro querido maestro iba al bosque, encendía un fuego, recitaba una oración y se cumplía el milagro: el desastre no

sobrevenía.

Después de él, su discípulo también fue al mismo bosque y dijo: *Señor del universo, no sé encender fuego, pero aún soy capaz de recitar la oración.* E incluso en ese caso, el milagro se cumplió.

Después de él, fue el turno de su discípulo: *no sé cómo encender el fuego, no sé la oración, pero aún puedo localizar el lugar y eso debería ser suficiente.* Y de hecho fue suficiente.

Hasta el último de los Reyes Magos que, sentado en su sillón, con la cabeza entre las manos, dijo: *No soy capaz de encender un fuego, no sé la oración, ni siquiera soy capaz de encontrar el lugar exacto en el bosque. . Lo único que sé hacer es contar esta historia. Espero que sea suficiente* .

Y eso fue todo."

Eso es suficiente.

Josko regresó y trajo consigo la segunda idea de don Arrigo. La segunda idea de Don Arrigo es esconderse. Puede parecer sencillo, pero sencillo no lo es. No en Nonantola, no en un pueblo tan pequeño.

Tenemos que darnos prisa. Saben dónde encontrarnos y es cuestión de días. Pocos, entonces vendrán a buscarnos.

Algunos de nosotros abandonaremos la Villa inmediatamente, hay una lista. Estoy en esto.

«¿Y qué harán los demás?» Pregunto.

Esperarán su turno. Cerca de. Es hora de buscar otro alojamiento. Donde vamos no hay lugar para todos. A donde vamos es al seminario de la abadía.

Nos sumergimos en la oscuridad. Caminamos a lo largo de las paredes. También están con nosotros Don Arrigo y el Doctor Moreali. Siempre están ahí. Se ponen al frente y abren el camino. Pasamos por delante del colegio, desfilamos bajo la bandera. Las banderas dan miedo, más aún de noche. Porque a las banderas no les importa, no les interesa saber quién eres. Sólo hay que ondear las banderas.

Contengamos la respiración. No hay guardias, pero de todos modos contenemos la respiración. Por las banderas. Todos, incluso aquellos que nunca antes le han tenido miedo.

Aquí vamos. Don Arrigo toca a la puerta.

"¿Quién es?" ellos preguntan.

“Somos nosotros”, responde. No nos dice quién, señal de que nos están esperando.

Entramos, desfilamos delante de un hombre. Josko dice: «Gracias monseñor Pelati». Dice ese nombre y lo memorizo, para que no se olvide.

«Ya, ya», responde monseñor.

Las gracias no son necesarias, ese es el punto. Y no hay tiempo que perder.

Luego dice también: "Cuidado, los seminaristas están durmiendo a esta hora".

Pasamos delante de dos monjas. Uno tan viejo como el mundo, otro más joven y de cara redonda. El mayor sonríe, el menor no. La más joven tiene los brazos cerrados delante del pecho, encima del crucifijo. Monseñor se da cuenta de algo que sabe y le hace un gesto con la mano. Matar una mosca o una perplejidad.

"¿Lo que sucede?" pregunta Josko.

«Nada, nada» responde Don Arrigo.

Josko no está satisfecho. Quizás entendió y preguntó: "¿Hay algún problema?".

«Pero no... ya sabes... de las chicas del seminario... hay quienes las molestan.»

Pero monseñor encuentra una solución: los varones arriba, con los seminaristas. Las hembras en otro lugar, con las monjas.

Es una buena solución, aunque ahora seamos aún menos. Y pocos tienen más miedo.

Don Arrigo se disculpa. "Solo tenemos bancos para esta noche". Él dice esto, nos mantiene a salvo y se preocupa si nos sentimos incómodos.

Hay un crucifijo en la habitación donde dormimos. Nunca me acostumbré a esa mirada sufriente, a ver los ojos de un moribundo.

Pienso en don Arrigo. Me digo a mí mismo que la santidad está en los hombres y no es necesario consultar las palabras de los sabios. Simplemente acepta la comparación que nos hace sentir pequeños y lo verás. Aquí, a nuestro alrededor.

Te extraño, tío Hermann. Extraño tus respuestas a estos pensamientos que antes no tenía.

Don Arrigo pasa a repartir las mantas y yo me acuesto. Josko también pasa. Comprueba que todo está bien. Me encuentra despierta. Él lo nota, porque una luz amarilla entra por la ventana y me ilumina más que los demás.

"Será mejor que duermas, *dreidel* ", dice. "El mañana será difícil".

Siento una oleada por dentro que me despierta por completo.

Le pregunto: "¿Cómo sabes que me llamaron así?"

«Porque hablas en sueños. Y además, peonza es un bonito apodo. Adecuado para ti."

Él no me ve convencido y no lo estoy. No puede saber que obligué a mi tío a mostrarme los alrededores. No podría haber dicho eso también.

Se sienta en el banco a mi lado. Afuera, la luna desaparece detrás de una nube pasajera.

Explica: «Nunca te quedas quieto, ni siquiera con tus pensamientos. Yo también era así a tu edad. Y no es fácil, lo sé."

Estoy huyendo, diría yo, como tú ahora. Mis pensamientos son tuyos. Tampoco puedes dormir.

«Tenemos suerte, Natan. Don Arrigo nos está ayudando.»

"¿Si, pero por qué? ¿Por qué lo hace? ¿Tú qué sacas de esto?"

"Nada. ¿Pero has notado que una pierna es más corta que la otra? Él cojea. Siempre parece estar a punto de caer."

"Sí, lo noté."

«He aquí, dice que ha encontrado una manera de engañar al diablo. El diablo no sabe todo lo que hace Don Arrigo, porque se cree débil. Y en cambio, un pedacito a la vez..."

"No parece un clérigo".

«No se lo digas. Para él luchar y rezar son lo mismo. Siempre hay que lidiar con el diablo. ¿Puedes culparlo?"

"No."

"Bien, entonces duerme".

"Una pregunta."

"El último, luego duerme".

«Las cédulas de identidad, las falsas…»

«Sí, esos. Siempre es su idea. Montó una imprenta clandestina. Dijo que las tarjetas con nombres italianos podrían sernos útiles si la situación empeora. Veremos."

"¿Cómo le fue?"

"¿Hacer que?"

«Con la imprenta. ¿Cómo lo hizo?"

«Otro de sus trucos al diablo. Un empleado del registro civil le entregó los papeles en blanco. Contrató a un artesano. ¿Eres curioso?"

"Sí."

«Hizo un sello seco, pero de un pueblo lejano. Larino, así se llama. Hay estadounidenses allí y nadie puede controlarlos. Él ha pensado en todos ellos y así que puedes estar tranquilo. Ahora vete a dormir que se hace tarde."

"¿Cuáles son sus nombres?"

"¿OMS?"

"Estos dos que ayudaron al sacerdote".

"Dormir."

"¿Usted no sabe?"

«Sí, lo sé, pero ¿por qué te importa…»

«Tengo que recordarlos todos, los nombres. Me los estoy aprendiendo de memoria."

La luna ya ha vuelto. Su luz hace que los ojos de Josko brillen más. Si no lo conociera, diría que está emocionado.

«El empleado se llama Bruno Lazzari. El nombre del hombre que trabajó en el sello es Primo Apparuti. ¿Estas bien?"

"Sí, lo digo.

"Bien."

"Gracias."

"Dormir."

Yo duermo.

En los bancos del seminario dormimos unas horas. No pudimos hacer más y además hay mucho que organizar.

En el segundo piso encontramos una mesa, dos sillas y dos taburetes. Necesitamos un mapa de la zona, pero no encontramos ninguno. Josko le pide al médico que le consiga uno. Moreali llega con una gran hoja de papel blanca.

"Si el mapa no está ahí, lo construiremos", dice. Realice un seguimiento de calles y casas solas o en bloques, cuando estén cerca. Él los conoce a todos y sabe quién vive dentro de ellos. Él sabe en quién se puede confiar.

Escribe los nombres de las familias y junto a ellos los de los niños que acogen. Los nombres de los niños están escritos con un lápiz claro. Basta la visita de un extraño, cualquier contratiempo y el refugio se incendia. Necesitamos encontrar otro.

Ernesto Leonardi deja dormir a algunos de nuestros muchachos en el granero, granero y sótano.

Giovanni Raimondi en el establo.

Bruno Serafini recibió a Arnold y lo hizo de buen grado. Él ya lo conocía. Hace unas semanas, Arnold ayudó con la cosecha y se hizo muy querido. Arnoldo típico.

Romolo Casari llevó un grupo numeroso. No sabemos cómo instaló a los niños. Josko escribió los nombres alrededor del dibujo de la casa porque ya no cabían dentro. El rectángulo, sobre el papel, no es ni siquiera pequeño.

Odoardo Borsari recibe a Siegfried. Es amigo de tu hijo. Se encontraron aquí en la Villa. No recuerdo si él también estuvo en el partido de fútbol. Ahora que las cosas han salido como están, los Borsari quieren echar una mano.

María Buzzi arregló a Mala Braun.

El comerciante Sante Zoboli se llevó a Hildegard Steinhardt.

El otro Sante Zoboli, el carpintero, esconde a Boris. Ambos lo pasaron mal porque los soldados de la *Feldgendarmerie* entraron en la tienda y los interrogaron. No fue el único control ocurrido en los últimos días, solo uno de muchos. Boris hizo gala de un simpático italiano, los engañó. Cogió un porro de cola de milano y con cara de fastidio dijo: «Ay, interrumpiendo a la gente que trabaja...». Tiró el porro sobre el mostrador y se fueron.

Franco Zoboli es estudiante y quiere ser químico. Como no tiene casa propia, pidió a sus padres que salvaran a Edgar Ascher. Es un

amigo, eso es todo lo que dijo.

Bunika Altaras, Sarina Brodski y la pequeña Sida Levi están en Emilia Sitti Piccinini, una cestera que conocemos bien. A menudo venía a nosotros para enseñarles a trabajar a las niñas. Tal como es, se habría mudado de todos modos, incluso si fuera extraño, pero con las chicas ya existía un vínculo.

Marcellina Nascimbeni Guerzoni, la estanco, arriesgó mucho. Puso a Jakob y a Manfred en el ático, justo en la calle principal de la ciudad. Entonces, las dos o tres veces que salieron, los chicos estaban bajo la mirada de los transeúntes. También se encontraron con soldados y tuvieron que entrar por la única puerta abierta. Por suerte, abierto, sino hubiera acabado mal.

Aristide Barani, albañil, en cambio, ha cedido un gran edificio en la carretera de Módena, un lugar tranquilo. Si los nazis van a buscarlos allí, será por un soplo. No hay otras posibilidades. De lo contrario, no los encontrarán con seguridad.

Erio Tosatti es quien instaló el taller de carpintería en la Villa y nos enseñó el oficio. Ahora recibe a Ruth Drucker y Susanne Elster en su apartamento. Las niñas duermen en la cama con su abuela, que es muy mayor. Antes de que llegaran las niñas, ni siquiera gozaba de buena salud. El doctor Moreali dice que todo se acabó con la anciana. Ganó diez años de vida y ahora incluso puede volver a bailar la polca.

El suegro de Erio Tosatti se llama Mauro Pignatti y él también ha acogido a algunos niños haciéndose pasar por trabajadores. La policía militar también se detuvo ante él, como por Sante Zoboli y muchos otros, para realizar controles.

“Estamos buscando a los judíos”, dijeron.

“Pero ¿qué quieres que me hagan los judíos?”, respondió.

Miro el mapa y entiendo que no podré hacer lo que tengo que hacer. No podré recordar los nombres de todos. Hay demasiados y no son sólo estos: hay quienes saben, pero callan, hay quienes ayudan a los que ayudan y muchos que se ocupan de otras cosas. De comida, por ejemplo.

Para la gente del país y para los agricultores, la comida es un problema. Siempre lo ha sido, pero más con la guerra. Sin embargo, aquellos que pueden hacer lo que tienen disponible. Desde que estamos aquí, en Nonantola, nadie se ha contenido. Si lo había, los demás se interponían en el camino, antes de que nos diéramos cuenta, y lo arreglaban. Taparon los agujeros.

Por eso, desde el principio me he preguntado: ¿por qué? ¿Por qué

hacerlo, por qué arriesgarse? Ahora estoy cerca de la respuesta. Ahora sé a quién preguntar.

Llamo y don Arrigo me deja entrar. No está sorprendido. Si lo pillo por sorpresa no lo demuestra.

"Esa no es la pregunta correcta", dice. «No es *porque* . La verdadera pregunta es: ¿ *cuándo* ?

«Un hombre llama a tu puerta, afuera está lloviendo. No tiene otro refugio. Él te explica lo que le pasó. Algo serio. Ahora está ahí, frente a ti, ahora conoces su historia. ¿Sigue siendo un extraño? Al principio se presenta y sí, claro, nunca lo has visto antes y lo miras con recelo. Podría ser cualquiera, cualquier cosa. Una puesta en escena. Llamó a tu puerta, como tú lo hiciste conmigo hace un momento. Puede que tenga malas intenciones. Ya sabes, escuchas sobre casos. Luego, poco a poco, tendrás que decidirte, porque su historia podría ser la tuya. No hay ninguna razón por la que no debería ser así. No hay razón para que no lo sea en el futuro. La única diferencia entre tú y él es el azar. Fue la casualidad la que puso a uno adentro, seco, y al otro afuera, bajo la lluvia. Y luego, si no te hubiera contado su historia, quién sabe, tal vez hubiera sido más fácil. Pero ahora ese ya no es el caso. Ahora ya sabes cómo te fue. Y tienes que decidir.

«Lo mismo pasó con la gente del pueblo. Te conocieron. Al principio, es posible que algunos te hayan mirado con recelo. No me lo dijeron, nunca me lo dicen. Saben que es pecado. Y luego me enojo.

«Pero incluso si hubiera sucedido, debieron haberlo pensado mejor. Porque nos conocimos, eso es todo. No tiene nada que ver con ser judío o no serlo. Conócete, conócete a ti mismo, sálvate a ti mismo. Tú, nosotros, todos juntos. Imagínense si no hubiésemos hecho nada. Imagínate si te hubiéramos visto partir, hacia quién sabe hacia dónde. Habrías dejado tus huellas, ¿sabes? No creas que las huellas en las carreteras son invisibles. Ellos vuelven. ¿Qué habría sido de nosotros entonces? ¿Podríamos haber seguido caminando por el mismo camino? ¿Evitar las huellas dactilares? Quizás algunos lo hagan. Los que nunca te han hablado, quizás, los que se han encerrado en casa. ¿Quién no os ha visto reír fuera de la cafetería o discutir por una partida de cartas que acabó mal? Bueno, podrían haber fingido que no pasó nada.

«Pero ya ves que la pregunta correcta es: ¿cuándo? ¿Cuándo dejas de ser desconocido? ¿Después de un paseo? ¿Después de una partida de cartas? ¿Después de una risa? ¿Cuando?"

Don Arrigo mira su reloj y se ríe. "Por una vez que vengas aquí a

verme, te clavaré un sermón". Y se disculpa, pero se ríe de nuevo.

De hecho, le agradezco y prometo volver a verlo.

"Pero tengo que irme", digo. "Hay algo de descarga que hacer".

No es una excusa, pero el hecho de que lo diga ya es sospechoso.

Me saluda. "Dile a Josko que iré a ayudarte más tarde".

Dos de los nuestros regresaron a Villa Emma y se llevaron los sacos de harina con el carro. Por eso necesitas descargarlo. No ha pasado mucho tiempo desde que cosechamos, Leonardi nos ayudó y el trigo todavía está ahí. En la calle se encontraron con unos soldados y lo pasaron mal. Los soldados estuvieron a punto de bloquearlos, o eso les pareció, porque uno levantó una mano. Los chicos estaban a punto de detenerse, pero entonces notaron que dos chicas llegaban al otro lado de la acera, en dirección opuesta. Los saludaron, eso hicieron los soldados. Las chicas caminaron derechas. Un poco más y nuestros muchachos recibirían una paliza.

Las monjas nos enseñan a amasar con harina. Verlos parece fácil, porque sus gestos son automáticos, precisos. El resultado es seguro. Entonces depende de nosotros y entonces nada se da por sentado. Sin embargo, cuando la harina sube, somos testigos del origen del milagro. Entiendo el porqué del pan, de la creación que hay en su interior.

Por la mañana, Jakov hace su ronda de entregas. Viene a la casa más alejada para dejar nuestro trabajo. Tiene cabello negro y tez oscura, parece de aquí. Sabe silbar una canción italiana y si las cosas se ponen mal, incluso canta: «Ven, hay un camino en el bosque, sé su nombre, ¿quieres saberlo...?». Él tiene una voz hermosa. Suena como una voz italiana.

Estamos esperando saber qué hacer. Por ahora nos hemos instalado así, entre el seminario, el pueblo y el campo circundante. Estamos separados, pero cerca.

Al principio el seminario parecía el lugar más seguro. Entonces nos damos cuenta de que desde el patio podemos ver las ventanas del ayuntamiento. Si vemos las ventanas, ellos nos ven desde las ventanas. No hace falta ser un genio para descubrirlo. En una de las ventanas reconocemos la silueta de un oficial alemán. Él se queda allí y nos mira.

Antes de que sospeche, Don Arrigo le regala una sotana a Josko porque es demasiado mayor para ser seminarista. Nos burlamos de él y le llamamos Don Josef. A él no le importa. Él sigue el juego.

"Es cómodo", dice. "No esperaba eso de una falda".

Nos están buscando, ahora lo sabemos con seguridad.

Un equipo de las SS también llegó al pueblo. Hicieron preguntas sobre nosotros. Nadie dijo nada, todos guardaron silencio, de lo contrario no se habrían ido. Pero volverán, de eso puedes estar seguro.

La noticia llega junto con las SS. Estas son noticias de frío y de fuego.

La escarcha desciende de Alemania.

Schoky evitó decírselo a los demás, sólo habló con Boris, Josko y Helene. Los vi entrar a la sala de decisiones. Piso superior. Ellos se sentaron. Schoky habló y los demás palidecieron. Los vi. Boris se sentó y se llevó las manos a la cabeza. Josko y Helene se abrazaron. Ellos lloraron. Helene, pero también Josko.

Escuché algunas palabras. Masacre. El exterminio también. No recuerdo más. Si había algo más lo borré.

La noticia del incendio, en cambio, procede de Bolonia.

Bombardearon la ciudad. Leo y otros sintieron curiosidad y fueron a ver, en bicicleta. Regresaron sin aliento, pero no de correr.

"Estamos haciendo todo mal", dijo Leo.

«Quedarse así quieto te pone en mayor riesgo. Si las SS no vienen a buscarnos, estos otros nos bombardearán".

"Y luego está la fábrica de latas", dice Kurt. «Podría ser un gol. La comida de los soldados acaba ahí, ¿sabes?

Las bombas llegarán, lo damos por seguro. Hay quienes quieren irse. Los mayores, sobre todo, dicen que acabar como un ratón atrapado es una idiotez.

A Josko le gustaría detenerlos, pero sabe que ya no es posible. Estamos cerca, pero lejos. Organizados, pero dispersos. Especialmente aquellos que viven en casas de agricultores. No podrá convencer a todos, no esta vez. Ni siquiera puedes concentrarte en la asamblea. Demasiado peligroso.

Y entonces alguien lo hace. Él está convencido, va hacia los americanos, hacia el Sur, otros toman la dirección contraria, hacia Suiza. Seguramente hay quienes fueron a Florencia en bicicleta.

Estamos dispersos, pero todavía organizados. Quien toma la decisión, quien se va, no puede irse sin un motivo. Cuando Leo vino a explicar sus motivos, yo también estaba allí. Vi pelear a Josko, intentó convencerlo, fingió creerlo, hasta el final. Entonces Leo se fue y Josko se quedó mirando la puerta cerrada. Cada adiós es una herida, cada partida un corte. Un pedazo de nosotros que ya no está.

La situación se está yendo de las manos, la verdad es esta. La

verdad es que nadie puede decir qué pasará mañana. Hoy. Ni siquiera Josko. Lo que sí puede hacer él, que nadie más puede hacer, es cuidar de los más pequeños. Esto si. ¿Quién más sino él?

Pasan unos días, llega otra noticia. Lo peor. La noticia que enfurece a don Arrigo y no sólo a él. Tenemos que irnos, así lo dijo el arzobispo. Entiendo por cómo hablan don Arrigo y Pelati que el arzobispo es quien decide. Su superior. Habían hecho mucho para mantenerlo en la oscuridad, pero los secretos no duran, especialmente en estos tiempos. Ahora que han conocido la verdad en Módena, todos están en contra de Pelati. Ayudó a los judíos. Puso la abadía en peligro. Y esperan que yo se lo proporcione. Que nos despida.

Monseñor Pelati permanece impasible, no deja de buscar una solución. Don Arrigo está sentado. Tiene los codos apoyados en las rodillas y la ira de un santo enfurecido.

"¿Crees que hay una solución?" pregunta Josko.

Pelati responde abriendo los brazos. «Él sabe cómo funciona», dice, «decide por nosotros. Él es nuestro superior. Tiene miedo de los alemanes. Teme por el seminario… no podemos condenarlo.»

Antes de que Josko pueda decir "entiendo", Pelati mira a Don Arrigo que no puede dejar de mirar al suelo.

«Pero nosotros somos cristianos», añade, «estamos obligados a la caridad, ¿verdad don Arrigo? El arzobispo no nos dio una fecha límite. Dijo que los enviaran lejos, pero no nos dijo cuándo. Al menos no para mí. ¿Y a usted, don Arrigo? ¿Te dio una fecha específica?"

Don Arrigo ahora levanta la cabeza. Él dice que no y sonríe.

«Entonces, hasta esa fecha que nadie nos dijo, seguro te puedes quedar. Luego veremos qué hay que hacer después. Mientras tanto busquemos una solución, ¿eh? Porque en cualquier caso tenemos que encontrar una solución. No es que puedas quedarte aquí por mucho más tiempo y luego ellos descubrirán por sí solos dónde te escondes..."

Don Arrigo ya está tranquilo. Estaba dispuesto a hacer lo suyo, pero la idea de Don Pelati es acertada. Tómate el tiempo para pensar, organizarte. Sí, es la mejor opción.

Cicibù tiene una idea para escapar, pero Josko no está convencido. Discuten y no están de acuerdo.

La idea para escapar es la siguiente: tomamos el tren en Módena, llegamos a Varese y luego subimos a un lugar llamado Ponte Tresa. Está en la frontera. De allí a Suiza sólo hay un río, el del medio. Sí, un río, pero bajo, con poca agua. El paso es seguro. «Conozco un poco esos lugares», dice el pacífico Pacifici.

Josko responde: «Están los pequeños. Es arriesgado, usted mismo lo comprende. Y luego somos muchos de nosotros. Somos demasiados."

Pero Cicibù lo pensó bien: «Nos dividimos en grupos. Mixto, adultos y niños. Grupos pequeños, con los grandes controlando a los pequeños. Es la única posibilidad. Yo me iré primero. Voy y vuelvo. Estoy tratando de entender si se puede hacer. Mañana por la mañana estaré de nuevo por aquí y luego os contaré. Hablaremos de ello después de que lo vea. No tiene sentido discutirlo ahora".

Cicibu está decidido.

“Está bien”, dice Josko. «Pero vayamos juntos.» Todavía no está convencido, pero nunca dejaría que se arriesgara solo. Josko todavía piensa en los que se fueron al sur, hacia los americanos. Quizás esa sea la mejor opción. Hay guerra, es cierto, y no sería fácil con los niños, pero el frente está cada vez más cerca. Y una vez que lleguen, los estadounidenses se encargarán de ello. Fin de las preocupaciones.

No está convencido, pero nunca lo dejaría ir solo. Se van como están, sin maleta, ninguno de los dos. Los acompañamos hasta la estación de Módena en el coche del médico. El tren está lleno y antes de subir hay que abrirse camino entre la multitud. Hay soldados, revisan los documentos. Ahora los tenemos y están bien, pero verlos acercarse, con los perros atados, es impresionante. Casi están sobre nosotros, pero los gritos los atraen a otra parte. Hay otra patrulla en el tren. Dos soldados empujan a cuatro personas. Entre ellos hay un chico joven, de pelo corto y mirada culpable. Un desertor, lo lleva escrito en la cara. Los que tienen el perro lo rodean. Los otros tres son empujados de regreso al tren. Al niño no, hay que buscar al niño. Aunque no ofrece resistencia, los soldados tiran de él. Una mujer mira por la ventana. Gritar.

"Déjalo en paz. Deja a mi hijo en paz. Tiene dieciséis años, ¿qué quieres? ¿Eh? ¿Qué quieres de él?"

Los policías se miran asombrados. El niño parece aún más asombrado.

Otros desde el carruaje intervienen para gritar que sí, que la señora se llevaba bien con su hijo en Bolonia, y que se equivocan.

"Se puede ver que no tiene edad suficiente para ir a la guerra".

“Dieciséis años, Dios mío, ¿en qué estás pensando?”

Tienen un acento diferente al de aquí, de Módena, hacen gestos teatrales y no se rinden. Los soldados están aún más confundidos, no es seguro que entiendan italiano, pero ciertamente sienten que la tensión aumenta. Hay bastantes de ellos, tienen perros, pero ahora también tienen todo el carro en contra. Y entonces el niño parece realmente muy joven. Ellos piensan en ello. Luego lo liberan y estallan aplausos desde el tren. El niño corre hacia adentro, hacia la mujer. Él la pasa, pero luego se detiene y se da vuelta. Dos pasos, no más. Él le dice algo que queda entre ellos, que no va más allá de la ventana. La mujer sonríe y le estrecha la mano, le anima, esa es la jugada. Él la abraza y sigue adelante.

Creo que te confío a Josko y a Cicibù. Cuídalos también.

Se quedan afuera todo el día y toda la noche y cuando regresan tienen la cara golpeada, la cara arrugada de los que no han dormido. Las noticias son buenas, pero Josko todavía no parece convencido. Tiene dudas, lo entiendo por la forma en que deja hablar a Cicibù. Hay una manera de cruzar la frontera, parece segura y además han encontrado una guía. Tienen opiniones diferentes sobre la conducción, como sobre todo lo demás.

«Es un experto» dice Cicibù. "Él va y viene todos los días".

"Estaba borracho." Es la opinión de Josko.

Aunque sea arriesgado, nos reunimos en la Villa, nosotros del seminario y los de las casas. Discutimos y planificamos. Ya casi llegamos, la fuga está cerca.

Josko explica: «Grupos de diez, salidas escalonadas. Los mayores ayudan a los más pequeños. No debemos demostrar que viajamos juntos. Las tarjetas de identidad deben estar listas. Usemos estos."

Mostrarlos con sus nombres reales, los demás nos harían correr un riesgo innecesario.

«Muéstrales desde lejos. No demasiado pronto. Y luego: actitud desapegada, lo que sucede a nuestro alrededor no nos importa, no nos preocupa. Somos viajeros corrientes, así que no te preocupes. Evitemos hablar en italiano. De hecho, evitemos hablar. Debemos ser transparentes. Y distraído, especialmente distraído".

Siento una opresión en el estómago, una sensación de náuseas. Sube desde el estómago y aterriza debajo de la nariz. Los demás asienten

con la cabeza, sin pestañear, como durante las lecciones de hebreo de Josko. Da lo mejor de sí, como siempre, porque ser docente puede ser la más heroica de las profesiones o la más vil y este es el momento de demostrarlo. Sin embargo, no está convencido. No entiendo por qué, pero no está convencido.

Los diez primeros comienzan con Cicibù. Se van y nos despedimos de ellos con solo medio abrazo, eso es lo que nos decimos. La otra mitad es para cuando nos volvamos a encontrar. Al otro lado de la frontera, en Suiza. Dos días después se marcha el segundo grupo. Yo también estoy ahí, en el segundo grupo.

La noche anterior nadie duerme. Herbert pregunta: "¿Cómo crees que es allí arriba?" Es una ronda de hipótesis, todas hermosas, todas para vivir. A la mañana siguiente me arrepiento de no haber dormido. Tengo un zumbido molesto en los oídos y se me pegan los ojos.

Boris es nuestro guía. Él asiente, indica qué dirección tomar y no puedo evitar mirar sus manos. No son manos adecuadas para esto. Sin gestos imperativos. Se mueven en el aire dibujando curvas.

Josko también está con nosotros, pero sólo hasta Milán. Nos acompaña porque quiere asegurarse de que todo va bien. Regresará con el primer tren para recoger a los del tercer grupo. Sólo Boris nos guiará hasta la frontera. Luego, al otro lado, en Suiza, nos encontraremos con Cicibù y los demás. El plan es este.

Llegamos a Milán, pero tarde. Muy tarde y no tenemos dónde dormir. No se esperaba.

Propongo quedarme aquí, en la estación.

“No conocemos la ciudad”, digo. "No tiene sentido intentar hacerlo mejor".

Boris me señala las patrullas. “Revisan los documentos”, dice. «Las estaciones no son un buen lugar para esconderse. Al menos no para nosotros. Los niños y adolescentes no pasan desapercibidos."

Y entonces las bombas atravesaron el techo, dentro está lloviendo y hace frío.

«No, tenemos que buscar una solución mejor.»

Bajamos a los baños públicos. No hay gente alrededor en este momento. Nadie vendrá a buscarnos aquí. Entremos. En cada baño somos dos, uno doblado sobre el otro. Está todo el cansancio de hoy y también la falta de sueño de anoche. Cierro los ojos, se desatan los nervios, se caen brazos y piernas.

Sueño con cuerpos putrefactos y aguas residuales esparciéndose por las escaleras. Son las escaleras de la casa, en Berlín. Es diferente, no

tiene nada que ver con el real, pero sé que es Berlín. En cambio, no sé de quién son los cuerpos, ya no tienen rostro, pero abren y cierran la boca. Cantan nuestra oración de duelo. Lo intentan, pero luego se detienen porque recitar el *Kadish* por sí mismos no tiene sentido. Simplemente mueres por ti mismo.

Me despierto y Josko llama a la puerta. Nos recibe justo afuera de los baños y nos dice que la mayor parte ya está hecha. Ahora sólo tenemos que tener cuidado. "No pierdas la concentración", dice. "Sigue las instrucciones."

Los repite antes de volver a irse, luego se despide de nosotros. Nos abraza uno por uno. Toma el tren hasta Módena y seguirá subiendo y bajando. Él traerá el tercer grupo y ya seremos treinta. Poco a poco, pero iremos todos. «Será así, todo irá bien», dice Boris.

Hago mis cálculos en mi cabeza. Tengo que cruzar grupos de diez y frecuencia de salidas, para saber el tiempo que necesitamos. Si la decisión es correcta, debemos darnos prisa. La decisión correcta por sí sola no es suficiente.

Me alejo, busco un lugar para leer los horarios de los trenes. Preguntar que no, sería demasiado peligroso. Doblo la esquina, no le digo nada a Boris, él protestaría, me bloquearía. Tenemos que esperar la salida y no pienso ir demasiado lejos. A la vuelta de la esquina, a ver si entiendo…

Pero no comprendo. Ni siquiera lo que veo. Lo que veo es a Cicibù, otra vez, como si nunca se hubiera ido. Él y su grupo. Se prolongan. Cicibu parece derrotado. Ya no es un hombre, es otra cosa. Le hago una señal, me muestro. Me pregunta dónde están los demás.

"Qué pasó…"

“¿Dónde están los demás?”, repite, y yo lo acompaño.

Le dice a Boris: "No nos quieren", pero en realidad habla por sí mismo. «Los suizos no nos dejarán pasar. Las cosas no son así, hay que respetar los procedimientos. Los procedimientos, ¿entiendes? Quieren procedimientos. Están en Suiza y quieren los trámites.»

Anota unas palabras que yo no escribo y Boris lo abraza. Nunca antes lo había visto abrazar a nadie. Cicibù intenta llorar, pero Boris lo abraza aún más fuerte. “Ahora no”, le dice, y Cicibù se recupera.

Tomamos el tren de regreso, hacia Módena y luego Nonantola. Siempre separados, siempre en grupos de diez, como cuando nos fuimos. Esta vez las recomendaciones son inútiles. Guardamos silencio, nos distraemos, miramos por la ventana. Nadie habla porque todos tienen la mirada puesta en otra parte. Adentro.

En el interior hay un hilo roto, por eso cada uno se ocupa de sus propios asuntos. No hay nada que ofrecer a los demás, nada que obligar. Así es como es. Ellos ganaron. Las camisas oscuras. Vendrán a buscarnos. Sólo nos queda esperar y entonces todo terminará.

Parece una premonición, incluso el sueño lo fue.

En la Villa guardamos silencio. Nadie habla, ni siquiera en la mesa, ni siquiera después. Herbert está sentado en un rincón. Tiene un libro en la mano, pero mira por la ventana, en lo alto, donde no hay nada. Kuki salió con Hans. Están apoyados contra la pared, ni siquiera hablan.

El único movimiento que veo a mi alrededor es el de Fritz. Se pasa una mano por el pelo, pero es un gesto automático, una forma como muchas otras de estar ausente. Incluso Benno, el Benno niño, sigue esperando. Verlo así me duele, así que busco otro lugar, pero tengo cuidado de evitar a Sonja. No tengo que conocerla.

Sonja debía partir con el tercer grupo. Me imagino su noche de insomnio y luego la noticia: no tiene sentido irse, se acabó todo. Sólo podemos esperar.

Evito a Sonja porque escucho sus palabras dentro de mí: vendrán por nosotros, nos llevarán. Y no tengo palabras propias, sólo éstas. Su.

La evito, pero ella viene a mí.

Él pregunta: «¿Cómo estás?».

"Como."

“Lo siento mucho”, dice, “no pudo haber sido fácil. Sube allí y luego regresa. No es fácil resistirse a la decepción".

“No es fácil para nadie”, respondo. Estoy a punto de preguntar por ella. “¿Y cómo estás?”, quiero preguntarle, pero Sonja se me adelanta otra vez.

"Ven, te llevaré a ver algo".

Pero no lo dice del modo habitual. Ella está aquí, ahora. A mi lado y no en su mundo oscuro. La sigo.

La cosa es Agnes. Está de pie en el suelo, sin zapatos, con los pies apoyados en la pared, en lo alto.

“¿Pero qué está haciendo?”

"Preguntarle."

Pregunto y Agnes responde que es para las piernas, para que queden más bonitas.

Hay pocas novedades, es la Agnes de siempre, pero Sonja se encoge de hombros y abre los brazos. Como si dijera: “Es así”. Como diciendo: “No lo ves, pero todo es diferente. Todo es excepcional ahora que se

acabó". Ella también se sienta, en la misma posición. Es la Agnes de siempre, pero no es la Sonja de siempre. Sonja no bromea, no se ríe, pero quiere saber qué hay en el frívolo mundo de Agnes. Quiere saber qué extrañaremos cuando vengan por nosotros.

Si hay palabras que Sonja no conoce, son las de Agnes. Horquilla, rayón, bufanda, cuña. Sonja no se pellizca las mejillas ni se muerde los labios para enrojecerlos. El cabello de Sonja cuelga como debería, sin rizos.

Si hay palabras que no sé, son las que hablan de mí. No sé cómo usarlos, nunca lo he hecho. No le conté a nadie sobre mi padre, mi madre, Sami. Ni siquiera el tío Hermann, que ya no respondía a mis cartas. Todo es diferente, todo es genial, pero para mí no.

Agnes me despide con un gesto de la mano. "No funciona con los hombres", dice, y mientras me alejo encuentro el silencio. Las suyas son las únicas voces en toda la Villa. Agnes, es una suerte que estés aquí ahora.

Voy a Josko. Lo encuentro en el archivo, recorro la habitación vacía. Compruebe que no se haya escapado nada. O reflexionar sobre lo que se ha hecho. Tal vez saludar. Hay otras personas a las que salvó aquí. Personas que nunca conocerá.

"Dame una mano", dice.

Juntos movemos un baúl. Quiere ver si algo se quedó atrás. No hay nada, lo devolveremos. Me siento en él. El archivo se oscurece, tal vez Josko haya cerrado las contraventanas detrás de mí.

"Se llevaron a mi madre", digo. «Se llamaba Mira. Fingió discutir con mi padre, pero no era cierto. Mi madre y mi padre sólo podían estar juntos. Mi abuela decía que fueron cortados del mismo árbol. Mi abuela murió cuando yo era pequeña, antes de todo esto. Mi abuelo también. Sus ojos se cerraron a tiempo. Mi hermano Sami, sin embargo, no vio nada más. Tres años de desesperación, miedo, nada más. Estaba con ella, con mi madre. Se los llevaron a ambos. Cuando se llevaron a mi padre yo también estaba allí. Grité, él me escuchó. Debe haberme oído. En cambio, mi madre y mi hermano se quedaron solos. Nadie los escuchó gritar. Nadie los llamó a gritos. ¿Te imaginas lo que eso significa? ¿Dejar en silencio? Mi tío Hermann es un santo y los santos ni siquiera piensan en salvarse. Ya sabes cómo son las cosas, los santos están distraídos. A mi tío Hermann lo pillaron, estoy seguro. Te hubiera gustado, ¿sabes? Le hubiera gustado hablar con él. Ahora ya no queda nadie para mí. Estoy vacío por dentro. Tengo miedo, Josko. Me temo que cuando vengan no podré odiarlos lo suficiente.

Por lo que le hicieron a mi padre, a mi madre, al tío Hermann, a Sami. Y por no darme tiempo para convertirme en maestro. Un maestro como tú. El grano de arena que hace saltar los engranajes.»

Josko está ahora sentado a mi lado. De hecho, colapsó. Pone una mano en mi hombro.

"Estamos aquí, Nathan." Él lo dice. «Siempre estaremos ahí. Empezaremos de nuevo juntos. Por eso vamos a Eretz Israel. Por eso no nos rendimos. Hemos conocido el mal, ya es suficiente. Ahora toca el resto".

Son palabras simples, pero cavan un túnel en mi vacío y meten algo dentro. No sé qué, nunca antes había pedido ayuda. Algo podría nacer de este túnel lleno.

Pero llega Schoky corriendo, veo sus ojos asustados y me doy cuenta de que nunca ha estado oscuro en el archivo. Una luz violeta se filtra por las ventanas.

No me hace caso, dice: «Hay novedades. De Módena. Se están preparando. En dos días estarán aquí. Tres como máximo. Hay que hacer algo, Josko. Debemos hacer algo".

"¿Quien dijo que? ¿Es seguro?" él pide.

"Sí. Un intérprete de mando, alguien que también transmitía otras noticias. Todo cierto."

Josko no se suelta de mis hombros, todavía me tiene con él, pero se levanta y me arrastra.

Bajamos, también está don Arrigo. Tiene la misma información, es difícil pensar en un error. Para él no son dos días, sino unos cuantos más. Pocos, sin embargo, logran encontrar una solución que nadie ve. Es demasiado tarde para dirigirse al sur, la guerra avanza y ya no sabemos dónde está el frente. Sin indicaciones, sin orientación. Somos demasiados para arriesgarnos.

No tiene sentido volver a Suiza. Ya lo hemos intentado. Incluso si lográramos cruzar la frontera, nos enviarían de regreso. No hay otras direcciones. Sólo hay mar alrededor. Un mar negro.

Don Arrigo va y viene. Cicibù también está con él. Se llevan a Josko, hablan en susurros.

Lo hacen porque tienen miedo, eso es todo. O no. Quizás hayan encontrado un nuevo camino, pero antes de hablar de ello quieren estar seguros. O se acabó o hay una manera. Es como siempre.

Schoky se acerca a ellos. Lo escucho susurrar: "Pero entonces, ¿qué hacemos con los niños?".

Él no sabe que estoy cerca, no me ve y entiendo que habría

solución, pero los pequeños son un problema. Es apenas un susurro, el de Schoky, y aún así es suficiente para anular cualquier distancia entre nuestros verdugos y yo. El hilo se vuelve a romper.

Me digo a mí mismo que si quisiera salvarme, podría hacerlo solo. Podría dejarlos a todos aquí e irme. Otros ya lo han hecho. Son los niños los que son el problema. No soy un niño.

Caminaría hacia el sur, pasaría por las montañas. El bosque me protegería. Sé hacer fuego, sé usar una manta para montar una tienda de campaña. Y luego corro. Una vez que llegué al frente, pude apretar los dientes y correr sin pensar en nada. Ni siquiera a Josko, Boris o los niños.

Solo, porque así funciona: cuando corres, corres solo. Y si corres junto con otros, no te das la vuelta para ver quién se queda atrás. Los que se quedan atrás tienen ventaja. Distrae a las bestias. Se detienen a devorarlo y tú corres, corres y te vas muy lejos. Cuanto más caigan, más seguro estarás.

El médico que llama a la Villa me hace volver por aquí. Vuelvo a ver a mis compañeros, están concentrados en sus palabras, ahora que está entre nosotros.

Hay una posibilidad, dice, hay nuevos contactos, se prepara el terreno.

"¿Qué contactos?" pregunta Herbert.

"El suizo."

«¿Como los suizos? Ya hemos intentado ir por ese camino. Nos enviaron de vuelta".

«Tenemos nuevos contactos», repite Cicibù, «todo irá bien».

No sé si esta vez estará convencido, pero creo que sí. Eso espero. Son los detalles los que borran el miedo, Cicibù mira a Josko y él asiente con la cabeza.

Él explica: «Mi hermano. Buscó la información que nos faltaba. Ha trabajado en la frontera y sabe cómo funciona. Él sabe más que nosotros. Contactos, en definitiva. Pero esta vez no tenemos tiempo. Todos tendremos que avanzar juntos. Es temprano".

Entonces creo que no es verdad. Nunca corres solo. Las piernas se mueven solas. Solo te mueves de un lugar a otro, de una línea de salida a una línea de meta. Pero son la cabeza y el corazón los que te dicen adónde ir.

No se equivocó quién se fue, quién se fue, porque tal vez tenía un familiar, un amigo al que sumarse. Todo lo que tengo, yo, está aquí.

Si todavía tengo cabeza y corazón, se lo debo a quienes ahora están

a mi lado.

"¿Y los niños?" Pregunto.

Todavía tengo las palabras de Schoky en mis oídos.

«¿Cómo reunimos a todos los niños? Somos demasiados y llamaremos la atención.»

«Sí, te harás notar» dice Don Arrigo. "Por eso será bueno".

Es la manera de hacer las cosas de Don Arrigo, un chiste y te desequilibra. Es su mala manera de llevarte a donde quiere.

Dice: «Harás como si fueras una escuela en un viaje. O un orfanato. Mejor aún, un orfanato. Los niños tendrán uniforme, todos vestidos igual. Los adultos serán los acompañantes. Andaréis juntos, huérfanos y compañeros. Por tanto, claramente visible. Pero nadie se fija en los niños durante un viaje, ¿verdad?

No es una pregunta real. No seré yo quien diga que no me convence, quien sembrar miedo. Tengo los ojos de Sonja y Agnes puestos en mí y sólo ahora me doy cuenta de que estoy aquí. Están sentados muy juntos y tratando de entender. Asiento que sí. Estoy convencido, todo estará bien. Para ser claro.

Herbert se encarga de causar problemas. "Pero no tenemos la misma ropa", dice.

El sacerdote no se sorprende. «Las costureras ya están trabajando en ello y no tardará mucho. Ustedes, muchachos, prepárense".

No sé quién tuvo la idea. No sé dónde nació exactamente. Siempre es así cuando sois tantos. Se pasa un trozo, se pasa otro y al final llega la buena solución.

Hay quienes quisieran seguir discutiendo, quienes quisieran considerar los detalles, pero no tenemos tiempo.

Tenemos que darnos prisa. Incluso una buena solución es una maldición si llega demasiado tarde.

Es cierto que las costureras ya están trabajando. Al principio son tres. Luego se supo que era para salvar a los de la Villa, para hacerlos marchar y se sumaron otros. Todos aquellos con un poco de maña. E incluso sin, para ayudar. Unas diez, incluso más. No puedes quedarte en la casa de la vieja costurera. Excepto que ahí es donde tienen que trabajar, para no tener gente curiosa cerca.

Schoky me envía con el cura, él no me explica, pero voy. El cura me dice dónde recoger el hilo y dónde llevarlo.

“A ver si necesitan algo más”, dice. Voy.

Las costureras están todas juntas, en dos habitaciones. Para pasar debes pedir permiso.

Uno toma los pergaminos de mis manos y llama al más joven.
“Guárdalos, Isora”.

Repito su nombre tres veces para no olvidarlo.

Antes de dejarme ir, el que abrió la puerta dice: «Necesitamos otra tijera. ¿Puedes avisarle a Don Arrigo? Luego se detiene, como si recién se hubiera dado cuenta de mí en ese momento. «Pero ten cuidado, por favor.»

Trabajan día y noche. Porque hacer cuarenta abrigos, cuarenta uniformes idénticos, es un trabajo de meses. Y no hay meses. Los meses son para tiempos normales.

Don Arrigo cuida la tela. Llega cargado de rodillos. Muchos que no saben dónde ponerlos en casa. «Ponlos aquí», dice el marido de la costurera. Hace espacio en el dormitorio. Mueve la cómoda al pasillo, las mesitas de noche al sótano.

Volveré con las tijeras. Y luego con los alfileres. Y ya está, porque siempre hacer girar lo mismo es peligroso y Schoky manda otro. Pecado. Entonces, encuentro una esquina y me quedo allí. “Me quedaré un rato y luego me iré”, digo. Y en cambio me quedo todo el tiempo. Veo el trabajo. Me aprendo los nombres, pero no es fácil. La mitad habla en dialecto y los nombres se mezclan con palabras que no conozco. Aprendo a Cesarina, Dede (Adele, quizás), Lauretta y Nera. Los escucho repetidos y los aprendo. Los demás los anoto en un papel, pero luego los pierdo. No se como. Pido perdón, pero los pierdo. Este abrazo es demasiado grande para contar todos los brazos.

La costurera dirige el trabajo, pero otros expertos tienen que protestar.

"No se puede hacer", dicen. "No se pueden coser abrigos sin tomar medidas, eso también lo sabes."

«Eh, yo también lo sé, lo sé. Pero ni siquiera se puede subir y bajar del seminario. Lo cual es como ir y cantarles esto a los alemanes.»

"Así que tengo una solución", dice uno. «Pides prestados niños, niños del pueblo, y los utilizas como muñecos. Niños de distintos tamaños, no hace falta ser preciso. Hay que estar bien, hay que estar cómodo dentro durante todo el viaje.»

La palabra “gita” suena como la nota de una canción. Porque sólo hablar de escapar ya parece que estamos en peligro.

«Y luego lo hacemos a la milanesa» dice el mayor. «Que está Lauretta que fue allí a trabajar y aprendió. Dividimos el trabajo y vamos más rápido.»

La anciana corta la tela, porque cortar es complicado y se necesita

experiencia para no desperdiciarla. Dos bastante buenos cosidos a máquina. Un metal. Uno hace todos los cinturones. Cuarenta. Y todos los bolsillos. Ochenta. Otro se encarga de los ojales. Isora tiene subpuntos que son fáciles, pero te perforarás los dedos si no tienes cuidado.

Dormimos poco, pero no por eso dejamos de charlar. La charla termina porque los días del calendario no son todos iguales. Los primeros son días de confianza, luego ves que ya ni las horas alcanzan y pronto se te entumecen los dedos. Así que basta de hablar, que sea ese el que quite el tiempo. El marido de la modista, dueño de una taberna, se encarga de la comida. Va y viene y cuando llega trae un plato con una servilleta de cuadros rojos y amarillos. Bola de masa frita, puedes comerla sin sentarte a la mesa. Es bueno. Tienes que controlarte.

Los forros y botones proceden de las dos mercerías del pueblo. Todo gratis. No tenemos tiempo para decir que es un milagro que lleguen más portadas. Y en realidad las almohadillas son suficientes. Los botones no. Puedes verlo inmediatamente. Cinco botones para cuarenta abrigos. Son doscientos. Y doscientos no son todos iguales. En Nonantola, pero ni siquiera en Módena. Había algo en qué pensar.

Y tampoco hay manera de volver atrás, porque los ojales ya están hechos. Y luego se vacían los cajones, recorremos las casas, y el que los tiene llena la cesta. Nos guiamos por la similitud y estamos satisfechos.

«No es un problema, estos niños necesitan detenerse y mirarlos con atención para notar los botones.»

No es un problema, la verdad es esta: si se detienen a mirar a los niños con atención, significa que el problema está hecho.

Sin embargo, a los treinta y ocho años se detienen. Los cuentan: son treinta y ocho abrigos y dos mangas. Y la tela está terminada. Se pregunta a Don Arrigo, pero la tela está terminada. No hay más. Va al seminario, a la Villa, y recorre las mercerías. No encuentra nada.

El cansancio de las costureras llega de repente. Se levanta descalzo y sube. Apoyan los codos sobre la mesa y se sostienen la cabeza con las manos. Es pesado y no puede sostenerse solo.

Hay uno que sigue caminando por la habitación. Alguien que no se rinde. Ella es a quien se le ocurrió la idea.

«¿Cómo se llama el marido de María?» él pide.

Estuvieron todos allí en la boda de María.

«Pobrecita, nos casaremos en octubre. Debido a la guerra.

¿Sabemos si el marido ha regresado?"

"¿Pero qué tiene que ver ahora?"

«Tiene algo que ver, que el marido de María tenía un abrigo de ese color, más o menos. En la boda, creo. O tal vez cuando se fue”.

«Pero sí, a mí también me parece. Vamos, iré a preguntar y terminaremos esta noche".

«Aristide, se llama.»

«Sí, Aristide. De hombros anchos, bien formado. Seguramente se nos escaparán dos abrigos, y con mangas.»

"O se pueden tejer, si es necesario".

«Sí, sí, se puede encontrar una solución».

Cuando las costureras llegan a la Villa, colocan el montón de abrigos sobre la mesa.

“Aquí”, dice uno. "Todos son."

Josko se tapa la boca con las manos. Está vestido de sacerdote y visto así parece estar rezando.

“Esperamos que os traigan suerte”, dice otro. Ella es la primera en la fila. No el más experimentado, pero sí el más activo. Está en el centro. Pide suerte y organiza el trabajo sobre la mesa y las sillas. Los demás la ayudan. Son alegres y ruidosos, entonces uno se da cuenta de que falta un botón. Un botón más y cae el silencio.

Lo revisan todo, desde el principio no falta nada más, dicen. Sólo esta.

“Pero no importa”, dice Agnes. “¿A quién quieres que te fijes?”

Nadie se dará cuenta, por supuesto, pero la chica que invocó la suerte sabe que hay que honrarla. No puedes burlarte de ella y luego se da la vuelta. ¿Para qué entonces? ¿Por un botón?

La chica se ilumina. Abre una de las bolsas grises donde solían estar los abrigos. Saca un estuche con sus útiles de costura. Lo trajo por si acaso. Un botón oscuro sigue ahí, en todo el país. Sólo uno. Y lo tiene, sujetándose la falda. Para no quedarse en ropa interior delante de todos, se sienta en una silla y la retira. Es más grande que los demás, pero es negro y liso. Quizás se note, quizás no. "Al menos está ahí", dice.

Otra chica toma su botón y se lo fija con alfileres en su abrigo.

Creo que hay santidad incluso en enhebrar una aguja.

“Aquí tienes”, anuncia cuando termina.

La de la falda sin botones intenta levantarse. Uno la ayuda a sujetar su falda a un lado. Ambos intentan arreglarlo con un alfiler, pero aguanta y no aguanta. Es mejor pellizcarlo con dos dedos que hacer

reír a la gente con el trasero colgando.

Nadie se reiría. Si sucediera, si realmente sucediera, que la falda se deslizara hasta debajo de los tobillos, todos jurarían que se distrajeron solo por ese momento. Que afuera de la ventana había un mirlo y era tan negro y brillante que nunca habías visto un mirlo así. Y nadie pudo resistirse a mirar hacia allí, por la ventana.

Josko dice: «¿Cómo podremos agradecerte?». Pero en realidad no es una pregunta. Es una emoción. Uno de ellos, que hasta entonces había estado al margen, dice: «No olviden que nosotros también estuvimos allí. Sólo esta".

Los demás asienten con la cabeza y lo aprueban. Convencido. Esperaban que ella encontrara las palabras adecuadas y lo hizo. Ahora que la han escuchado, las otras costureras entienden bien por qué trabajaron tan duro. Debido a esto. Porque no tienen nada que ver con la gente de los noticieros.

Llegan don Arrigo y Moreali. Vienen a saludar.

«Entonces todo está listo», dice el sacerdote.

«Sí», responde Josko. "Está todo listo".

El médico sonríe y luego dice: «Pórtate bien dondequiera que vayas. Escúchame".

Es una broma, hasta el cura sonríe, pero dicho así suena a advertencia.

Al final las costureras están a punto de irse, pero luego se quedan. Es todo un saludo pospuesto. “Bueno, nos vamos”, dice una, pero luego se queda porque su amiga abraza a un niño. Y: "De todos modos, también nos divertimos trabajando", dice otro. La voz no se divierte en absoluto. Triste, por cierto. Don Arrigo y el doctor también se van. Incluso para ellos el saludo es doloroso. Boris se sienta al piano y saluda a su manera a Villa Emma.

La guerra ya terminó. Ya estamos en Suiza y estamos contentos. La música de Boris dice esto. La música de Boris no miente.

Sólo Sonja se mantiene al margen. La música no le llega.

La alcanzo. Ella sonríe, lo intenta, pero no está convencida.

Me gustaría preguntarle: "¿Sabes si alguien más ha tenido relaciones sexuales mientras tanto?". Así que, sólo para reírnos, volviendo a un punto que no entendí del todo. O no, debería preguntarle sobre sus piernas: “¿Funcionó el ejercicio de Agnes?” Incluso sin preguntar: “Vamos, me parece que funcionó”.

Pero su mirada es apagada. Pasa a través de mí y deambula por la Villa. Estamos a punto de dejarla, pero no estamos listos. A pesar de

los preparativos, a pesar de los esfuerzos de Josko. Estamos a punto de llegar a donde todos son como nosotros, pero donde no hay nadie para nosotros. Sí, tal vez sea esto.

“¿Te traigo un vaso de agua?” Le pregunto.

"No, está bien, eres amable", responde.

Ya es última hora de la tarde cuando partimos. Los más pequeños se alinean de dos en dos. Camino junto a ellos, a mitad de camino. Otros están detrás y controlan que todo transcurra en orden. No te preocupes, no hay dudas ahora. Vamos. Este es el momento adecuado. Sí. Lo lograremos.

A lo largo de la calle las ventanas están cerradas, pero no del todo. La nuestra es una procesión. Cuando pasa una procesión, la calle ya no es la misma.

Hay quienes nos miran desde detrás de las contraventanas entreabiertas y saludan levemente con una mano.

Hay quienes quieren ser vistos. Lo abre todo: no tiene miedo y quiere que se sepa.

Hay una madre con un pequeño en brazos. Llama a otro un poco mayor y le dice: «Vamos. Ven y despídete mientras se van." Y se sube a una silla, apoyado en el alféizar de la ventana, para ver salir a los judíos. También saluda y aplaude. Desde abajo hay quienes miran hacia arriba para ver quién aplaude y la fila se desvía.

Hay un hombre en camiseta. Tiene un sombrero en la cabeza y una barba que afeitar. Fuma y sonríe, satisfecho. Esta vez es uno de nosotros quien saluda y responde. Lo llama por su nombre. Quién sabe cómo, quién sabe por qué, pero se conocen.

Hay una ventana que permanece cerrada, sólo una, pero detrás de ella no hay nadie. La casa lleva años vacía.

Está Alberto, están sus amigos, su novia. Todos juntos, todos alineados. Saludan y mientras tanto forman un muro. Parecen decir: "Vamos, pasa rápido, ahora nadie te verá".

Hay un hombre mayor, aparece abajo, justo afuera de la puerta principal, y me pasa un paquete con pan y queso adentro. Cada niño tiene algo para comer, las monjas se encargaban de ello. Olvidé mi almuerzo, lo dejé en la mesa y por cierto pasa este señor. Le agradezco. Me dice algo en dialecto que no entiendo. Es como en Berlín, cuando dejé a mi madre: camino y reflexiono sobre palabras extranjeras.

Me voy con el bulto de un extraño, con su saludo. Un deseo que no entiendo.

"¿Todo está bien?" Me pregunta Josko, y yo respondo que sí con la cabeza, que todo está bien, pero los dos sabemos que nos vamos con una deuda. Lo que se ha hecho por nosotros nunca podrá ser recompensado. No completamente.

Sigo pensando en ello, en el tren. También porque no tengo nada más en mente. Sólo pensamientos sobre el futuro. Siento que por fin estoy quieto. Ya no tengo motivos para correr. Observo a la gente subir y bajar. Compruebo que los pequeños estén tranquilos.

Antes de subir, Josko les recordó las reglas y ellas las respetan. Nadie habla, nadie destaca. Se comunican con gestos y ríen, pero en silencio. Desde donde estoy sentado veo a Boris vigilando a un grupo de niños. Viajamos divididos. No sé si lo somos todos. Quizás otros tomen trenes diferentes y nos encontremos en la frontera. Una niña pequeña –está de espaldas, no puedo entender quién es– está a punto de quedarse dormida. Tiene una pierna fuera del asiento y obstruye el paso. Incluso una pierna fuera de lugar puede hacernos notar. De hecho, Boris acude a ella. Él le susurra algo al oído y ella se recupera.

Sí, por fin me quedo quieto y puedo oír. Me doy cuenta de que los trenes tienen corazones y arterias de metal. Agradezco al tren el esfuerzo que hace. Por el ruido que escucho. El vidrio vibra en la ranura y traquetea, pero no se rompe. No tenemos que detenernos para arreglarlo. Agradezco al vidrio su resistencia. Mientras tanto el tren avanza suavemente, los trabajadores han hecho un buen trabajo. Agradezco sobre todo el trabajo de los trabajadores, una vía tras otra, un durmiente tras otro. Desde aquí hasta donde vamos y más allá, sin problemas.

Incluso el paisaje, gracias. El horizonte de montañas nevadas que se elevan desde la llanura. El cielo despejado, las nubes secas. Los tejados que siguen los picos de las montañas. El aire claro, el aliento cristalino. Las vacas. Y la tierra verde como si el hambre fuera sólo un recuerdo. Y los ojos de Goffredo Pacifici, nuestro Cicibù, cuando nos saluda.

Al principio no entiendo, nadie entiende.

Él es quien hizo los arreglos con el guía, el contrabandista que va y viene de la frontera. Nos lleva a la masía abandonada y nos dice que esperemos. "No tomes iniciativas", dice. «Créeme, llegará pronto.» Recoge sus cosas y cierra: «Está todo bien, él se ocupará de aquí en adelante. Estoy volviendo."

«¿Cómo vas a volver…? ¿Qué estás diciendo?" Pregunta Schoky.

Él extiende sus brazos. Él lo admite: la decisión está tomada. Y no a partir de ahora. Puedes verlo, porque es silencioso.

Josko le da una sacudida: «Pero no importa, no seas estúpido. ¿Qué nos queda por hacer en Italia?", le pregunta. «Mira, la cosa ya se ha puesto mal… ¿Tengo que explicártelo? Si te atrapan..."

Boris y Helene también lo intentan. «Es para tu esposa, ¿no? Lo sabes, ¿no? Ahora es su turno, le avisaremos dónde estamos y ella se unirá a nosotros".

«Eso es lo que nos dijimos, ¿no? ¿Y por qué cambiar de opinión ahora mismo...?

«No seas idiota…»

«No», dice Cicibù, «olvídalo. No es el caso. Te lo dije, lo pensé. Y mucho también. Tomé una decisión. El correcto, estoy seguro. Ahora entiendo cómo funciona. Entendí que se puede traer gente a Suiza. Y hay mucha espera. Más judíos que tienen que irse. Pronto también. Quizás no pueda con tantos, tantos como tú. Será difícil, pero con algo de familia sí, es posible. Y pensar que la solución es tan sencilla. Suiza."

Habla y mira a un lado y a otro, pero no de frente, no directamente a los ojos de nadie en particular. Sabe que él también vería lo que yo veo desde aquí, de lado. Cicibù tiene un aire melancólico, una sonrisa que no dura y se desvanece inmediatamente. Como si algo o alguien lo estuviera llamando a otro lado.

Tiene los ojos de Salomon Papo, los ojos del niño enfermo que llegó de Split y que inmediatamente lo envió a las montañas para que lo curaran. Los judíos de Módena se ocuparon de él y espero que sigan haciéndolo incluso ahora que tiene que escapar. Y espero que alguien también se haga cargo de Cicibù, porque a partir de ahora ya no podremos hacerlo.

Lo vemos de espaldas, haciéndose pequeño. A medida que se aleja parece cada vez más delgado, cada vez más encorvado.

Al verlo desaparecer sobre la colina, al verlo encontrar su destino, me siento afortunada de quedarme aquí, en una granja que podría derrumbarse sobre nosotros.

Hay una viga que cuelga del techo en la habitación de al lado. Nos adentramos en la parte buena. Aquí el techo está mejor colocado, pero no hay cristales en las ventanas. Un viento helado nos dice que no es el octubre de siempre. Entramos y las palomas se van volando, decenas de ellas, pero luego regresan. Caminamos sobre sus manchas blancas y verdes. Apesta. No tengo que dormir, el sueño que tuve en la estación de Milán sólo espera continuar.

Hombres y palomas, el mismo olor pero diferente.

Esperamos la oscuridad, pero no llega. Es una noche de luna llena. Salgamos de todos modos. Caminamos durante horas. Tres, según Sonja, que lleva el reloj de su padre en el bolsillo. Y lo toca, lo carga, lo mira.

Caminamos. Nadie se queja, ni siquiera los más pequeños. Bajo la luz de la luna llena nos sentimos menos desesperados, porque la oscuridad asusta a todos. Incluso a los que se esconden. Incluso para aquellos que tienen ventaja. Caminemos y estemos cerca. Compartimos el terror. Así resistimos el cansancio, el silencio y nuestra propia imaginación. Hay sombras por todas partes. Se deslizan junto a nuestra columna. Susurros, gritos verticales. Arriba en el cielo. Y acto seguido silencios muy profundos.

Llegamos bajo una colina. Nuestro guía es un contrabandista. Tiene cara de quien viaja con cigarrillos, café y gente. Dice: «Siéntate y habla en voz baja. Será mejor que te quedes callado, ya que de todos modos no tienes nada que decir."

La hierba está mojada, helada y los que no tienen maleta, ni camisa para ponerse debajo del trasero, al menos buscan una piedra.

Tenemos que esperar. Todavía hay que esperar. Oigo correr agua, un ruido cerca. El chorro es fuerte. Entre nosotros y Suiza sólo hay un río. Mucha gente lo repite. Ahora es Schoky, la voz suena igual que la suya.

"El río es poco profundo", dice. «Pero la corriente es fuerte, si no tienes cuidado te arrastrará hasta el mar.»

No sé a qué distancia está el mar de aquí. Estoy tratando de descubrir si eso es una exageración. Schoky exagera a menudo. Entonces oigo llorar. Es uno de los adultos, no un niño. Está bastante cerca. No reconozco su forma.

Josko se levanta y se sienta a su lado. Toma su cabeza. Lo sostiene contra su pecho. Le dice algo en voz baja. Sus vecinos lo repiten. Por eso sus palabras, de susurro en susurro, me llegan. La cadena es larga, pero lo entiendo: «Hoy es *Yom Kipur* . Es *Yom Kipur* ..." Nuestro día de arrepentimiento, de reconciliación. Hoy.

Una chica se levanta. Ella acude a una amiga y le pide perdón. Tal como lo habría hecho en su casa en Alemania. Otros hacen lo mismo. Quienes tienen una cuenta abierta la cierran. Ahora o nunca. Bajo la luz de la luna, veo pequeños grupos reunidos, agazapados. No tengo a nadie a quien pedir perdón. A mí me parece que sí. Para esto hay espacio a mi alrededor. Suficiente espacio para alojar a mi padre y a

mi tío Hermann. Mi padre yace largo, con los dedos cruzados sobre el vientre. Tiene los pies cruzados y la punta de su mano derecha, que está arriba, marca un ritmo que conoce. Quiere demostrar que está tranquilo y relajado. En la noche más santa, no tiene nada que pedir ni dar. Está bien así y quiere demostrarlo. El tío Hermann está sentado. Rígido y serio, como vivía.

"Es *Yom Kipur* , Hermann", dice mi padre.

"Lo sé bien, Salomón."

«¿Y no tienes una lección para este chico? ¿No tienes una frase que decir? ¿Tú, un hombre tan sabio, quieres perder la oportunidad?

El tío Hermann y mi padre, juntos. Sólo pudo ocurrir bajo el cielo estrellado de la noche más santa. Detrás de ellos también están mi madre y mi hermano, pero están en la sombra. La luz del fuego no les alcanza.

Hay un incendio, sí, delante de mi padre y mi tío, pero sólo veo sus reflejos. Destellos de luz iluminando sus rostros.

"Todo irá bien", dice el tío Hermann. Sabe que mi padre se burlará de él por una máxima tan trivial, por eso añade: «Este es el único día en el que el ángel del mal no puede hacer daño. El número del ángel maligno es 364: los días del año solar menos uno. El día hasta el mal es *Yom Kipur* . Así es como es. Así que créeme cuando te digo que esta noche, para ti y para nosotros, todo estará bien".

El tío Hermann mira a mi padre. Está satisfecho. Entonces vuelve a mí. Quiere ver si entendí y, sí, entendí. Entendí que se necesita fuerza y él está dispuesto a dármela. Pero no sé qué decir del ángel del mal.

"Bueno, ahora que hemos escuchado estas bonitas palabras", dice mi padre, "si quieres, te contaré un chiste".

El tío Hermann sacude la cabeza con descontento y atiza el fuego con un palo. Él finge que no está allí.

"Es una broma sobre el exterminio".

El tío Hermann deja escapar porque, por supuesto, está ahí. No puede fingir ante tanta bestialidad y con una mano intenta detenerla. Para evitar que siga adelante. Como si un chiste fuera un tren en marcha.

Mi padre lo ahuyenta. Ser libre. Y dice: «En fin, nos están matando a todos. Todos, sólo que al final resulta que uno está a salvo. Entonces Dios quiere encontrarse con él, quiere ver quién es, cómo lo hizo... sobre todo esto, cómo lo hizo. Tan pronto como se presenta ante Dios, el hombre insiste en contar un chiste. Precisamente sobre el exterminio de los judíos. Qué descarado. Pero la historia es divertida y

él lo da todo. A pesar de esto, Dios sigue siendo serio. Ni siquiera una sonrisa, una mueca, nada. "Bueno, por supuesto", dice el hombre. “Para entender, deberías haber estado allí…”.

El tío Hermann lo mira. Esperó a que ella terminara de hablar. Luego dice: «No te harán ningún bien, Salomón. Tus chistes. Lo entiendes, ¿verdad? Te arrepentirás tarde o temprano."

"¿Tu dices?"

"Yo digo."

"Bien quizás. ¿Pero sabes que? Antes del arrepentimiento, habrá mucha, mucha diversión”.

«Deberías pensar en perdonar a tus enemigos, Salomon. Especialmente hoy, especialmente en *Iom Kipur* ".

«¿Qué piensas… por qué haría algo así?»

«Porque sólo así los habrás derrotado verdaderamente.»

Mi padre ya no habla, ahora le toca a él avivar el fuego. Un fuego que todavía no veo, pero está ahí, está ahí, frente a ellos. Mi padre se pone serio y con él mi madre y mi hermano también lo son y ahora son cercanos. Los tres, al mismo tiempo, niegan con la cabeza, pero no entiendo si es para decir "No, nunca lo haremos" o "No, es demasiado difícil" o, de nuevo, "No, sería difícil". No es humano perdonar".

El tío Hermann sigue hablando, quiere convencerlo y yo lo escucho, pero su voz, frase tras frase, se vuelve cada vez más débil. Los veo desaparecer, a ambos, lentamente. Cuando se van trato de arreglar su imagen, para no olvidar. Mi madre y Sami, en cambio, me miran con una ternura que no necesita palabras.

Si yo, ahora, fuera dueño de la vida y de la muerte, si tuviera aquí, frente a mí, al más joven e inocente de los camisas oscuras, el que llegó último, el único camisa oscura sin responsabilidad, con la única culpa. De haber compartido ideas sobre la muerte, no tendría dudas. Por esa camisa oscura trazaría el destino más doloroso. Sería testigo impasible de su dolor, de su mirada implorante.

Pero no tengo ese poder. No me lo dan.

El único poder que tengo es decidir qué hacer con mi tiempo. Que sere. Y qué será de mi vida. Entonces comprendo que el tiempo más preciado es el tiempo que se le quita a la muerte y al dolor. Esta será mi venganza. Mi victoria será la forma en que borre, día a día, este dolor inútil. Para mí no hay guerra, ni banderas, ni “nosotros”. Sin paredes. Si fracaso, si fracasamos, nuestros enemigos seguirán viviendo bajo otras banderas, dentro de otras fronteras.

"¿Crees que lo lograré?" Le pregunto a mi madre.

Su mirada es tierna pero comprensiva. El look reservado para quienes aún tienen todo por ver. No responde o no llega a tiempo. Ella y Sami también desaparecen, de repente.

a Kol Nidrei cantar , con la boca cerrada. El canto de esta noche santa. Todos rezan, susurran y Josko se deja llevar. No hay peligro de que nadie escuche, porque el río y el cerro tapan todo ruido.

La valla frente a nosotros tiene una hilera de campanas que tintinean con el viento. Parecen acompañar la oración, pero tendremos que pasar por ellos y entonces el sonido no será tan dulce.

El contrabandista viene a avisarnos. "Esté preparado", dice. «Dentro de un rato los guardias irán a la taberna del pueblo. Lo hacen todas las noches".

"¿Qué guardias?", pregunta alguien.

«Estamos en la frontera, ¿quieres que no estén los guardias?» el responde.

Los que estaban orando callan, los que llevan demasiado tiempo parados se levantan para estar preparados. Hace frío y humedad. Tenemos huesos de goma y agujas en los músculos, pero nadie se da cuenta.

Un hombre uniformado se acerca. Es un italiano, de los que están con los alemanes. Su llegada provoca pánico. Alguien se arroja al suelo, como si esconderse fuera de alguna utilidad.

"Bien", dice el contrabandista, "sé bueno: es el hombre que estábamos esperando". Va hacia él y Josko lo sigue. Josko mete la mano en el bolsillo y saca algo. Dinero, probablemente. Él niega con la cabeza y Josko busca en otro bolsillo. Se va, va donde Schoky, hablan. Ellos gesticulan. Luego Josko regresa y reparte más billetes.

El hombre se convence, toma el dinero y nos lleva a un agujero en la valla. Las campanas suenan, pero menos de lo que esperábamos. Dejamos atrás la valla y el alambre de púas. Nadie se alegra. El peligro está ante nosotros.

Frente a nosotros ahora está el río. No es muy ancho, pero de cerca percibimos su violencia. Una rama llega y se aleja con una velocidad que es una frase. El ruido da miedo. El único al que no le encanta es Josko. "Métete en el camino", me dice, "llama a Helene y a Hans contigo. Ese es el punto más peligroso, quien se caiga ahí lo perderemos".

Luego organiza a los demás. Tres encabezarán la línea, los demás permanecerán atrás. Los de abajo sirven para convencer a los que están estancados. Es imposible predecir cuántos serán. Josko ordena la

cola: un pequeño entre dos grandes, una niña entre dos niños. Si la cadena se rompiera antes de llegar… no debería romperse y punto. Es categórico, decisivo. Nadie se quedará atrás, nadie. Está decidido. También. Él también tiene miedo.

Los guijarros bajo tus pies y la corriente de agua helada dificultan el equilibrio. El ruido ahora es ensordecedor. Los pequeños gritan. Los primeros pasan delante de nosotros y ya se resbala una niña. Es la niña de las coletas torcidas, la que llegó de Split. La vemos con la cabeza bajo el agua y las manos ancladas a los adultos que la pusieron de nuevo en pie. Pero vuelve a perder el equilibrio y hasta los mayores se tambalean. El soporte es inestable, las piedras resbalan y la pequeña acaba nuevamente bajo el agua. Helene corre, dos pasos, la agarra y la levanta por el pelo. La niña escupe el agua como si fuera una fuente, sacude la cabeza y empieza a caminar de nuevo. Ella perdió sus coletas, ahora parece más grande.

Otros lloran, lloran y caminan. Alguien grita que no puede, que quiere volver. Hay quienes pierden bolsos y equipajes. En cuanto a lo que hay dentro, el daño es menor, pero vemos nuestras cosas deslizarse, arriba y abajo en el agua. Es todo lo que dejamos atrás. Ya nada nos pertenece.

Pasan por todos. Helene, Hans y yo esperamos hasta el final y luego nos movemos también, después de los últimos. No puedo creer que esto haya sucedido. No puedo creer que haya terminado. Ahora que ya no tenemos que apretar los dientes, ya no tengo fuerzas. Podría soltarme, como cualquier maleta, pero Josko me da una palmada en el hombro y me indica el camino.

"Vamos, vámonos", dice.

Veo a los adultos y a los niños subiendo la colina, en la orilla opuesta. Caen al suelo. Hay un instante de quietud, luego alguien se abraza tímidamente. Otros también lo hacen, todos. Ahora la frontera quedó atrás, lo logramos. No es fácil ceder ante esta idea.

Yo también me dejé contagiar. Así es la felicidad: se contagia. Estoy a punto de tirarme cuesta arriba para abrazar a quien pase, para gritar lo vivos que estamos, pero veo a los soldados. Hay cuatro en la cima y tienen rifles. Los señalan a los niños, dicen algo que no escucho. Creo que son alemanes, nos traicionaron.

Tomo a dos niños, los últimos de la fila, y los llevo conmigo, entre las ramas de los árboles. Es un instinto, nada más: no tengo energía para gastar en una nueva escapada. Me resisto por ellos, por los niños, les digo que se callen y mientras tanto trato de entender. Miro a mi

alrededor. No hay rutas de escape ni ningún otro lugar donde esconderse. Vuelvo a mirar a los soldados, pero bajo sus rifles veo que los adultos continúan abrazándose. Josko y los demás se ríen y tranquilizan a los pequeños.

«Canta, canta» dice Josko y los niños cantan una canción. Son tímidos y asustados, pero cantan. Los adultos se unen a ellos y todos siguen abrazándose, riendo, cantando. Los soldados no son alemanes, sino suizos, se miran incrédulos y luego bajan los fusiles. Los niños que están conmigo también cantan y luego nosotros también salimos de nuestro escondite. Abrazo a quien esté frente a mí, pero no canto. No soy capaz de ello. Pero me río. Me río con los demás y no puedo parar, aunque quiera.

Llegan más suizos y hay agitación. Nos dicen que esperemos, nos pidieron instrucciones y luego nos dicen que las sigamos. Han llegado las instrucciones. Nos llevarán a un lugar cálido y tranquilo, nos darán comida y dormirán el tiempo que sea necesario. Luego podremos continuar, con tranquilidad, cuando nos hayamos recuperado. Nuestro viaje comienza desde aquí. Desde aquí realmente partimos hacia Eretz Israel.

Al otro lado del río veo dos figuras apuntándonos. Los guardias fronterizos ya no pueden hacer nada al respecto. Intento no mirar porque no es fácil olvidar el miedo, pero entonces los guardias hacen amplios gestos y me parece escuchar sus voces. Luego me doy la vuelta.

No son guardias. Son mi padre y mi tío saludando con la mano. No muy lejos están también mi madre y mi hermano. Le devuelvo el saludo e intento decir algo, pero se me forma un nudo en la garganta. Sonríen, felices, y se dan vuelta para irse. Mi tío, alto y delgado, coloca su mano sobre los hombros curvos y redondeados de mi padre. Y no sé cómo es posible, pero el río ya no hace ruido, corre violentamente pero en silencio. Mi tío y mi padre susurran y escucho lo que dicen. Como si estuvieran aquí, como si yo estuviera allí. Los oigo pasar junto a los soldados alemanes que ahora regresan de su descanso en la taberna.

“Ahí ves a Salomon”, dice el tío Hermann. «El señor salva a los que cantan y bailan en su nombre. ¿No ves el milagro?"

«Eres tú quien no lo ve, mi querido Hermann. Quien ríe se salva. Quien ríe.»

Estos son los nombres de los niños de Villa Emma y sus acompañantes.

Edgar Ascher, 21 años, Gyôr (Hungría); Sonja Borus, 15 años, Berlín, Alemania; Fritz Awin, 15 años, Viena (Austria); Mala Braun, 21 años, Krynica (Polonia); Ruth Drucker, 17 años, Berlín, Alemania; Susanne Elster, 19 años (Austria); Betty Endzweig, 16 años, Berlín (Alemania); Freda Endzweig, 14 años, Berlín (Alemania); Max Federmann, 19 años, Francofort Sur Meno (Alemania); Benno Goldberg, 9 años, Francoforte sul Meno (Alemania); Jacob Goldberg, 13 años, Wiesbaden, Alemania; Kurt Hahn, 19 años, Viena (Austria); Emanuel Issler, 17 años, Gelsenkirchen (Alemania); Ursula Karger, 15 años, Berlín (Alemania); Joachim Kirschenbaum, 15 años, Berlín, Alemania; Siegfried Kirschenbaum, 17 años, Berlín (Alemania); Leo Koffler, 17 años, Berlín (Alemania); Manfred Korenstein, 14 años, Francoforte sul Meno (Alemania); Tamar Licht, 16 años, Zagabria (Croacia); Otto Liebling, 17 años, Viena (Austria); Solomon Majerowicz, 15 años, Viena (Austria); Herbert Mohler, 19 años, Francoforte sul Meno (Alemania); Tilla Nagler, 19 años, británica (en realidad Moldavia); Berta Reich, 15 años, Berlín, Alemania; Eva Reich, 15 años, Berlín (Alemania); Eva Rosenbaum, 19 años, Budapest, Hungría; Josef Schiffmann, 19 años, Viena, Austria; Lola Schindelheim, 13 años, Berlín (Alemania); Kurt Schneider, 18 años, Viena (Austria); Fanny Senft, 18 años, Stettino (Polonia); Hans Silbermann, 15 años, Viena (Austria); Hildegard Steinhardt, 17 años, Eberswalde (Alemania), Hans Sussmann, 20 años, Graz (Austria); Leo Teplitzki, 20 años, Francoforte sul Meno (Alemania); Laszlo Toeroek, 18 años, Budapest, Hungría; Gerda Tuchner, 13 años, Berlín (Alemania); Arnold Weininger, 16 años, Lipsia (Alemania); Robert Weiss, 19 años, Viena, Austria; Gisela Wiesner, 18 años, Kiel (Alemania); Blume Zwick, 16 años, Lipsia (Alemania); Georg Bories, 42 años, Rostov, Rusia; Mauricy Awin, 47 años, Leopoli, Ucrania; Helene Barkic, 28 años, Bogdanovka (reciente Ucrania); Joseph Indig, 25 años, Virovitica (Croacia); Erna Licht, 45 años, Sarajevo, Bosnia; Robert Stein, 34 años, Osijek (Croacia); Alexander Licht, 58 años, Sokolovac, Croacia; Marco Schoky, 35 años, Lodź, Polonia; Josefine Weiss, 50 años, Auspitz (ex representante Ceca); Daniel Sternberg, 12 años, Osijek (Croacia); Albert Albahari, 15 años, Sarajevo (Bosnia); Bunika Altars, 16 años, Sarajevo (Bosnia); Eliezer Altaras, 14 años,

Sarajevo (Bosnia); Ella Altaras, 11 años, Tuzla, Bosnia; Leah Altaras, 8 años, Tuzla, Bosnia; Moric Atias, 11 años, Bugojno (Bosnia); Sarina Atias, 12 años, Bugojno (Bosnia); Sarina Brodsky, 15 años, Sarajevo (Bosnia); Josef Danon, 17 años, Sarajevo (Bosnia); Moric Danon, 17 años, Sarajevo (Bosnia); Reli Gaon, 11 años, Sarajevo (Bosnia); Tina Gaon, 15 años, Sarajevo (Bosnia); Zlata Gaon, 15 años, Sarajevo (Bosnia); Bela Grof, 14 años, Sarajevo (Bosnia); Velimir Halpern, de 15 años, en Sarajevo (Bosnia); Marcel Hofmann, 20 años, Bania Luka (Bosnia); Albert Israel, 10 años, Sarajevo (Bosnia); Lotti Israel, 16 años, Sarajevo (Bosnia); AIDS Israel, 6º, Sarajevo (Bosnia); Flora Cajon, 14 años, Sarajevo (Bosnia); Leo Cajón, 17 años, Sarajevo (Bosnia); Eliezer Kaveson, 13 años, Sarajevo (Bosnia); Aaron Koen, 6 años, Sarajevo (Bosnia); Leo Levi, 10 años, Sarajevo (Bosnia); Sida Levi, 10 años, Sarajevo (Bosnia); Rikica Levi, 10 años, Sarajevo (Bosnia); Charlotte Markus, 13 años, Sarajevo (Bosnia); Israel Master, 18 años, Sarajevo (Bosnia); Josef Papo, 15 años, Sarajevo (Bosnia); Solomon Papo, 15 años, Sarajevo (Bosnia); Zdenko Schmidt, 17 años, Osijek (Croacia); Nelly Schlesinger, 14 años, Sarajevo (Bosnia); Hannah Schwarz, 14 años, Plauen (Alemania); Jakov Maestro, 23 años, Sarajevo (Bosnia); Maurizio Romano, 29 años, Sarajevo, Bosnia.

Epílogo

Conocí a muchos niños fugitivos. Niños que llegaron en embarcaciones o se refugiaron en casas familiares.

Cuando me encontré por primera vez con los acontecimientos de Villa Emma, pensé que cada niño, cada niña que huye, merece una ciudad como Nonantola, un guía como Josko.

Josef Indig Ithai, Josko para sus amigos, contó su experiencia en un libro: *Años en fuga. Los chicos de Villa Emma en Nonantola* (Giunti, 2006). Lo recomiendo: yo mismo lo he consultado tantas veces que me salté las primeras 120 páginas.

Natan, sin embargo, es un nombre ficticio. Su figura le debe mucho a Sonja Buros cuyos diarios publicó Il Mulino: El *diario de Sonja. Fuga y aliá de una adolescente berlinesa* , de Sonja Buros (Il Mulino, 2018).

Los libros del historiador Klaus Voigt contienen mucha información valiosa, mientras que las entrevistas con los protagonistas están presentes en el sitio https://davantiavillaemma.org/.

La Fundación Villa Emma sigue realizando hoy en día una excepcional labor cultural y de documentación.

Escribí esta nota inmediatamente después de finalizar la llamada telefónica con el Director de la Fundación, Fausto Ciuffi. Quería estar seguro de que los niños realmente se habían ido todos juntos: un viaje universitario con muchos acompañantes.

“Sí”, confirmó. «Se fueron todos juntos. Sólo un pequeño grupo intentó la ruta hacia el sur. De ellos, dos se unieron a la Resistencia en Las Marcas.»

Ninguna historia puede jamás contarse por completo. Lo que ocurrió tras la salida de los refugiados de Villa Emma se cuenta en las publicaciones de las pequeñas editoriales locales: la imprenta clandestina fundada por Don Arrigo Beccari y Giuseppe Moreali siguió produciendo documentos que salvaron la vida de muchos partisanos.

Markus Silberschatz (Schoky) regresó a Nonantola en 1945. Entre 1945 y 1947 transformó Villa Emma en un centro de acopio y reajuste para judíos que se dirigían a Palestina. No pude encontrar ninguna información sobre su muerte, que probablemente ocurrió en los Estados Unidos entre los años 1970 y 1980.

Georg Bories (Boris) regresó a Italia y colaboró activamente con Schoky. Actualmente está enterrado en el cementerio judío de

Merano, donde Schoky hizo erigir una estela de granito en su honor.

Don Arrigo Bettari y Giuseppe Moreali fueron declarados Justos entre las Naciones por Yad Vashem. Se plantaron dos árboles en su nombre en Jerusalén.

Salomon Papo abordó el convoy número 9 desde el campo de Fossoli (MO), el 5 de abril de 1944. Llegó a Auschwitz el 10 de abril de 1944. No sobrevivió a la Shoah.

Goffredo Pacifici y su hermano Aldo abordaron el convoy número 14 desde el campo de Fossoli (MO) el 2 de agosto de 1944. Llegaron a Auschwitz el 6 de agosto de 1944. No sobrevivieron a la Shoá.

Cualquier lista no es engañosa. Hay nombres olvidados, nombres por buscar todavía.

Gracias

La gratitud no es un sentimiento silencioso.

Así que gracias Eva. Por todo lo que sabes y mucho más. También por nuestro hermoso y largo invierno ártico.

Gracias Fausto, por tu disponibilidad y tu cultura. Contigo, Villa Emma está en excelentes manos.

Gracias Vicki por creer en este libro. Estoy convencido de que su trabajo es dar buenas noticias.

Gracias francesca. Por el montaje, claro, pero sobre todo por la ilusión: no hay regalo mayor.

Gracias también a Moni Ovadia, Marc-Alain Ouaknin, Angelo Pezzana, Raymond Geiger y Devorah Baum por su trabajo sobre los chistes judíos.

A todos los demás, a todos los demás, mi fuerte agradecimiento llegará personalmente.

www.edizpiemme.it
40 abrigos y un botón
por Ivan Sciapeconi

Publicado de acuerdo con The Agency srl por Vicki Satlow
Publicado para Piemme por Mondadori Libri SpA
Libro electrónico ISBN 9788858528020
PORTADA || FOTO DE PORTADA: PROCESAMIENTO EN FOTOS CERCA © MARK OWEN/TREVILLION IMAGENES Y © JOANNA CZOGALA/ARCANGEL IMAGES | PORTADA: MARZIA BERNASCONI | DIRECTORA DE ARTE: CECILIA FLEGENHEIMER